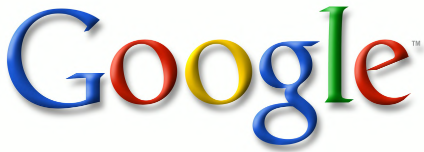
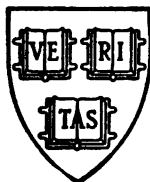



WIDENER
HN JPCF P


VE RI
TAS



7-7

J. M. MARROQUIN

de la Academia Colombiana

AMORES Y LEYES

BOGOTA

G. R. CALDERON, Editor

M DCCC XC VIII

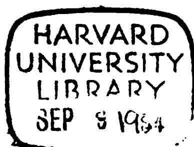
Esta obra
fue escrita en el año de 1897
y empezada a imprimir en Febrero
de 1898

J. M. MARROQUIN

de la Academia Colombiana

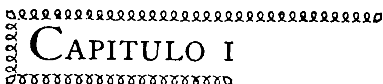
Amores y Leyes

BOGOTA
G. R. CALDERON, Editor
M DCCC XC VIII


HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
SEP 8 1954

Amores y Leyes

PRIMERA PARTE



CAPITULO I

SANTAFÉ, la Santafé de Quesada, de los virreyes, de los oidores, de los conventos, de las capellanías, de la vida exenta de afanes, en que no se había empezado á hablar de la lucha por la vida, al ser barrida por el viento de las revoluciones y de la moderna civilización, se refugió en

el barrio de Las Nieves. En él existieron hasta hace poco, y tal vez existen aún en algunos de sus rincones, gentes habituadas á comer á hora fija y poco después del medio día, y á tomar chocolate antes de las oraciones; gentes que no han viajado sino cuando más hasta Chiquinquirá; que madrugan y se recogen temprano, y que consumen velas de sebo.

Las más de las casas del barrio de Las Nieves eran hasta hace pocos años (como lo son aún algunas) de irregular estructura y mezquina apariencia. Lo más común ha sido que en sus aposentos esté á la vista el costillaje de los techos. En tales casas es en donde se han visto las cortinas y los canapés de filipichín, las urnas del Niño Dios, los cuadros que los *amateurs* han desdeñado por no ser de Vásquez, aunque por su vejez lo parezcan, y los gatos pardos de tabla recortada

con que se asustaba á los ratones de una época de más candor y menos malicia que los que distinguen al presente á nuestros contemporáneos de dos ó de cuatro pies.

Cosa de medio siglo hará que se inventó el adjetivo *nieblino* ó *niebluno* para baldonar lo que parecía cursi, anticuado y retrógrado. Hoy ya el adjetivo mismo se ha anticuado y es obsoleto. Injusticia sería, ahora que la cultura del centro ha trascendido al barrio de Las Nieves, atribuír á éste mayor atraso ó menores medras que á las demás partes de la población.

Con todo, en este es en el que los edificios dan más idea de lo que fue la arquitectura en la primera edad de nuestra capital. Aun en el camellón, que, gracias á su macadams central, con zonas asfaltadas y andenes embaldosados, es la parte del barrio más modernizada, abundan ca-

sas de planta baja, de ventanas ruines y no simétricas, y de tejados con costra mohosa y negruzca formada por el tiempo con polvo, agua, humo y vegetación parasitaria.

Es digno de notarse que, entre las casas más antiguas y construídas con menos primor y más economía, se encuentran muchas sin alar, como son las de las poblaciones del Antiguo Mundo.

Algunas de las casas altas que descuellan entre las de planta baja, son los más genuinos y característicos rezagos de la capital del Nuevo Reino. No puede uno contemplarlas sin figurarse que va á ver asomado á su balcón ó saliendo por su puerta un personaje de capa colorada y sombrero de tres picos; ó que en sus aposentos huele á archivo; ó que se venera el retrato de S. M. el señor D. Carlos IV, ó que se va á percibir el tintín de piezas de plata labrada, ó una voz que diga;

"Bogotanos, desde los caballetes de estas casas tres siglos y medio os contemplan."

Cuéntase entre las dichas casas altas lo que el vulgo ha bautizado con el nombre de *Casa de los Virreyes*, que en su esquina tiene dos arquitos muy bien hechos, sostenidos por una columnita de bastante gusto. Hay quien asegure que lo que sirvió de Palacio de los Virreyes, ó de casa de Gobierno, ó de algo por este arte, fue otra casa de balcón, de harto mezquinas proporciones, que está situada en el costado septentrional de la plazuela que da frente á la iglesia de Las Nieves; iglesia y plazuela que no ocupan ínfimo lugar entre los rasgos característicos de la escuela arquitectónica que dominó aquí en el siglo XVI. La iglesia, si pertenece á algún orden, pertenecerá al orden más desaliñado, triste y pobre.

Las tiendas situadas en la es-

quina de una manzana, abiertas hacia una calle y hacia la que vuelve, y con robusta columna de piedra en medio de las dos puertas, no han faltado por dondequiera, pero son más peculiares de Las Nieves que de los otros barrios.

En la época á que se refiere nuestro relato, carecía aún el camellón del encanto que hoy (aunque adolescentes) le prestan los árboles que en él se han plantado; pero como Bogotá carecía también (lo mismo que al presente) de paseos públicos, aquellos de los habitantes que querían pasear lo hacían recorriendo el camellón de Las Nieves, forjándose acaso la ilusión de que su marcha era paseo, por más que anduvieran mezclados con la multitud de los que iban y venían no por placer sino por necesidad.

Empezaba á declinar un día sereno y despejado del mes de Septiembre de 18...; un joven de

estatura más bien pequeña que grande, de andar más gracioso y ágil que arrogante; morenito, pero de un moreno fino, iba por uno de los andenes, llevando cierto aire que demostraba la intención de caminar únicamente por esparcirse y por hacer ejercicio higiénico. Ya había rebasado de la iglesia del Hospicio, punto en que parecen partir límites la parte netamente urbana de la población y aquella que hemos habilitado de paseo, y que forma una dilatada curva. Los autores del plan primitivo de la ciudad, no esperando que ésta se extendiera hacia el Nordeste cuanto se ha extendido, al delinear el camellón, no lo dirigieron, como deberían haberlo hecho, hacia el punto que hoy ocupan los cementerios. De aquí el que los que edificaron las casas que lo cierran, huyendo de las desigualdades de las estribaciones de los cerros, tuvieran que ir tomando la curva.

Encaminábase nuestro joven hacia San Diego; y, aunque ni por su temperamento ni por afición adquirida era dado á observar tipos y costumbres, á fin de acallar ciertos escozores que traía en el espíritu, iba procurando fijar la atención en los demás transeúntes. Muchas criadas y otras mujeres del pueblo que en esa salida, que había de ser la última de aquel día, iban, ya á las chicherías, ya á las pulperías, á comprar velas y provisiones para la merienda; los artesanos y peones albañiles se iban retirando á sus hospederías, situadas, las más, en la parte septentrional de la ciudad; grupos de presidiarios rodeados de su escolta, se encaminaban hacia el Panóptico; veíanse uno que otro coche, uno que otro jinete en traje de campo, y uno que otro en traje de corte; carros perezosamente arrastrados por bueyes ó caballos y más perezosamente

guiados por sus conductores. Finalmente dos ó tres carros enlutados que volvían del cementerio é iban á descansar de la tarea del día.

Aún no había llegado el paseante á la iglesia de Las Nieves, cuando vio cierta joven que, en compañía de una señora de bastante edad, se hallaba asomada á cierta ventana perteneciente á una de las casas de mejor apariencia. Saludó á las señoras cortésmente y no sin manifestar que á ese saludo daba más importancia que á otros varios que había dirigido en ese mismo paseo.

El saludo le fue devuelto con afable sonrisa por la joven y con ceremoniosa frialdad por su compañera.

No bien hubo hecho aquella atención el hasta ahora desconocido, emparejó otro individuo con él, y con él siguió andando.

Este individuo gastaba una de esas fisonomías que suelen que-

darse indeleblemente grabadas en la imaginación ó en la memoria de quien una vez las ha contemplado. Era el tal de estatura poco más alta que la de su actual compañero; delgado y desgarbado; del color de la greda, pero que tiraba algo á verde; de ojuelos verdes que nunca se fijaban en el interlocutor ni miraban al frente, y que además estaban velados por anteojos de su mismo color; grandes orejas dispuestas como asas. La boca medio hundida y de labios imperceptibles, parecía pertenecer á sujeto de más edad que la que por otros indicios podía suponérsele, que era la de treinta y dos á treinta y cinco años.

En el mismo punto en que se verificó la reunión de que hemos dado noticia, llegaba á la puerta de la casa á que pertenecía la ventana mencionada, un caballero de bastante edad, corpulento, sanguíneo y de ademán imperioso.

Entró éste en la casa y penetró hasta la sala, en cuya ventana hemos visto á las dos señoras.

—¿Ya ven ustedes, dijo á éstas con cierta agitación en la voz, cómo el maestrico de Inglés, que ya había empezado á estomagarme, es uña y carne con el pillastre del tinterillo? Ahí van los dos como muy buenos amigos.

La joven se sonrojó y se mostró algo alterada con aquel razonamiento; empezó á mover los labios como para hablar; pero al cabo no chistó.

Retirado que se hubo el caballero, la joven dijo á la señora de edad:

—Tía, ¿usted sabe porqué ha dicho eso mi papá?

—¿Entonces tú no sabes quién es ese que se juntó con Delvalle?

—No, señora.

—Pues ese es Dimas García Zorro, el que no deja vivir á tu papá, el que lo tiene aturrullado con ese pleito ó esa causa, ó yo no sé cómo se llama.

—Ah, entonces ése es el que dicen que es pariente mío.

—El mismo. Nada menos que primo hermano tuyo.

—Ay, ¡qué primo tan feo y tan antipático... ! ¿Y cómo siendo primo nunca nos ha tratado, ni en casa se ha hablado nunca de él sino como de un extraño?

—Y algo más que como de un extraño. La enemistad de su familia con la tuya es muy vieja.

—¿Y cómo empezó?

—Ah, esa es historia larga. Tu tía Teodolinda Ocampo se casó con D. Blas García Zorro, que era un perdido, jugador, derrochador y pleitista. Apenas se casó, trató de coger toda la fortuna de D.ª Teodolinda. Tu papá quiso evitar que la derrochara en el juego, y ahí tienes el origen de las disensiones.

—Pero, válgame Dios: ¡cuántos años hará de eso!

—Hazte cargo. El tal García Zorro les tenía tanta afición á

los pleitos y á las camorras, que cuando quería comprar una finca escogía la que ya tuviera pleito. Hace algunos años tenía metido á tu papá en cinco pleitos.

—Y después de la muerte del D. Blas....

—Después de la muerte de D. Blas, el hijo, que ha heredado el odio á tu papá y la afición á los pleitos, ha seguido persiguiendo á Salvador. Parece que ahora la cosa está peor que nunca.

—Ahora, observó la muchacha, ato yo muchos cabos que tenía cogidos.

—¿Y tú cómo habías cogido cabos? Tu papá cree que las mujeres no debemos meternos en nada que tenga que ver con los negocios, y no puede haberte dicho nada.

—Pero en los refunfuños que suelta suele decir mucho; y, además, yo sin quererlo he cogido al vuelo varias cosas de las que conversa aquí con los abogados,

—¡ Mírenla qué curiosa!

—Pues curiosidad sí he tenido mucha; ¿pero no es natural que yo haya tratado de saber qué es lo que tiene á papá tan desagradado?

—¿Y qué se adelanta con saberlo?

—Mire, tía, yo no entiendo bien los enredos esos; pero estoy segura de que si mi papá no fuera como es, y yo pudiera atreverme á hablarle......

—¿Sí? ¿Qué le aconsejarías?

—Una de las cosas que he comprendido es que él, con su mal genio y sus arranques, no deja muchas veces que se haga lo que convendría para librarse de estas mortificaciones. Yo le rogaría que pensara con calma y que siguiera muchos buenos consejos que le da uno de sus abogados.

—¡Miren la mosquita muerta! ¡Y yo que la creía ignorante de todo!

Bastante más pudo haber dicho la señora sobre los particulares que se tocaron en este coloquio; pero era regular que la contuvieran justos miramientos, cuando hablaba á una hija sobre las cosas de su padre. Nosotros sí añadiremos que el D. Salvador había sido criado con mimo y en excesiva libertad, que se había habituado á ver satisfechos todos sus deseos y á no cejar ante los obstáculos. Por lo cual, á él, cuando topaba con alguno, no se le ocurría medio racional y atentado para allanarlo. Así, en todos los incidentes y lances de los pleitos, hablaba, despidiendo centellas, de palizas, de balazos, de puñaladas y de escupir caras, con lo cual hacía difícil ó menos eficaz el empleo de medios adecuados y oportunos para el triunfo de sus derechos, y á veces daba asa á sus adversarios para entorpecer la marcha de la justicia y para intrincar

más y más las marañas que urdían.

Ya el lector puede haber barruntado que el caballero corpulento y sanguíneo que vimos entrar á la casa se llamaba D. Salvador Ocampo, y que el individuo de ojos y anteojos verdes era sobrino y enemigo suyo; éste se llamaba Dimas García Zorro.

La joven que hemos visto á la ventana era Matilde, hija única de D. Salvador; y su compañera, D.ª Silveria Meneses, hermana de la madre, difunta, años hacía, de Matilde.

Fáltanos enterar al lector de que el joven despreciativamente designado por D. Salvador con el título de *el maestrico de Inglés*, se llamaba Honorio Delvalle.

Había éste seguido hacia el Norte en compañía de García Zorro, compañía que estaba muy lejos de serle agradable.

García Zorro, después de ha-

berlo saludado, había dado principio á la conversación.

—He estado aguardándolo á usted. ¿Porqué no ha ido usted á firmar el poder?

—Excúseme usted, respondió Delvalle; yo he debido ir á comunicarle á usted que ya no lo encargaré de mi asunto.

—¿Porqué? ¿Pagó aquel sujeto?

—No. D. Salvador Ocampo, que por casualidad supo que yo tenía que gestionar ese negocio, se empeñó en hacerse cargo de él.

—¿Y le entregó usted la obligación?

—Sí, y se la endosé, como era natural.

—Permítame usted le diga que no ha sabido lo que ha hecho. D. Salvador es un hombre muy *trabajoso*.

—Yo siempre he tenido de él la mejor idea.

—¡Ah! es que usted no ha tenido ocasión de conocerlo. A él

se debe la ruina de mi familia... y de otras. Lo menos que va á sucederle á usted será tener que sostener un pleito. Agregue usted á todo esto que es un godo intransigente y feroz.

Por este arte siguió Dimas poniendo á D. Salvador Ocampo que no había por dónde cogerlo. Fastidiado Honorio con aquel juego de lengua, no bien hubieron llegado al punto en que el camellón desemboca en el Parque del Centenario, preguntó Dimas á Delvalle qué vía pensaba tomar. El interrogado, resuelto á preferir aquella por donde era más probable que no lo siguiera el otro, declaró que se encaminaba al Alto de San Diego. Dimas tomó otra dirección, bien enfadado con Honorio: había echado de ver que deliberadamente desechaba su compañía; y no le había caído en gracia el que lo hubiera defraudado, en la esperanza de esquilmarlo.

Libre ya del pegote, Honorio, para tomar la dirección anunciada, dejó á su izquierda las dos hileras de eucaliptos que corren paralelamente al camellón, entre éste y la verja del Parque y el Parque mismo, que siendo algo de lo mejor y más lujoso que tiene la ciudad, es, no obstante, bien triste y sombrío, gracias á la abundancia y frondosidad de los pinos de impenetrable follaje; á que el hermoso templete del centro, en que debía campar alguna noble escultura, se ve vacío y degradado por las manchas negras con que el tiempo desluce la piedra de nuestras canteras; y á que tiene demasiado cerca la oscura y desapacible mole del Monserrate, cuyo manto de vegetación ruin y negruzca, con sus parches amarillos formados por las lluvias torrenciales y por el zapapico, semeja la capa desteñida y llena de desgarrones de un pordiosero,

No contribuye á alegrarlo el frente de la iglesia de San Diego, que cierra por el Norte parte del cuadrado que el Parque ocupa. Monumento es aquél que, siendo la humildad, la irregularidad y la inelegancia mismas, es para los bogotanos objeto de entrañable cariño. La alta cruz de piedra que se levanta sobre su pedestal en el rústico atrio, el frontis y el campanario, todo de aspecto medioeval, despiertan recuerdos sabrosos y melancólicos, que jamás despertarán en nuestra posteridad los monumentos modernos.

Proponíase nuestro paseante continuar su excursión haciendo observaciones, y ahora se lo proponía con más veras, pues deseaba apartar su mente, no sólo de algo que de antemano lo traía preocupado, sino también de las ideas que García Zorro había tratado de hacer nacer en su espíritu. Por genial benevolencia y

por un motivo que más adelante conocerá el lector, quería no admitir nada de lo que se le había sugerido contra la fama de D. Salvador; pero le sucedía lo que le sucede á todo el que ha oído una especie desfavorable á algún prójimo. Siempre se dice, y con razón, que de la calumnia algo queda: ¡cuánto no quedará de lo que aún no se sabe si es calumnia!

Iba, pues, Honorio empezando á subir, y dejando atrás la línea (línea verdadera, con longitud y sin anchura) que bruscamente separa la parte civilizada y hasta elegante de la ciudad, de la población que se asienta en el Alto de San Diego, población más rústica, más primitiva y más pobre que muchas de las que yacen perdidas en nuestras soledades andinas.

Pero ahora nos ocurre que estamos debiéndole al lector la explicación del diálogo que tuvie-

ron Honorio y su acompañante. Somos desmemoriados, y recelando no recordar luégo aquella deuda, nos apresuramos á satisfacerla.

D. Siervo de Dios Delvalle, autor de los días de nuestro amigo Honorio, que era un tacaño mayor que el de Quevedo, y que residía y tenía su comercio y su grande hacienda en uno de los municipios más ricos y populosos del Sur de Cundinamarca, en un acceso de amor paterno, había cedido y endosado á su hijo una obligación por 7,000 pesos, suscrita por un tal Serafín Centeno, venezolano, que residía y negociaba en el valle de Sogamoso. Habíasela cedido hallándose en la creencia de que Centeno se había arruinado hasta la medula de los huesos y estaba insolvente.

Honorio, recibido que hubo el presente paterno, pensó en los medios de que debía echar mano para hacer efectiva la obligación.

En los términos de ésta halló algo que á él, inexperto en achaque de negocios, le pareció escabroso. Juzgó por otra parte que la cosa no podía desempeñarse sin un viaje á Sogamoso, viaje que para él era difícil, y determinó valerse para el caso de algún agente de negocios. En aquellos días le había llamado la atención cierto aviso que uno de los tales había publicado, en el que con expresiones muy persuasivas ofrecía pureza, eficacia y puntualidad en el desempeño de las comisiones que se le confiasen. Este agente de negocios era Dimas García Zorro.

Y vaya otra digresión concerniente á Dimas.

El doctor Dimas García Zorro era doctor graduado gratuitamente por el vulgo necio.

El padre de éste, es decir, de Dimas, no del vulgo, antiguo vecino de una de las poblaciones del Valle de Sogamoso, firmaba *Gar-*

cía Zorro, sin omitir letras, y hasta se ufanaba con este apellido doble, claro testimonio, según afirmaba, de ser él descendiente directo, por línea de varón, del Alférez Gonzalo García Zorro, uno de los compañeros de Quesada.

Dimas, no bien hubo sentido vocación por el foro, echó de ver que era una gansada muy grande sacar á lucir el segundo de los dos apellidos ejerciendo la profesión á que se sentía llamado, y determinó llamarse Dimas García Z., proponiéndose eliminar más tarde la Z.

Poco le aprovechó, sin embargo, la supresión del *orro;* pues apenas había quien ignorase la significación de aquella zeta; y aun era común que se le llamase zorro á secas, ya con zeta mayúscula, ya con zeta minúscula.

Empezó el tal su carrera haciéndose cargo de defender á los procesados por hurto de menor

cuantía, y entendiendo en demandas ante los juzgados municipales. Pero, envalentonado con algunos triunfos, y poco satisfecho de los proventos, se fue subiendo á mayores, y vino á ocupar puesto bastante distinguido en el honorable gremio de los tinterillos. Su agencia ó despacho tenía sucursales en muchas de las poblaciones de Cundinamarca, Boyacá y el Tolima, en las que le servían de agentes otros que, no llevando ni el mismo nombre de pila que él llevaba, ni el apellido García, podían, por lo de zorro, considerarse como tocayos suyos.

Siempre se veía atareados á Dimas y á sus agentes, ora desempeñando los asuntos que se les confiaban, ora en minuciosas indagaciones hechas en archivos, notarías y secretarías de tribunales y juzgados, á fin de dar con documentos que ofreciesen algún hilo de que poder tirar para armar un enredo y coger entre

puertas á algún propietario indefenso.

De García Zorro decía un abogado viejo y muy marrajo á quien se le pedía informe acerca de la idoneidad y honradez del mismo: "Lo que puedo asegurar es que ese individuo, apenas se hace cargo de un negocio ajeno, ya lo mira como propio."

Todo el mundo conocía este dicho y lo tomaba en el sentido que su autor había querido darle; pero, con todo, siempre había borregos que ofrecieran su lana á aquel esquilador.

Honorio no había llegado á conferir poder ni á endosar el documento á García Zorro. D. Salvador Ocampo vivía pagadísimo de su propia habilidad y expedición para los negocios; era afanoso y un poco aturdido, y estaba siempre aquejado de la comezón de ingerirse en los asuntos ajenos pretendiendo que sólo él era capaz de arreglarlos; y ha-

bía, por gran casualidad, tenido conocimiento de aquella dependencia que Honorio traía entre manos.

Nada extraño había sido el que su hipo por ingerirse en asuntos ajenos, lo hubiera inducido á apechugar con el de Honorio; pero menos extraño parecerá el que á ello se hubiese resuelto, si se sabe lo que discurrió en esta coyuntura. "Ese tragonazo de Zorro, se dijo, se propone, sin que en eso quepa duda, apoderarse de todo lo que cobre, y hay que privarlo de esta ganga."

Así fue que se empeñó con grande ahinco, como se empeñaba él en todo aquello en que había de empeñarse, en que Honorio le diese á él el encargo de cobrar la deuda de Centeno, ponderando la facilidad con que recabaría de éste cuanto se le antojase. Hacía valer las circunstancias de residir él lo más del año en Sogamoso, y la de tener allí

su hacienda y sus negocios. Honorio había tratado de rehusar este servicio; pero habiendo hocicado en el capricho del señor Ocampo, el más irritable y voluntarioso de los hombres, tuvo que rendirse.

Así, en uno de sus viajes á Sogamoso, D. Salvador había llevado el documento endosado á favor suyo.

Sigamos ahora acompañando á Honorio en su paseo vespertino.

Lo primero que le llamó la atención al emprender la subida del Alto de San Diego fue esa subitaneidad con que de la parte propiamente urbana del poblado se pasa á otra que con ésa no tiene más conexión que la que se debe á ser la una limítrofe de la otra.

La principal de las vías por las cuales se puede subir es un sendero angosto, abierto y trillado por los pies de los transeúntes, y que las lluvias y otras aguas

traen á mal traer, formando de trecho en trecho pequeñas torrenteras, y atravesando á veces la vía, no por caños sino por cualesquiera sitios en que al agua se le haya dado la gana de cambiar de rumbo ó de espaciarse.

Toda el área de aquel suburbio es desigual: no pueden darse por ella diez pasos hacia ninguno de los puntos cardinales, sin subir ó sin bajar. No faltan parajes en que el piso se vea cortado bruscamente por barrancos profundos.

A los lados de la senda se extienden á trechos espacios baldíos en que vegetan viciosamente las malvas, las ortigas, la romaza y otras hierbas de las que se multiplican y medran sin ayuda en los alrededores de las habitaciones.

Con estos espacios alternan sementeritas de maíz, cuyo aspecto hacía pensar á Honorio que se hallaba en algún pueblo distante de la capital. Y el mismo efecto

producían en su ánimo los arbolocos, esos amigos y compañeros del pobre, que eran, fuera del maíz, lo único que por allí vegetaba, debiendo su existencia á la mano del hombre.

Estando las más de las viviendas esparcidas sin plan y sin orden en aquel suelo undoso, el sendero principal y los subalternos que en él desembocan son sinuosos é irregulares. Entre estos últimos, hay alguno que, por su semejanza con los del mismo linaje que suelen verse en las parroquias rurales, tiene algo de apacible. Limitan á veces las sendas por sus lados, ya la original cerca de cuernos trabados, ya cercas de piedra ó de madera, viejas y mal conservadas.

No puede transitarse ni por el medio ni por las orillas de las vías, sin correr inminente peligro de dar alguno de aquellos tropezones que lo hacen caer á uno... en la cuenta de que faltan limpie-

za y corrientes de agua, y de que la población de aquel arrabal debe ser numerosísima. Matizan el piso, amén de lo que queda indicado, muchos desperdicios, entre los cuales sobresalen los trapos blancos ó de colores que la miseria ha desechado por inútiles y peores que inútiles.

Por cauces minúsculos que, con ayuda de la lluvia, se han abierto ellos mismos, corren silenciosos los hilillos de agua. Atajándolos con piedras, tierra y hojarasca, las esmirriadas lavanderas forman pocitos en que lavotean los trapos que luégo tienden y exponen á la vista en cuerdas que levantan y atesan por medio de horquetas.

Durante los crepúsculos reina en el caserío mucha bulla y animación. Mientras los habitantes permanecen en la ciudad ocupados en diversos menesteres, las vías están desiertas ó poco menos. Se encuentran en ellas las suso-

dichas lavanderas, no en gran número; y uno que otro grupo de muchachos carisucios y barrigones, medio cubiertos con desechos de los trajecitos de otros niños, y á veces con jirones de las que fueron prendas de vestir de sus padres.

Al sentir los pasos del que en las horas muertas y en calidad de turista, recorre aquellas vías, como Honorio las iba recorriendo, se asoman curiosas y como tímidamente á las puertas las poquísimas mujeres que no han bajado á la ciudad.

Apenas se descubre entre las habitaciones alguna que no haya sido construída con despojos de otras, ni puerta que no dé muestras de haber sido hecha para hueco mayor ó menor que el que, en su vejez, le ha tocado ocupar. La paja de los techos, gracias á la acción del tiempo, de las lluvias, de los soles y del humo, se ha convertido en una masa com-

pacta, sobre la cual han nacido musgos y á veces otras plantas de más cuerpo. Vense también techos pajizos remendados con tejas.

Honorio dio, sorprendido, con una casa maltratada ya por el tiempo, pero construída con menos economía que las demás y aderezada con cierto primor relativo. Ocupaba un recinto cercado, en el cual, entre malva, artemisa y otras plantas ordinarias, crecían algunas matas de novios y de malvavisco. La barandilla de un corredorcito y las puertas y ventanas de la casa habían sido pintadas, si bien muy económicamente; y adornaban la pared dos grabados de los que vienen en los periódicos extranjeros. El techo era pajizo, pero tenía en el alar su ribete de teja.

Incurriendo en una injusticia en que involuntariamente incurrimos todos los que no hemos experimentado los horrores de la

indigencia, Honorio sintió al ver esta vivienda compasión más profunda que la que le había causado la contemplación de las miserias cuya historia se hallaba consignada en las vecinas y destartaladas chozas. La miseria que lucha para procurarse algo de lo que embellece la vida, inspira mayor compasión que la que parece contentarse con lo rigurosamente indispensable.

El curioso observador, entristecido por el sosiego letal que allí reina, acaba de amurriarse si, vuelto hacia Oriente, contempla las inmediatas y agrias faldas del Monserrate, cubiertas de vegetación pobre y negruzca, y desgarradas á partes por los canteros, por las lluvias ó por el tiempo.

Más alegres perspectivas se presentan por otros lados.

Hay parajes por donde la vista puede escaparse y dominar, ora la falda del cerro donde se extiende el barrio de Egipto, abun-

dante en vegetación y en habitaciones mezcladas de paja y de teja; ora la parte plana y baja de la ciudad, en la que es agradable ver descollar infinitos árboles por sobre los tejados y contrastar el verde de los unos con el rosado ó el rojo más ó menos subido de los otros. Descansa sobre todo la vista cuando se dilata por la verde y espléndida Sabana, cuajada de arboledas y limitada de Oriente á Norte por los cerros dispuestos en anfiteatro, y hacia Occidente por la lejana serranía.

No desapacible, pero sí propia para infundir tétricas ideas, es la perspectiva, más inmediata, de los melancólicos recintos habitados por la muerte, por la locura, por la miseria y por el crimen. Descúbrense al pie del Alto el Asilo de San Diego, con sus inmensas arquerías, pegado á la vetusta y triste iglesia; más allá y hacia el Occidente, el grande

espacio ocupado por los cementerios; y hacia el Norte, la imponente mole del Panóptico. No lejos de este edificio se yergue presuntuosamente otro en forma de rotonda con su aguja elevadísima, fábrica que se levantó, no há mucho, con fines industriales, y que por no haber resultado adecuada á su objeto, ha venido á quedar destinada á habitación de indigentes.



CAPITULO II

A la mañana siguiente, se hallaba D. Salvador en su cuarto departiendo con su abogado. Era éste el doctor Zaldívar, anciano de buena estatura, de espaldas un poco bombeadas, de ojos claros á que la edad no había quitado vivacidad ni brillo, de cejas crecidas y canosas, y de hablar un poco ronco y muy reposado.

Contrastaba la plácida serenidad con que escuchaba é introducía observaciones breves y claras, siempre encaminadas á improbar los partidos violentos que proponía el señor Ocampo, con la exaltación con que su interlocutor se producía, ora sentado, ora de pie, ora dando paseos irregulares; siempre accionando con todo el cuerpo y con los ojos saltándosele de sus órbitas.

En el doctor Zaldívar era cosa habitual el trabajar por calmar los ánimos de sus clientes y el tratar de reducirlos á preferir los medios conciliativos al *summum jus*, esto es, á los arbitrios que el rigor de las leyes ofrece á los que creen vulnerados sus derechos. Pero, en el caso presente, se esforzaba con más veras por aquietar á D. Salvador, tomando en cuenta que, como siempre lo habían hecho temer su constitución y su genio corajudo, ya había padecido un insulto de apoplejía,

y corría, según los facultativos, grave peligro de padecer otro ú otros; y, consiguientemente, de morir de alguno.

¿Sobre qué sino sobre el pleito con que á la sazón estaba García Zorro sofocando á su tío, había de versar aquella conferencia? Esta fue interrumpida por la entrada de un compadre de D. Salvador, que acababa de llegar de Sogamoso y que venía á dar, como dio en efecto, al señor Ocampo cierta malísima noticia acerca del remate que había tenido una empresa que, como socios, habían abrazado. Estando D. Salvador preocupadísimo con lo que acababa de oír, su compadre le dijo que ahí traía un pliego que para él enviaba un sujeto de Sogamoso. D. Salvador tomó maquinalmente el pliego y lo tiró sobre su bufete, sin dejar de hacer con gran calor comentarios sobre el suceso que se le acababa de noticiar.

Ido el compadre, prosiguió la conferencia. De algo que en ella se tocó, vino la necesidad de consultar muchos libros de cuentas, antiguos los más, que el señor Ocampo colocó en su bufete y que allí revolvió y examinó, y de los que tomó apuntamientos y sacó datos, dejando registrados algunos.

Terminó la conferencia. Ocampo salió con su abogado, y continuó aquel día y muchos de los siguientes embebido en cavilaciones, ya acerca del pleito, ya acerca del revés padecido; y atareadísimo en dar pasos concernientes á la prosecución del uno y al remedio del otro.

Mientras en el cuarto de D. Salvador pasaba lo que hemos referido, en otra pieza de su casa tenía lugar una escena mucho más atractiva.

Sentada delante de una mesa se ve una joven muy bonita que tiene abierto un libro en inglés,

y que en una voz clara y dulce va traduciendo: "Oh tú que con soberana gloria coronado, miras desde tu solo dominio como el Dios de este nuevo mundo; á cuya vista todas las estrellas encienden sus disminuídas cabezas; á ti llamo......"

Un joven de mediana estatura y agraciadas facciones, está de pie á espaldas de la traductora, apoyando una mano en el respaldo del asiento que ella ocupa, y embebecido, no tanto en la contemplación de las bellezas del no muy bien traducido monólogo de Satanás, cuanto en la de una nuca que atrae sus miradas, adornada con algunas rebeldes guedejitas de cabellos finísimos que no han subido con el resto de la castaña y abundante cabellera á formar el moño que corona la cabeza de la joven.

Con la énfasis de que los novelistas de cierta época usaban en casos idénticos al presente, di, remos:

Estos jóvenes eran Matilde y Honorio.

En el segundo término del cuadro que forman maestro y discípula se descubre la figura insignificante de la tía D.ª Silveria, dueña ó rodrigón de Matilde, á quien ésta, sin dejar de mostrársele respetuosa y adicta, mira como mirará el buey forzudo á la endeble niña que lo lleva de cabestro. Dicha tía no presta maldita la atención al diabólico soliloquio, aunque parece prestar no poca á los modos de que usan maestro y discípula en su trato recíproco, y bastante á la labor que trae entre manos.

No hay que figurarse que Honorio fuera santo de la devoción del señor Ocampo. Ya tenemos dicho que si éste se empeñó en prestarle un servicio, no lo hizo por hacer bien, sino por el entremetimiento y la petulancia que eran habituales en él.

Perteneciendo D. Salvador al

partido político opuesto al de Honorio, y siendo, como era, uno de aquellos banderizos que todo lo refieren á la política y que se hallan cualquier día del año del mismo temple que el día en que estalla una revolución ó que aquel en que se han perdido unas elecciones, no podía mirar á Delvalle con buenos ojos. A regañadientes había permitido á su hija que lo llamara como profesor de lengua inglesa.

El principio y el regulador de las acciones de Matilde era el sentimiento de su dignidad. No queremos dar á este sentimiento el nombre de orgullo, porque ciertamente no rayaba en lo pecaminoso.

Muy pocos años contaba esta joven cuando perdió á su madre. Su padre era agrio y severo, y jamás supo inspirarle pizca de confianza. Ella se sintió sola, y desde una edad en que no suelen prevalecer el juicio y la re-

flexión, ya conoció que necesitaba gobernarse y defenderse á sí misma, á fin de ser alguna vez lo que se creía llamada á ser. Sus propósitos habrían sido tal vez como todos los de los niños; pero las circunstancias le fueron favorables. En el colegio, en el que pasó muchos de sus primeros años; en el trato íntimo con las amigas, y frecuentando las casas de algunas de éstas, sin aprender nada de lo que le convenía ignorar, pudo descubrir qué era lo indigno y perjudicial de que debía precaverse, y cuáles eran los caminos que debía seguir.

Las censuras que oía hacer de otras jóvenes á quienes conocía, le sirvieron no poco para aleccionarse; y más que todo le sirvió la piedad cristiana que muchas de sus maestras lograron infundirle.

Por desgracia, pero aun más que por desgracia, por culpa de D. Salvador, la sumisión filial no era ni podía ser su virtud más

culminante. Jamás se habría atrevido á faltarle al respeto, ni habría contravenido abiertamente á una orden suya. Pero el señor Ocampo no ejercía en el ánimo de su hija la influencia que los padres deben ejercer si pretenden encaminar á fin determinado su espíritu y sus afectos. Muchas veces reconvino D. Salvador á su hija por lo que había hecho; pero nunca le dijo qué era lo que debía hacer, así como nunca se mostró satisfecho de sus buenos procederes ni de los triunfos que obtuvo en sus estudios.

En materia de instrucción no habría consentido Matilde en mostrarse inferior á las demás jóvenes de sus mismas circunstancias. Así fue que, después de haber salido del último de los colegios en que estuvo colocada, quiso estudiar algo de lo que en ése y en otros no había aprendido. Hé aquí porqué la hemos visto dando su lección de inglés.

Invito al lector á visitar cierto edificio. Los ladrillos de los pavimentos, así en los claustros ó corredores, como en las piezas á que éstos dan acceso, están descompaginados y movedizos. En las paredes, siempre empolvadas, se ven rasguños y uno que otro letrero; en las barandillas faltan balaústres. Por ninguna parte hay rastro de aquellos esmeros mujeriles que á cualquiera habitación dan el aire que hace sentir el bienestar del *chez soi*.

Entremos en una pieza. En las paredes, ningún otro adorno que unos mapas un poco desteñidos, y pendientes cada uno de un clavo.

En cuanto á muebles, un tablero que fue negro y ya es gris, con una figura geométrica medio borrada. Unos bancos en que hay esculpidas con cortaplumas muchas iniciales y garambainas. Una mesa no desprovista de la misma ornamentación, y delante

de ella una silla. Todo empañado por el polvo vulgar y por el que ha producido la tiza con que se ha escrito y con que se han trazado figuras en el tablero.

En una pieza como la que acabamos de describir, podemos ver á Honorio sentado en la silla y esforzándose por explicar un teorema de geometría á cosa de veinticinco escolares, de los cuales unos seis escuchan atentamente al profesor; unos nueve se ocupan en aguardar pacientemente ó en acelerar con sus deseos la hora en que el tañido de la campana ha de anunciarles que quedan libres; y los restantes conversan en voz pianísima, ó por detrás de sus vecinos entregan ó reciben objetos, ó trabajan pacientemente para completar la ornamentación de los bancos.

El lector extrañaría que Honorio Delvalle, hijo, y á mayor abundamiento, hijo único, de un hombre rico, como lo era D. Sier-

vo de Dios, siguiese una carrera tan poco atractiva y lucrosa como la de profesor en colegios de Colombia, si no lo hubiéramos ya enterado de que D. Siervo era cicatero en grado heroico. Diremos, no obstante, en descargo de nuestra conciencia, que, aunque el buen señor vivía atormentado por la negra idea de que habían de faltarle recursos para pasar sus últimos días, había en sazón oportuna enviado á su hijo á estudiar en la capital. Pero cuando éste llevaba siete años de estudios, lo llamó á su lado, alegando que ya no podía con los dispendios que le ocasionaba, y que era urgente que fuese á ayudarle á trabajar.

El joven Delvalle no había nacido para trabajos agrícolas ni para especulaciones mercantiles. Pronto se fastidió, y, con el beneplácito de su padre, á quien halagaba infinito el que en su casa hubiera una boca menos, se vol-

vió á Bogotá, prometiéndose ganar la subsistencia haciendo clases en los colegios y dando lecciones en casas particulares.

Había hecho sus estudios con gran provecho y cobrado vehemente afición al de las ciencias físicas y matemáticas y al de las lenguas vivas. Entiéndase que esta afición no lo inclinaba á desentrañar lo arcano de las ciencias ni á pasar de los límites á que se habían ceñido los autores de los textos de enseñanza que solía manejar y los popularizadores de las ciencias. No era apasionado sino por lo que le parecía práctico é inmediatamente aplicable á la industria y á los usos comunes. Así, ni el latín ni la filosofía eran de su devoción.

De asuntos religiosos, políticos y morales no hablaba sino cuando su cortesía, que era exquisita, lo forzaba á mostrarse interesado en alguna conversación acerca de una de esas materias.

Sólo hablaba con animación sobre puntos pertenecientes á las que cultivaba. Si se trataba de un viaje, trazaba el itinerario como si estuviera dando lección de Geografía; si de campañas ó batallas de las nuéstras, desentendiéndose de los intereses de partido y de los resultados sociales ó políticos de aquéllas, hacía también observaciones topográficas. Si había cometa visible, eclipse ó temblor de tierra, hacía explicaciones científicas sobre esos fenómenos. Si en la conversación se ofrecía algún cálculo numérico, él se adelantaba á hacerlo. Gustaba de emplear, siempre que se presentaba el caso, más bien el término técnico que el vocablo vulgar. A todas manos hacía comparaciones entre el inglés y el castellano; y con delectación y sonrisa semejantes á las del padre que refiere gracias de su niño, contaba cómo se dicen ciertas cosas en inglés. *Quien no se arries-*

ga no pasa el mar: Nothing ventured, nothing won. Ir con el día: We live from hand to mouth. Ha dado con la horma de su zapato: He has met with his match.

Honorio describía fábricas y máquinas de las que no tenemos por acá, como si las hubiera visto; si oía la noticia del descarrilamiento de un tren, él, sin mostrarse insensible á los quebrantos que se hubieran seguido, entraba en conjeturas y disquisiciones sobre el mal funcionamiento de la máquina.

Pero sus aficiones se extendían á todo lo relativo á modernos descubrimientos é instituciones, siempre que en ellos veía un progreso y sobre todo una cosa práctica. Así, si se trataba de un niño que hubiera nacido, mientras los demás hablaban del bautizo, él hablaba de que convenía asegurarlo.

Fue el primer bogotano que aprendió á servirse del correo

urbano y de la novísima numeración de las calles.

Para completar este retrato, diremos que Honorio tenía las manos finas, un poquito coloradas y con apariencia de haber sido lavadas muy recientemente, las uñas largas, muy limpias y recortadas con arte; que no fumaba ni probaba licor ó bebida; que era pulcro y correctísimo en el vestir, si bien huía del lujo; que en días de trabajo tomaba un baño muy temprano en su casa, y los domingos en algún punto de fuera de la ciudad. Todos los días daba un paseo, y una que otra vez concurría al teatro; pero todos sus deportes tenían cierta acompasada regularidad, algo de serio y de medido. Rara vez hablaba Honorio sin sonreír. Acaso temía parecer adusto si no sonreía. Pero no se reía á carcajadas ni con estrépito, salvo que lo reputara necesario para no desairar algún chiste de su interlocutor.

Finalmente, Honorio usaba en el bolsillo una de aquellas plumas que llevan provisión de tinta, y con ella hacía muy á menudo apuntamientos en su cartera.

A Honorio y á su discípula les había acontecido lo que, dados su frecuente trato y la circunstancia de tener ambos libre el corazón, no podía dejar de acontecerles. La figura de Honorio no era ciertamente pedagógica. No era un buen mozo, pero era un mozo agraciado. Tenía un poco prominente la región de la boca y gruesos los labios; pero esta particularidad, que era acaso la que obstaba para que se le reputara buen mozo, tenía en él cierto voluptuoso atractivo.

Matilde era grácil y de formas delicadas, representación viva de aquella debilidad femenina que es tan capaz de rendir fortalezas. En la tez fina y transparente de su rostro se dibujaban venas azules, y sus ojos se reían solos.

Quién sabe si la circunspección á que ella se creía obligada y que acertaba á guardar, la hubiera preservado de enamorarse; pero el amor es muy zorro y sabe insinuarse por medios y por caminos singularísimos. Inspiróle á Matilde á los principios compasión por su maestro. Hízole pensar que aquel joven tan bien parecido y tan correcto en todo, debía estar ocupando posición infinitamente mejor que la que parecía ocupar, y que probablemente estaría viviendo con estrechez.

Esto hizo que fijara más y más la atención en las prendas de Honorio. Más tarde, con la perspicacia que en ciertos asuntos distingue á las mujeres, penetró que su maestro la miraba con interés, y apreció la delicadeza con que se abstenía de prevalerse para intentos amorosos de la libertad que, como maestro, tenía de entrar á su casa, y la reserva con

que cuidaba de ocultarle su afecto. Finalmente el tentador le sugirió el recelo de ir á incurrir en la debilidad de enamorarse de alguno que valiera menos que Delvalle, y entonces la cabeza, haciéndose cómplice del corazón, buscó motivos que alegar en favor de Honorio; y, como deseaba hallarlos, los halló á contento.

Y, para mejor adobar la cosa, el diablillo que la estaba fraguando hizo que á las Tellos, primas y amigas de Matilde, se les antojara imitarla en lo de aprender algo de lo que no habían estudiado en el colegio, y que consultasen con Matilde sobre la elección de profesor. A Matilde no era posible que se le viniese á las mientes otro que el suyo; así fue que, mediante su consejo y su intervención, Honorio Delvalle empezó á hacerles clases á las dichas primas. Eran éstas, lo mismo que su señora madre, muy francas y sociables; y no pasó

mucho tiempo sin que el preceptor, menos como tal que como amigo, frecuentara su casa. Y como Matilde también solía visitarla, solía asimismo verse en ella con Honorio y conversar con él sobre asuntos mucho menos duros de pelar que las reglas de pronunciación del inglés.

En aquellas conversaciones ejercían su natural prestigio las prendas de una mujer que se había sabido educar á sí misma adivinando lo que son el mundo y la vida, y la candorosa ingenuidad de un joven educado en el trato con los libros.

Con todo, mucha agua habría alcanzado á pasar por debajo de la puente, antes que los labios de los dos enamorados se hubieran descosido, si no hubieran sobrevenido ciertas adversidades.

—∴∴—

La renta de que Honorio gozaba como institutor no era enteramente mezquina; pero él, aun-

que modestísimo en sus aspiraciones, la reputó tál desde que se vio en potencia de disponer de un capitalejo. Así, no sin impaciencia aguardó que D. Salvador le diera cuenta del resultado de las gestiones que por él había prometido hacer en Sogamoso. Ya D. Salvador había vuelto á Bogotá después del viaje en que había llevado la comisión y el documento; se había avistado con Honorio, y no solamente había callado respecto de aquel asunto, sino que se había mostrado marcadamente indigesto para con Delvalle. Esto último podría con grandes apariencias de razón atribuírse á la diferencia de opiniones políticas que entre los dos existían; máxime cuando en aquellos días las pasiones políticas hervían como hervirá la pez en las calderas del infierno.

Honorio, allá á sus solas, formaba la resolución de preguntar á Ocampo el resultado de las ges-

tiones de que se había encargado; pero al hallarse encarado con él, se amilanaba y dejaba la pregunta para mejor ocasión.

Don Siervo de Dios Delvalle, que tenía alguna dependencia en la capital, vino á ella aprovechando la feliz coyuntura que para hacer el viaje de balde le ofreció el haberle rogado una familia que había ido de temporada á la población en que él residía, que la acompañase en el regreso.

Don Siervo indagó qué había hecho su hijo con la obligación de Centeno; y cuando se hubo enterado de que el señor Ocampo había tomado sobre sí la cobranza y parecía no haberla intentado, hizo que Honorio dirigiese un telegrama á Centeno para preguntarle en qué estado se hallaba el asunto. He aquí la contestación que recibió: "Celebré arreglo con Ocampo. Enviéle, hace meses, suma convenida. Centeno."

¿Cómo D. Siervo, hombre des-

confiado y suspicaz como buen avaro, había creído que Centeno estaba insolvente, no habiéndolo estado nunca? Tenía el pobre por vecinos unos bogotanitos cafeteros, truhanes y maleantes, á quienes servía de dominguillo. Dábanle candonga con su roñería, y trataban siempre de embocarle cuentos capaces de alarmar su codicia, á los que no solía dar crédito. Pero al cabo, poniendo en el ajo á otros vecinos que nunca habían bromeado con él, lograron hacerle tragar que Centeno, su deudor, había quebrado y salido del país.

Don Siervo de Dios, enterado de la contestación de Centeno, se enfureció y dio por hecho que D. Salvador había procedido como un bribón. Hay que saber que, ya medio arrepentido de haber hecho á Honorio la cesión de la deuda, había significado á éste que era preciso, si se cobraba, que le dejara disponer á lo menos de parte de la suma, por

hallarse él en ahogos tan terribles, que hasta temía verse en la ruinosa necesidad de malbaratar alguna parte de sus propiedades.

Y estimulado por la esperanza de apañar algo de aquello que Centeno aseguraba haberle enviado á Ocampo, tomaba ahora por suya la demanda, y constriñó á su hijo á pedir explicaciones á D. Salvador. Pasando mucha saliva, se atrevió por fin aquél á tocarle el punto.

—Con mucha pena, le dijo, lo molesto á usted para preguntarle en qué estado se halla el asuntico aquel de que usted tuvo la bondad de encargarse.

—¿Cuál asuntico? preguntó D. Salvador muy sorprendido.

—Pues el de la obligación del señor Centeno.

—¡Ah! Yo creía haberle dicho á usted que había ofrecido entregar esa suma en Febrero.

—No recuerdo que usted me haya hablado sobre el particular.

D. Salvador, que se preciaba de no olvidarse de nada, se sintió contrariado, y se puso más fosco.

—Pues no sé cómo habrá sido eso.

—Pero bien, señor D. Salvador... supongo que el señor Centeno no ha cumplido su promesa. Estamos ya en Mayo, y...

—Usted debería no sólo suponerlo sino tenerlo por seguro. ¿Usted piensa que yo habría sido capaz de retener fondos ajenos?

—De ninguna manera, señor D. Salvador. No hago más que buscar la explicación de lo que ha pasado.

—¡Explicación! ¿Usted me viene á pedir explicaciones? Ahí está lo que uno saca de ponerse á hacer servicios.

—Usted me permitirá le recuerde que usted mismo fue quien tomó empeño en prestarme el de que se trata; y que yo rehusaba molestarlo á usted.

—En fin, para terminar esta desagradable conversación, le repetiré á usted que nada he recibido.

Don Siervo de Dios, impuesto en el resultado del paso dado por Honorio, hizo que éste le escribiera á Centeno sobre el negocio. Centeno contestó á vuelta de correo que en la fecha estipulada había enviado á Bogotá, en efectos públicos, siete mil seiscientos pesos, suma á que ascendían el capital y los intereses que en Febrero del año corriente debía según la obligación. Añadía que, encerrados en una cubierta se los había enviado á Bogotá á D. Salvador Ocampo por conducto del socio y compadre de éste, D. Longobardo Mujica, y que por lo pronto no se podría ocurrir al testimonio de éste, por hallarse, no se sabía por cuánto tiempo, en los Llanos de Casanare.

Don Siervo dispuso que Honorio, incluyéndole esta carta á D.

Salvador, le escribiera una muy enérgica.

Honorio la escribió, no enérgica, sino muy atenta y fina; pero sí incluyó la respuesta de Centeno.

Las dos cartas levantaron una tempestad en el pecho del atrabiliario D. Salvador. Lo primero que hizo para desahogarse fue llamar á su hija y entablar con ella el siguiente diálogo:

—El maestrico de Inglés no debe volver á pisar esta casa, ¿lo oyes?

Matilde, encendida y con voz alteradísima, contestó:

—¿Qué falta ha cometido Honorio... el señor Delvalle?

—Honorio, Honorio: eso es: ya hasta te tutearás con él. ¿Qué falta ha cometido? Me hace cargo á mí, á mí, de haberle robado.

—Papá, no creo capaz á... al señor Delvalle de semejante descomedimiento. En eso debe haber alguna equivocación.

—¡Y lo defiendes! ¡Defiendes al mequetrefe que ha insultado á tu padre! ¡Al compinche de mi verdugo! El saber que es un rojo pícaro debería bastarte para aborrecerlo.

La joven, cada vez más inmutada, repuso:

—Yo no sé qué será lo que ha pasado, pero Honorio... y su voz se ahogó en llanto.

—¡Ajá! ¿Esas tenemos? Ya yo había sospechado que ese títere te hacía cucamonas, y recelaba que fueras á prendarte de él. ¡Era lo que nos faltaba!

—Papá, dijo Matilde sollozando, jamás me ha dirigido una galantería.

—Nada, nada. A mí nadie me la pega. Ese zarramplín no me vuelve á poner aquí los pies. Hasta ahora he sido un tonto dejándome embaucar con el embeleco del estudio de Inglés. Pero no más, no más.

Y como Matilde siguiese sollozando, añadió:

—Y tú misma has de despedirlo, concluyó D. Salvador, en el colmo de la exasperación.

—Eso es muy duro, papá, replicó Matilde. Le aseguro á usted que ni yo ni... nadie ha dado motivo para ese enojo de usted... Que á lo menos no tengo yo que...

—¿Te me rebelas? Está bien: yo seré quien despida á ese miserable; pero será á patadas.

Matilde nunca hubiera tomado parte en este diálogo sin dolorosa y profunda conmoción; pero lo que más horrible lo hacía para ella era el acordarse del peligro que para la salud y la vida de su padre aparejaban sus arrebatos de furor. Sin esforzarse por defender más su causa, salió del aposento y se encaminó al suyo para desahogar á solas su amargo sentimiento.

Algunas horas después, D. Sal-

vador llamó y dijo que sentía violento dolor de cabeza. Matilde acudió, y halló á su padre muy acobardado, pensando que ya amagaba el ataque cerebral anunciado por los médicos. A la propuesta de que se enviara por uno, accedió con suma facilidad. Matilde tuvo cuidado de hacer llamar á cierto facultativo que, por ser harto llano y chancero, le inspiraba franqueza, y cuando hubo venido le habló sin reserva y le encargó previniese á D. Salvador que, durante el día siguiente, no dejase la cama ni se expusiese á sufrir ninguna conmoción.

Matilde pensaba aprovecharse de la próxima venida de su maestro para notificarle su remoción por sí misma ó por medio de D.ª Silveria. Lo que más importaba era que D. Salvador no interviniera en el asunto.

En las horas que faltaban para aquella venida se suscitó en el

pecho de Matilde una pugna entre el cariño á Honorio y la fe que tenía en sus sentimientos, y un enojo *sub conditione*, encendido por la idea de que su amante hubiera efectivamente ofendido á D. Salvador.

De esta batalla interior, resultó una nueva determinación: la de hacerle explicar á Honorio lo ocurrido entre él y el señor Ocampo.

Esta resolución envolvía la de erigirse Juez entre los dos. Oídas las partes, ella fallaría.

Cuando llegó la hora de la audiencia, el Juez estaba infinitamente más turbado que el presunto reo, no obstante que éste se azoró algún tanto al ver que se le recibía con una especie de solemnidad.

—Mi padre, dijo Matilde á Honorio, esforzándose por asumir talante de Juez, se queja de que usted lo ha ofendido. Yo he esperado que en lo que haya dado

origen á esa queja haya habido alguna mala inteligencia, alguna equivocación. Y como mi padre no se halla en estado de explicarme lo que ha ocurrido, he resuelto pedirle á usted que lo haga.

Jamás acertaríamos á pintar la aflicción, el anonadamiento del sindicado al oír aquellas palabras, ni la falta de ilación y de método con que la turbación lo hizo producirse en su alegato.

Pero el Juez conocía á las partes como á sus propias manos; conocía el genio irritable, arrebatado y ligero del acusador, y la moderación y suavidad del acusado: así, la defensa, fuera como fuera, hubo de producir el mismo efecto que habría alcanzado si hubiera sido el *non plus* de la dialéctica y de la elocuencia.

Mas, á pesar de que lo explicado por Delvalle era para Matilde la verosimilitud misma, á ella no le pareció propio de una buena hija el mostrarse sobrado indul-

gente con una persona á quien su padre miraba con tan fiero enojo, y cortó el coloquio poniendo en conocimiento de Honorio la determinación de suspender indefinidamente el estudio que con él estaba haciendo.

Entonces empezaron á correr para Honorio y para Matilde los días más amargos y oscuros. El primero miraba arruinadas unas esperanzas que nunca habían hecho más que halagarlo como halagan los sueños imposibles; pero que, con ser sólo imaginaciones y quimeras, eran su vida.

Matilde, viendo en su antiguo maestro una víctima inocente y resignada de la injusticia de D. Salvador, se sentía impulsada violentamente á ofrecerle reparación y desquite; y al mismo tiempo contenida por la obligación de no presentarse, ni aun en apariencia, parcial de quien era objeto de las iras de su padre. La salud de éste se quebrantaba más

cada día; y cada día era más notorio el peligro de que una conmoción le fuese funesta.

D. Siervo de Dios, noticioso de que Dimas García Zorro había estado para encargarse del procedimiento contra D. Salvador, ocurrió á él. Díjole Dimas que ninguna acción civil podía intentarse sin que Honorio firmara el poder que al principio había pensado en conferirle. D. Siervo hizo por reducir á su hijo á que lo hiciese; Honorio se negó á ello. ¡Cómo había de querer presentarse como adversario del padre de Matilde!

D. Siervo se enojó tanto con su hijo, que aunque estaba muy bien hallado comiendo de pegote al lado suyo, por dos ó tres días vivió separado de él en una posada, costeando su propia manutención.

García Zorro discurrió entonces que D. Siervo podía figurar acusando criminalmente á D. Sal-

vador como detentador de bienes ajenos. Este dictamen le cuadró á D. Siervo. Su idea de que así humillaría y vilipendiaría á un adversario político, era salsa ó aperitivo que para él acendraba el placer de perseguir una suma de dinero.

Honorio hizo lo imposible por disuadir á su padre de aquel avieso propósito; pero fue en vano.



CAPITULO III

Tenemos, pues, á varios de los personajes de nuestra historia figurando entre los concurrentes á San Francisco, edificio levantado en otro tiempo por la piedad para que fuese asiento y santuario de la pobreza y del desasimiento evangélico, y teatro hoy de la batalla que la justicia trabajosamente sostiene contra la

codicia, el dolo y las triquiñuelas, y en que las leyes protectoras de la propiedad se ven atormentadas, retorcidas y violentadas por los que pugnan por hacerlas cómplices de la iniquidad.

La torre de la iglesia domina aquella fábrica, y el tañido de sus sonoras campanas cubre á veces el ruido de los pasos y el bullicio de las conversaciones de los que frecuentan el recinto en que antaño reinara el recogimiento, y en que los pies calzados con humilde sandalia, hollaban sin rumor los pacíficos claustros.

La arcada que reinaba hasta hace poco en la planta baja y en el cuerpo superior del vasto patio principal, está hoy interrumpida. Los arcos del costado oriental han sido macizados, y cada uno de los dos claustros se ha convertido en una crujía de piezas. Parece que la decrepitud de que aquella parte de la fábrica comenzaba á dar muestras, hizo indispensable esa reforma.

Penetremos en un juzgado. La parte de la pieza accesible al público está separada, por una barandilla, de otra en que el Secretario escribe, despacha y atiende á los parroquianos, y en que tres ó cuatro escribientes plumean sin levantar la cabeza. Hay un *sancta sanctorum*, formado por un tabique de lienzo empapelado. En él funciona el Juez, y á él son introducidos los que tienen que rendir declaración, y los privilegiados á quienes se invita á conferenciar con el Juez.

El recinto en que despacha el Secretario está provisto de estantes en que reposan los expedientes; y la parte inmediata á la entrada, de asientos y mesitas para comodidad de los que acuden al juzgado.

Al vernos entrar, nos dice uno de los que nos han precedido:

—¡ Hola! ¡Conque ustedes por aquí! ¿ Se van á meter en algún pleito?

Oigamos diálogos.

—Salud, señor Secretario.

—Qué tal, doctor.

—¿ Me hace el favor de prestarme el expedientico ?

—Cuál.

—El de lo de la servidumbre de D.ª Liberata.

—Ajá. Permítame un momento.

Mientras el Secretario despacha á otros y busca el expediente, el que lo ha pedido, colocándose en la barba el puño del bastón, se pone á leer los edictos fijados en las paredes.

Llega otro.

—Señor Secretario, ¿dónde está el reparto ?

—En el juzgado tercero ?

—¿ En qué estado están mis asunticos ?

—Se libró el mandamiento.

—Bueno. ¿ Y lo de la Méndez subirá al Tribunal ?

—Quién sabe.

—¿ Y lo de D. Carmelo ?

—Se negó el recurso.

En el claustro:

—¿Qué le parece?, doctor Ruiz. Han declarado desierta la demanda.

En este punto dio el reloj la una de la tarde, y la voz de un pregonero empezó á alternar unas veces, y á confundirse otras, con las que salían de los corrillos que se hallaban cerca del sitio en que oficiaba el pregonero:

—No era sino usufructuaria de ese terreno que había pertenecido....

—Quien quisiere hacer postura....

—A la viuda de Zabala...

—A la finca que se va á rematar....

—Conforme al testamento de su abuela....

—Ubicada en este Municipio...

—Y ahora resulta con una hipoteca....

—Que linda por el Oriente con casa de la señora Benigna Cubides....

—De la que ninguno de los interesados tenía noticia....

En un corrillo sirve de núcleo el doctor (?) Caldas, que es un cuarentón pequeñito, lampiño, rubio, locuaz, bullicioso y de voz atipladilla, en su tiempo el más deshecho y suficiente de los demóstenes de juzgado.

—Es que la causa todavía está abierta á prueba.

—Pues que hagan absolver posiciones.

—Y pedir la compulsa.

—¿Harían la notificación?

—Sí, menos al tutor, que está ausente.

—Para eso, están ahí los edictos.

Las campanas de la torre no permitieron oír más de este diálogo; pero, por entre los claros que dejaban sus tañidos, se percibían frases y palabras aisladas: requerimiento judicial, caducidad del contrato; pago por consignación, se surtió la actuación;

incidentes, auto interlocutorio, excepciones, protocolo, articulación, asignatarios, rebeldía, título, recusación, librar despacho, efecto devolutivo.

Callaron las campanas.

—Qué tal, doctor.

—Qué tal.

El *doctor* es el doctor (?) Ariza, á quien treinta años habían visto con su pechera bombeada y no muy limpia, con un invariable paletot gris, y con un mismo sombrero de copa que, aparte de mostrar en ciertos lugares el pelo como asentado con agua, no tenía trazas de verse muy abatido por la vejez. El *doctor* Ariza era panzudo, de mandíbula cuadrada, y de aire reposado. No llevaba anteojos habitualmente, pero se los ponía para examinar los expedientes y tomar notas.

—¿Qué le ha parecido, continuó Ariza, la sentencia de ayer?

—¿Cuál, la que recayó en el negocio de los Ramírez?

—No, la que condena á Gaitán al saneamiento de la finca y lo condena en costas.

—Ah, sí; pero parece que apelan.

—Deben apelar. La sentencia se funda en que la finca reconocía un censo; pero la imposición de ese censo no había sido registrada.

Oigamos ahora al doctor Avilés, de cuyos voluminosos hombros y espaldas pende una bastante traída y desteñida capa antigua de las de esclavina, y de broches de cobre que representan mascarones. El peso de sus carnes abundantísimas y flojas parece oprimir al doctor y no lo deja andar sino tomando resuello de vez en cuando. Sus párpados y su labio inferior se descuelgan pesadamente.

—Señor Secretario, dice con voz campanuda, solemne y gutural, ¿salió por fin ese autico?

—No, señor doctor. El señor

juez tuvo que salir ayer á una vista de ojos.

—¿Lo dictará hoy?

—Quién sabe. Hoy estamos de inventarios.

—Ajá: los de la mortuoria de D. Pacho.

Cerca de la puerta de uno de los juzgados de lo criminal, departen una campesina vejancona y esmirriada y un mozo de fisonomía y porte no vulgares, de ojos encarnizados y dormilentos; rostro abotagado, nariz colorada y astrosa vestimenta. Toda su persona exhala olor á alcohol y á mal tabaco.

—Pero mientras no haya pruebas, le está diciendo este mozo, que es tinterillo de los de tres al cuarto, á la vieja campesina, mientras no haya pruebas, no se puede hacer nada.

—¿Y qué más pruebas quere mi amo dotor que haiga? Ai está el probe muchacho con los ojos negros y con los cardenales de

los palazos que le pegó ese forajido.

—Pero esa no es prueba de que él haya herido al otro en defensa propia.

—Pus en nostra propia defensa fue. Ai está mi compadre Lugencio que diga si ese hombre no nos la tenía jurada dende cuánto há, y si no fue él el que me mató la marranita y el que echaba sus animales á hacer daño en la orillita de maíz.

—Pero bien, ¿ su compadre Fulgencio presenció la riña ?

—Pus lo que es prcpiamente presenciarla, quén sabe. Pa qué es dicir. Yo creigo que el día de la molestia mi compadre andaba por Jatativá.

—Nada. Con lo que usted me dice no se puede defender á su hijo.

—Mire, mi amo dotorcito, hágalo por lo que más quera. Anque sepa vender mis gallinas y mi novillita, que está ya tama-

ña.... (y aquí hizo el ademán, extendiendo la mano y poniéndola como á cinco palmos del suelo), yo le pago bien á sumercé.

Aquí interrumpió otro cliente del mismo pergenio que la campesina.

—Aquí está el papel sellao, mi señor dotor; por más que le rogué á ese señor no me quijo rebajar nadita: que habían de ser dos riales, y ni an un cuartillo me rebajó.

—Bien, pero los seis reales del escrito me los tiene que dar adelantados.

—Ah, mi amo dotor, déjemelo siquera en los cuatro.

—

Los garduñas (y también algunos abogados) suben, bajan, entran, salen, se agrupan en corros, se dispersan y pasan de juzgado á juzgado, llevando siempre sus rollos de papel. Algunos, de codos sobre la baranda de un corre-

dor, conversan, ya con aire de reserva, ya dando señales de aburrimiento, mirando sin ver, hacia el jardín que adorna el patio, y hacia la fuente que deja caer sobre la pila sus chorros rumorosos. El aroma y los gayos matices de las flores nada dicen, nada son para los que están allí embebidos en lo más árido, lo más adusto y lo más desapacible de todo lo que han inventado los hombres para ver de tener á raya sus pasiones, ó para ponerlas en juego.

Con los yentes y vinientes, con los salientes y entrantes, tropiezan varias mujeres que, tentando el apetito de los curiales y de los concurrentes, andan con bandejas llenas de bizcochos y dulces, y hasta de vasos de bebidas refrigerantes.

Antes faltarán de aquellos claustros las columnas que sostienen los arcos, que D. Marciano Acuña. D. Marciano no hizo estu-

dios jurídicos, ni tenía más letras que las indispensables para entender el Código á media rienda, ni frecuentó los juzgados en los primeros años de su vida. Pero en cosa de diez y ocho pleitos que promovió contra sus coherederos, aprendió (ó creyó haber aprendido) la rutina forense, y les cobró tanta afición á los litigios, que, según corría entre los chismógrafos franciscanos, en cierta ocasión en que no había hallado deudo ni extraño con quién pleitear, y en que estaba desempeñando una curatela, había entablado una acción, en su calidad de curador, contra el Acuña no curador.

Distinguíase D. Marciano por cierto ceño con que parecía estar diciendo: "¡Chicanitas á mí! Ténmenla conmigo y verán cómo salen con las manos en la cabeza."

—

Fuera de los interesados en los procesos, discurren por esos

claustros comerciantes, industriales, médicos, literatos, hacendados y otros individuos no pertenecientes al gremio.

Uno de los tales dice á otro, sacando su reloj y mirando la muestra:

—¡ Caramba! la una menos cuarto, y no parecen esos señores.

—Sí, señor. Estábamos citados para las doce en punto, y vea usted cómo se nos hace perder el tiempo.

En esto se llega á los interlocutores un agente de policía, y les dice:

—El señor Pacheco, que no viene al jurado; se me quería esconder, pero al fin di con él y lo cité; pero nada: dice que está excusado por enfermo.

El jurado se completa con un individuo (músico, por más señas) que pasa hacia las piezas de la Gobernación. Uno de los interesados en que el jurado se reúna,

le hace cierta indicación al juez; éste en un santiamén verifica un sorteo, y la suerte ciega designa al músico. El músico viene muy azorado á hablar con los que van á ser sus colegas, y á lamentarse, y á ponderar lo ocupado que está aquel día. Sus compañeros lo consuelan asegurándole que aquello no les hará perder sino una media hora. Trátase del hurto de un pavo, con escalamiento de una cerca de talanqueras, delito cometido diez y ocho meses antes, y con relación al cual se ha formado ya un expediente constante de trescientas cinco fojas útiles que han de leérseles á los señores del jurado.



Capitulo IV

Volvamos ya al interrumpido relato de los sucesos que enloquecían á D. Salvador Ocampo y que mantenían á su hija en cruel apretura.

Incoada la acusación, empezó á instruírse el sumario. El público halló su comidilla en los comentarios, conjeturas y disquisiciones sobre la culpabilidad de D. Salva-

dor. D. Salvador se escandeció con esto cuanto no es imaginable, y los negros cuidados de su hija llegaron al último extremo. La acusación era á sus ojos expresión de un odio que ella nunca imaginara posible contra un hombre como su padre, y baldón que recaía sobre ella misma. Su corazón y su buen sentido le repetían que Honorio no podía tener parte en aquella maniobra y le hacían imaginar lo que él debería estar padeciendo. Pero su conciencia y su orgullo parecían imponerle el deber de interponer abismos entre ella y el hijo del que tan atrevidamente desacataba á su padre.

Por su índole y por aquella especial educación que había acertado á darse á sí misma, era enérgica y activa, y no podía permanecer inerte y en estéril aflicción á vista de los contratiempos para los cuales sabía ó imaginaba que podía haber remedio.

No ignorando que el doctor Zaldívar era hombre de gran respetabilidad y acatado por todo el mundo, ni que era el único mortal que ejercía ascendiente sobre el señor Ocampo, pensó que ocurrir á él en demanda de consejo sería lo mejor que pudiera intentar en el crítico apuro. Para poner por obra este pensamiento, tuvo que batallar consigo misma. Ella no había tratado al doctor, y veía mucho de humillante en aquello de procurar que algo que no fuera la justicia seca, restituyera su limpieza al nombre de su padre.

Determinada al fin á obrar, echó mano, para facilitar su empresa, de un recurso muy bien escogido.

Tenía el doctor Zaldívar una hija que, desdeñando las conveniencias de que su posición pudiera hacerla gozar en la sociedad, se había consagrado al ejercicio de buenas obras y era paño de

lágrimas de los atribulados de todo linaje. De ella tenía noticia Matilde, y á ella acudió á fin de ponerse en comunicación con el doctor Zaldívar. Merced á la confianza que éste le inspiró, pasada la primera entrevista, ya no hubo menester mediador para comunicarse con él.

De dicha primera entrevista resultó la promesa hecha por el abogado á Matilde de tratar de intervenir en el asunto del modo que pareciera más conveniente.

El doctor Zaldívar, antípoda de los más de sus cofrades, ponía todo su conato, no en ahondar divisiones ni en azuzar á los litigantes, sino en discurrir y emplear arbitrios para ajustar voluntades y componer las disputas. Valíase para ello, no de complicados razonamientos ni del tecnicismo de la legislación, sino de contundentes observaciones hechas casi siempre en tono familiar y con aire festivo, á que pres-

taba suma eficacia el prestigio de que gozaba como hombre de probada integridad.

Por entonces se esperaba una sentencia en el pleito seguido por García Zorro con D. Salvador Ocampo. García Zorro tuvo fundadísimos motivos para temer que dicha sentencia echara patas arriba todos sus planes; y, como le doliese en el alma tener que renunciar á la esperanza abrigada por él y por su madre, durante largos años, de venir á ser dueños de una gran parte por lo menos, del antiguo patrimonio de los Ocampos, concibió un designio el más descabellado y atrevido. "Si yo me casara, se dijo, con Matilde Ocampo, todo quedaría en casa y no me importaría perder el pleito."

Para poner por obra este proyecto, era forzoso, ante todas cosas, reconciliarse con su tío D. Salvador, y á este intento, le escribió una carta en que, mostrándo-

sele arrepentido de sus malos procederes, le ofrecía desistir del pleito, y convertirse en defensor suyo si en el procedimiento promovido por D. Siervo llegaba á necesitar defensor. Insinuaba asimismo que él, con poder de D. Salvador, podría acusar por calumnia á D. Siervo si desistía de la acusación, como esperaba hacerlo desistir.

Al leer esta carta, el señor Ocampo se espiritó como nunca se había espiritado, y el coraje lo puso á dos dedos de la sepultura. Por sabido se calla que la carta no tuvo contestación. Informado de todo lo cual el doctor Zaldívar, le previno á Matilde que interceptara las cartas dirigidas á su padre; que las leyera y que le entregara á él las que versaran sobre el pleito y sobre el otro proceso.

Dimas, aunque su tío no había dado respuesta á su primera carta, le escribió otra en que ya osaba hablarle de una alianza de

familia que pondría término á las disensiones que por tántos años no habían dejado gozar de paz á la de los Ocampos.

De clave para descifrar lo de la alianza de familia, le sirvió á Matilde el recordar que en los últimos días García Zorro parecía haber buscado ocasiones de verla, de saludarle muy como allegado, y de mostrársele obsequioso.

Su enojo, al mirarse pretendida por aquel esperpento, guardó proporción con la osadía de éste; y desde que Matilde hubo leído la carta, no volvió á corresponderle el saludo á su primo.

Honorio se hallaba en cruel perplejidad. Parecíale que permanecer inactivo y no hacer algún esfuerzo en favor del señor Ocampo, había de hacerlo reputar enemigo suyo, lo cual cavaba un abismo entre él y Matilde; declararse, de cualquier modo que fuese, parcial de D. Salvador, era de-

clararse contrario á su propio padre. Siguiendo con ansiedad el curso de los sucesos, se enteró de que el doctor Zaldívar había prometido á Matilde sus buenos oficios, y se avistó con él.

Oyéndole exponer las dificultades y pintar la situación de D. Salvador y de su hija,

—Ha llegado, le dijo al doctor, el caso de poner por obra lo que he estado meditando.

—¿Y qué ha sido eso?

—Declarar yo que sí he recibido la suma enviada por Centeno, y fraguar cualquier explicación.... que recibí un pliego cuyo contenido ignoraba, y que se me traspapeló; que soy muy distraído.... en fin, cualquier cosa.

—Pero ¡hombre! ¿no ve que entonces la reputación que queda comprometida es la suya? Dirían que usted, procediendo de mala fe, había tratado de cobrar dos veces la suma. Al público, hambriento de escándalos y de

materia de murmuraciones, no se le comulga con ruedas de molino.

—Que digan eso; y que digan cuanto quieran.

—¿Cómo va usted á sacrificar su reputación á la de un hombre que lo ha tratado tan mal?

—Pues sepa usted que hago ese sacrificio con mucho gusto. Usted mismo me da á entender que está comprometida no sólo la reputación, sino también la vida del señor Ocampo. Me repugna incurrir en una falsedad, aunque sea con buen fin; pero el caso es muy apurado.

— Dejémoslo estar todavía. No se precipite usted. Yo pienso hablar con García Zorro, y no es difícil que el asunto se arregle á menos costa.

El abogado se quedó pensando: aquí hay gato encerrado: este mozo no es capaz de picardía. ¿Andarán en la danza algunos amorcejos?

Zaldívar puso en noticia de Matilde la generosa resolución que Honorio había concebido. Al oír hablar de ella, no pudo la joven contener ciertas muestras de enternecimiento que no se escaparon á la penetración del abogado.

El corazón de la que había querido erigirse juez, se convirtió entonces en decidido defensor del procesado. Matilde adivinó el móvil que á éste impulsaba, y apreció su generosidad. Desde entonces no procuró, como por muchos días lo había procurado, evitar encuentros con Honorio; y dos ó tres veces habló con él amigablemente en la casa de las Tellos. En estas pláticas, sin que se mencionara lo de la acusación, pero refiriéndose indubitablemente á ella, Honorio ponderó las angustias que estaba pasando, y Matilde lo convenció de que no lo culpaba.

Días antes de que la conducta
le Matilde y el silencio de D. Sal-
'ador le hubieran procurado á
)imas el amargo desengaño, el
loctor Zaldívar había conferen-
:iado con él. Proponíase hacerlo
:ntrar por vereda, ya con persua-
iones, ya amenazándolo con ha-
:er que se sacaran á relucir al-
gunos de sus trapos; pero no tuvo
necesidad de apelar á recursos
extremos. Hallándose García Zo-
rro encalabrinado en lo del en-
lace con Matilde, estaba dispues-
tísimo á romper con D. Siervo
de Dios y hasta á cortar los plei-
tos antiguos con Ocampo.

El rompimiento se efectuó sin
demora, y lo de la acusación se
volvió tablas. D. Siervo, ya más
que alebrestado con las socali-
ñas tinterillescas, quería huír de
su consejero y de toda la ralea
de los leguleyos; y conocía de-
masiado que por sí no había de
poder dar un paso en el camino
que había tomado.

Cuando García Zorro se vio d
fraudado en la esperanza que t
merariamente había osado ab
gar,.... rugió de cólera, íbam
á decir; pero nó, él no rugía nu
ca. Cuando se veía burlado
ofendido, callaba, y con el esm
ro con que se guarda un perf
me exquisito, él guardaba el re
cor en el pecho, aguardando
ocasión más propicia para hac
lo sentir. El que en la presen
lo agitaba era rencor puro co
tra D. Salvador y contra Hon
rio. Su corazón (ó la cosa que t
nía en lugar de corazón) le a
vertía que, bien que Delvalle
le había, hasta entonces, hec
perrada de mucha monta, me
cía, ó había de merecer alg
día, su odio, como un santo d
velas.

Por Matilde sentía rencor, pe
un rencor peregrinamente am
gamado con la pasión de que
había hecho esclavo.

No se puede jugar con fue

arcía Zorro, únicamente por an-
a de medrar, había pensado en
n enlace con Matilde. Pero una
ez admitida la idea de que el
er dueño de ella no entraba en
a categoría de las cosas inima-
inables; una vez fijados sus oji-
los verdes en los encantos de su
rima, éstos se enseñorearon de
u albedrío; y, aunque él cuer-
damente pensó que el rendirlo
odía granjearle humillaciones y
ervir de estorbo al más acari-
iado de sus proyectos, no le fue
lable sofocar la pasión ni des-
char los halagüeños pensamien-
os que ella le sugería. Tal vez
legaría el caso en que á Matilde
o le quedara otro arbitrio para
ntrar en posesión del caudal de
us mayores, que el de compar-
irlo con él; y en esto del dinero
staba para él todo el busilis, tra-
ándose de triunfar sobre las mu-
eres. D. Salvador era linajudo;
ero por las venas del mismo Di-
nas corría la propia sangre que

circulaba por las de Matilde, y circulaba, por contera, mezclada con la del Capitán García Zorro. El era feo, y feo de gana; mas no era cosa del otro jueves que un feo se casara con una bonita, aun sin aportar al matrimonio una fortuna que rescatara su fealdad.



CAPITULO V

Las conferencias de D. Salvador con el doctor Zaldívar eran tan frecuentes cuanto lo permitía la delicada situación del primero.

Cierto día estaba el doctor recapacitando, como muchísimas otras veces lo hiciera, sobre lo posible y aun verosímil de que D. Salvador hubiera recibido el

pliego que contenía los valores remitidos por Centeno, y de que aquél, merced á su atropellamiento y á su exaltación crónica, lo hubiese dejado perder, ó á lo menos traspapelarse.

En tal sazón se le presentó en su casa aquel doctor Estévez de quien, aunque muy de paso, tenemos hecha mención, y éste empezó á hablar de sus cuentas con el señor Ocampo, que hasta esa fecha estaban pendientes.

Esto trajo á la memoria del abogado lo que en el cuarto de D. Salvador había ocurrido aquel día en que vimos extendidos y abiertos sobre el bufete los libros del mismo D. Salvador. Tras esto se acordó de que, en esa propia coyuntura, la entrada de D. Longobardo Mujica había interrumpido el trabajo.

Concibiendo ahora más esperanza que otras veces de poder llevar á buen término el más enfadoso de los asuntos que ate-

diaban á D. Salvador y con que D. Salvador lo hostigaba á él, determinó abordar la cuestión sobre que cavilaba cuando la visita del doctor Estévez.

El día que escogió para ello, encontró á su intratable cliente un tanto blando y conversable, gracias al abatimiento causado por su dolencia.

Insinuóle con toda la maña posible cómo podía suceder que en efecto hubiese recibido los valores aquellos, origen de tántos sinsabores.

El señor Ocampo se sulfuró un poco al oír tales razones; pero como, al tratar de rebatirlas, buscó inúltilmente otras de algún peso que alegar, vino á convenir, si bien tácitamente y muy á pesar suyo, en que la cosa no era del todo imposible.

—Haga usted memoria, le dijo Zaldívar. Aseguran que fue su compadre D. Longobardo Mujica quien debió entregarle los va-

lores. Recuerde usted en qué ocasiones lo ha visto ó se ha comunicado con él.

—Ah, las tengo muy presentes, y tengo muy presente qué ha sido lo que hemos tratado desde que este maldito asunto empezó á atormentarme. Puedo decir que desde entonces no he hablado con él sino de aquella condenada empresa que se nos frustró.

—Sí, sí. Yo estaba presente, estaba aquí mismo la primera vez que le dio á usted malas noticias sobre ese particular.

—Así fue: aquí estaba usted.

—Pero es fácil que en esa ocasión ó en otra, antes ó después de hablar de eso, le haya entregado á usted cualquier cosa, y que usted, enfrascado en lo de esa empresa, lo haya olvidado.

—Usted sabe que á mí no se me olvidan las cosas, y que siempre he sido muy arreglado en lo que mira á los negocios.

—Lo sé; pero á veces sucede

que lo vivo del interés con que se mira una cosa, nos aparta la atención de otras menos importantes.

D. Salvador se quedó pensativo. El doctor Zaldívar encendió un cigarro y se puso á dar paseos á lo largo de la pieza Habiendo en uno de ellos fijado la vista en los libros de cuentas de Ocampo, meditó un rato y dijo:

—¿Usted recuerda de qué estábamos tratando el día que vi aquí á su compadre?

—No.

—Yo sí. Estábamos examinando aquella liquidación de intereses presentada por el doctor Estévez.

—Cabal, cabal.

—Usted tenía extendidos y abiertos sobre su bufete todos estos libros de cuentas.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Si ese día su compadre le hubiera entregado lo que dicen, y usted, embebido como estaba

en lo que los dos hablábamos y en la noticia que recibió, lo hubiera dejado entre los libros...

—No lo crea usted. Yo soy muy arreglado.

—Pero nada se perdería si buscáramos un poco.

Retiróse luégo el doctor Zaldívar, no sin haberle arrancado á D. Salvador la promesa de hacer buscar el pliego entre los libros de cuentas.

Aunque de mala gana, ordenó el señor Ocampo á su hija que, con ayuda de una criada, cumpliese lo que él había prometido.

Sacáronse todos los libros. Los anaqueles del escritorio quedaron despejados; por ellos corría una que otra araña, y Matilde se aprovechó de la ocasión para desempolvarlos y para desempolvar los libros.

El pliego no pareció.

Ahora entra en escena el doctor Estévez. Estaba él interesa-

dísimo en ultimar el ajuste de sus cuentas, é instó por su arreglo.

Las tales cuentas estaban muy embrolladas; ya era inminente un pleito, y el doctor Zaldívar vio la necesidad de estudiar de nuevo el asunto en los libros de Ocampo. Hé aquí porqué, cierto día, hallámos reproducida la escena en que vimos á los dos sujetos examinando los libros de cuentas.

Al hojearlos, iba dando el doctor con papeles sueltos metidos entre sus folios: obligaciones canceladas, cartas abiertas, borradores, recibos antiguos, esquelas impresas en cuyo dorso se habían hecho operaciones aritméticas, y otros pedazos de papel en que se había hecho lo mismo.

Súbitamente, tomó el doctor algo que había encontrado entre dos hojas de uno de los libros. Era un pliego cerrado y abulta-

do, con este sobrescrito: "Al señor D. Salvador Ocampo.—Bogotá." En la esquina inferior, á la izquierda, se leía: "Atención del señor D. Longobardo Mujica."

El doctor Zaldívar se guardó el pliego en el bolsillo del pecho, y con una risita muy pícara y señalando el bolsillo, dijo á D. Salvador:

—¿Cuánto me da usted por este papel que acabo de encontrar entre los inútiles?

A D. Salvador se le saltaban los ojos, y las manos le temblaban. La voz la tenía embargada.

El doctor rompió la cubierta. Esta contenía documentos de crédito contra la Nación, por valor de siete mil seiscientos pesos.

Matilde y la criada habían buscado el pliego entre volumen y volumen, cuando lo que se necesitaba era buscar entre hoja y hoja.

—Y ahora me acuerdo, dijo el

doctor Zaldívar cuando hubo leído en voz alta una carta remisoria de los documentos, y pasado la vista por varios de éstos; ahora me acuerdo de que su compadre le entregó á usted algo que usted puso luégo como registro en uno de los libros.

—Pues yo no me acuerdo de nada, fue lo primero que dijo D. Salvador. ¿Y ahora qué hacemos?, añadió después.

—Lo primero que hacemos es llamar á esa niña y contarle lo que acaba de suceder. Luégo veremos.

—¿A qué niña?

—A su hija de usted, que ha sido una mártir. Usted no sabe qué tesoro tiene, ni lo que ella ha hecho ni lo que ha padecido.

—Vamos. Yo pensaba que usted no la conocía.

—Y mejor que usted.

Y saliendo al corredor, topó con una criada, á la que dio orden de llamar á Matilde.

Matilde se presentó toda turbada: una conferencia con el doctor Zaldívar era ya para ella cosa corriente; pero una conferencia con el doctor Zaldívar y con D. Salvador, tenía sus bemoles.

La escena pudo ser dramática y sentimental: Matilde, enterada del descubrimiento, se enterneció, abrazó á su padre y dirigió al abogado una mirada que contenía una oda eucarística completa; pero el doctor Zaldívar, con ser la benevolencia misma, no era para escenas; y D. Salvador no puso en aquella coyuntura su conato sino en explicar cómo, á pesar del traspapelamiento del pliego, él nunca se había distraído ni olvidado de cosa alguna. Al principio no se había hecho alto sino en las consecuencias favorables del hallazgo; pero cuando hubieron pasado las primeras impresiones, se miró la cosa por su lado oscuro.

Cliente y abogado abordaron

la gran cuestión: Entregar su dinero á Honorio era confesar el yerro; y confesar el yerro era exponerse á que la gente pensara que D. Salvador había intentado alzarse con la suma, y que no había mudado de propósito sino al verse amenazado por una causa criminal. Entregar la suma era cosa ineludible; el doctor Zaldívar opinó que no debía dejarse pasar una hora sin cumplir con ese deber, y quedó autorizado para entenderse incontinenti con Honorio Delvalle. Dado este primer paso, luégo se vería de arreglar el asunto lo menos mal posible.

—¿Qué me das de albricias?, dijo el doctor Zaldívar á Honorio.

—¡Albricias! ¿Y qué buena noticia me trae usted?

—¡Poca cosa! Que tu plata pareció en poder de D. Salvador. Enterado Delvalle de los pormenores del suceso,

—Crea usted, dijo al abogado, que más me alegro por haberme justificado con el señor Ocampo, que por las demás conveniencias que esto me proporciona.

—Aquí tiene usted los valores enviados á usted por Centeno, por conducto de Ocampo. Pero, ante todas cosas, tenemos que ver cómo ponemos á cubierto la reputación de D. Salvador.

—Estoy dispuesto á hacer lo que usted ordene.

—Yo puedo declarar sobre el asunto, y si fuera menester, haría una publicación. Pero el testimonio de un solo testigo...

—El de usted vale por el de veinte testigos.

—Así lo cree usted; pero el público maldiciente no suelta con facilidad la presa que ha cogido.

—¿Sabe usted lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Yo declararé que la equivocación, ó el descuido, ó... en fin,

la culpa de lo que ha pasado, ha sido mía.

—Ajá: la misma invención de que hablaste el otro día. ¿Pero no ves que entonces eres tú quien cae en nota? No nos es lícito privarnos de nuestra reputación, como no lo es privarnos de la vida. Los menos malignos dirán que tú, por un descuido injustificable, has perjudicado terriblemente á un hombre de tanto respeto como D. Salvador.

—Pero, dígame usted: si es permitido dar la vida por alguno, ¿no lo será dar nuestra fama por la de otro?... Con tal que D. Salvador quede disculpado y satisfecho, no me importa lo que digan... Sólo me atormentaría el que pensara mal de mí una persona.

—¿Y se puede saber qué persona es esa?

Honorio, sonrojadísimo y titubeando, contestó:

—Es... es la señorita, hija del señor Ocampo.

—¡Acabáramos!... Tu discípula... Por ese lado no hay que temer. Esa señorita conoce la cosa por sus cabales.

Esto lo dijo el doctor mirando fijamente á Honorio con una risita y una sorna que convirtieron las mejillas del joven en una ascua.

—En fin, continuó el doctor Zaldívar, el asunto es peliagudo. Piénsa en él despacio, y más tarde hablaremos.

—No, señor, mi resolución está tomada.

—¡Hombre!, dijo el viejo, poniéndole á Honorio la mano en el hombro, tú haces una cosa muy bien hecha, y vas á ganarte la voluntad de aquel abuelo. La de la niña ya como que la tienes ganada, y puede que con esto se arregle más de un asunto.

—

D. Salvador, con todas sus roñas, como al fin y al cabo era

hombre bien nacido, no se mostró incapaz de apreciar la generosa acción de Honorio. Con lo cual, y con sentir en su conciencia un buen escozor recordando cuánto y cuán injustamente lo había ultrajado, fue dócil á las persuasiones con que el doctor Zaldívar trató de inclinarlo á ofrecerle á Delvalle algún desquite.

—Ninguno mejor, le dijo el abogado, que volver á abrirle á ese joven las puertas de su casa.

—¡ Hum !, replicó D. Salvador, es que tengo para mí que ese joven tiene ciertas pretensiones que no me acomodan... y esto de sus opiniones políticas...

—Ya sé cuáles son las pretensiones de que usted habla. ¿ Y qué hay de malo en que las tenga?

—¿ Qué hay de malo? ¿ Pues no ve usted que es en él mucha presunción aspirar á casarse con mi hija?

—Convengo en que la señorita

se lo merece todo; ¿pero qué defectos halla usted en Delvalle?

—Pues defectos... lo que se llama defectos, no le sabré decir á usted cuáles le encuentro; pero...

—Es que usted nunca había pensado en que alguno pudiera venir á quitarle su niña. Usted no le habría puesto buena cara á ninguno que se hubiera presentado á pedírsela.

—Quién sabe, quién sabe.

—¿Quiere usted que le diga lo que yo haría en el pellejo de usted?

—Vamos á ver.

—Yo deferiría al parecer de la interesada.

—¿Eso haría usted? ¡Fiarse del juicio de una muchacha casquivana, en asunto de tánta monta!

—¡Muchacha casquivana! ¿Qué pruebas ha dado de poco juicio?

—Pruebas... pruebas... qué sé yo.... Ustedes los legistas siempre han de estarlo mareando á

uno con la cosa de las pruebas... Y al fin y al cabo, ¿á usted le consta que Matilde le corresponde á ese... á ese joven?

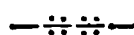
—Pues lo que es constarme... yo no me atrevería á jurarlo; pero la cosa se puede averiguar muy fácilmente.

—

Quien, conociendo á Delvalle, hubiera oído, agazapado debajo de un mueble ó haciéndose invisible, las pláticas que, desde algunos días después del de la última del abogado con su cliente, solían seguir Honorio y Matilde en la casa de ésta ó en la de las Tellos, se habría quedado estupefacto oyéndole al pedagoguito aquel que parecía no saber discurrir sino sobre ciencias y artes, y eso superficial y tímidamente, expresiones de tánto fuego y de tánta ternura, que no habría poeta ni novelista que no se diera con un canto en los pechos si

lograra ponerlas iguales en boca de sus personajes.

El lenguaje de una pasión como la de Honorio, dictado por la naturaleza, exento de artificio y de retóricas, pero enérgico y vivaz como la pasión misma, no puede ser imitado. Y menos puede serlo cuando la pasión que lo dicta arde en el pecho de un hombre, á un mismo tiempo cultivado y sencillo. Y menos todavía cuando la mujer que ha inspirado la pasión, la ha hecho mantener por mucho tiempo muda y refrenada por el respeto.





CAPITULO VI

Cierto día inmediato á aquel en que el doctor Zaldívar, alcanzando de razones á D. Salvador, había defendido y ganado la causa de Honorio, quien se hubiera hallado en algún punto del camino que de la capital párte para Occidente, habría visto bajar por él, al trote de una mula flaca, de orejas y pescuezo desmayados,

al señor D. Siervo de Dios Delvalle. Como nada queda oculto, á sus oídos había llegado la especie de que García Zorro había excitado á D. Salvador Ocampo á volverle las nueces al cántaro á su acusador, acusándolo por calumnia. Al proviso lo había asaltado la idea de las erogaciones que podía ocasionarle la defensa, y apresuradamente se había aprestado á la fuga. Durante la marcha, iba volviendo la cabeza á menudo y como con sobresalto. Se le había escabullido á García Zorro sin haberle satisfecho parte de sus honorarios y el valor de dos hojas de papel sellado, y temía que el tinterillo fuera siguiéndole el alcance.

Al oír la confidencia que el día de su partida le había hecho su hijo en orden al proyectado matrimonio, se le habían venido, agavillados, á las mientes, mil atosigadores recelos. Para que su hijo se casara, tendría que habilitarlo,

y como el casamiento en que pensaba era con una joven de alta posición y acostumbrada al lujo, sería dispendiosísimo. Él mismo —¡perspectiva horrenda!—tendría que comprar frac, sombrero de copa, guantes y cien otros adminículos que, después que lo hubieran atormentado por unas pocas horas, irían á consumirse improductivamente en cualquier rincón.

¡Y había de presentarse él, con cara de amigo, en la casa del godo pícaro que vendría á ser consuegro suyo! No, no daría su consentimiento, aunque, con no darlo, el mundo se viniese abajo.

Con cara de vinagre y con palabras de acíbar, le había declarado á Honorio su determinación; y sin dar lugar á réplicas ni á instancias, había montado en la mula y la había azotado con empeño, así porque anhelaba poner tierra en medio, como porque sentía necesidad de desfogar en

alguien ó en algo la cólera que había excitado en él la comunicación que acababa de hacérsele.

—

Desmayado y marchito había quedado Honorio con el sofión que había recibido de su padre. Bien se le alcanzaba que podía, siendo, como era, mayor de edad, casarse sin la aquiescencia de D. Siervo; pero le inspiraba invencible repugnancia el romper con el autor de sus días, y no menor el noticiarle al futuro suegro y á la novia que aquél, lejos de mirar como honroso y favorable el entroncamiento de su hijo con una familia por todos conceptos superior á la de él, lo reprobaba y lo miraba con horror.

De esto resultó que Honorio, titubeando en lo que había de resolver, empezara á mostrárseles indeciso á Matilde y á D. Salvador. D. Salvador, para quien no había tormento como aguardar,

ya se tratase de una calamidad, ya del bien más suspirado, ocultaba mal su impaciencia y parecía mirar con extrañeza y con disgusto la flema del que por dentro se estaba carcomiendo.

Ni á Matilde ni á D. Salvador permtía el bien parecer apurar al pretendiente. A moción del segundo, se ventiló el punto entre los dos; pero ninguno de los dos pudo sacar al otro de dudas y recelos.

Tenemos visto que sobre el embarazoso asunto no podían comunicarse directamente Matilde y su padre con Honorio; pero entre aquéllos y éste había un medio de comunicación indirecto y tortuoso. Las Tellos poseían toda la confianza de Honorio y oían ciertas confidencias suyas; Teresa Zaldívar, con motivo de su intervención en los asuntos de Honorio, había contraído amistad con las Tellos; las Tellos, exhalando la compasión que les

inspiraban los reveses de Honorio, habían tratado de excitar la de Teresa, y Teresa había desahogado la suya en conversaciones con su padre.

D. Salvador, que tánto se preciaba de diestro y expeditivo para cualquier asunto, abrigaba allá en lo hondo de su ánimo, y sin que él mismo lo supiese, una grande inclinación á echarles el muerto á otros. En los poco sufridos y demasiado enemigos de mortificarse, es harto común esa propensión; y en D. Salvador se había desenvuelto mucho desde que el doctor Zaldívar, interviniendo en aquellos asuntos de familia que tánto habían preocupado al mismo Ocampo, los había orillado y llevado á buen término.

Así fue que, hallándose en el nuevo atranco, concibió la idea de que el abogado era quien podía sacarlo de él. Pero su amor propio no lo dejaba acudir á un extraño en demanda de auxilio.

No llegó en efecto á explicarse con el doctor Zaldívar; pero siempre que éste lo visitaba, se le mostraba desasosegado y como fuera de caja. Delante de él se ponía á pasearse por el aposento, dando unos como bramidos; y manifestaba hacer poco caso de lo que se le dijera, aunque ello tuviese concernencia con lo del pleito de marras.

De este modo obligó al abogado á hacerle preguntas sobre la nueva cuita que parecía atormentarlo, y halló ocasión plausible de explicársela.

De ahí resultó que el doctor Zaldívar departiese con su hija, y ésta con las Tellos, y las Tellos con Honorio, sobre la causa que entorpecía la marcha del noviazgo.

Y de ahí resultó que el doctor Zaldívar enterase á Ocampo de aquella causa.

Cuando el arrebatado señor hubo entendido que D. Siervo se

oponía al matrimonio, entró en uno de sus accesos de furor, llamó á Matilde y, después de desahogarse lindamente en presencia suya, le comunicó la orden de romper con su pretendiente, si dentro de cierto término no fijaba día para el matrimonio.

Hé ahí otra vez aniquilada la obra de la felicidad de nuestros amantes, obra amasada con tántas lágrimas, y que á costa de los más penosos esfuerzos se había visto á punto de ser coronada.

—

La cosa hizo ruido. No acertaríamos á decir quién la divulgó; pero no nos admiramos de que se hubiera divulgado: para todo lo concerniente á amores, noviazgos y matrimonios, sobran siempre diablos cojuelos que levanten los techos, ó que, sin levantarlos, descubran y hagan notorio lo que debería mantenerse en reserva.

La noticia se esparció allá en la comarca en que residía D. Siervo de Dios. Los tunantes que acostumbraban candonguearlo tomaron pie de tal novedad para darle cordelejo, y le decían: "¿ Pero es posible que usted le haya estorbado á Honorio el enlace con una muchacha tan rica? D. Salvador Ocampo tiene sus doscientos ó trescientos mil pesos en propiedades magníficas, y dicen que está muy enfermo. Si Honorio se hubiera casado con la hija, tendría la perspectiva de heredarlo todo, y usted sería casi dueño de las propiedades. Usted no ha sabido lo que ha hecho."

D. Siervo salía con lo de *godo pícaro*, y no parecía darse por convencido; pero allá para su sayo decía que los que le daban broma tenían muchísima razón, y se tiraba de los pelos ponderando lo grande de la chambonada que había cometido. "¿ Qué son, se decía, cuatro ó cinco mil

pesos que podría costarme el tal matrimonio, comparados con las ventajas que me reportaría el ser padre de un cuasi-millonario?"

Del reconocimiento de la falta al arrepentimiento hay muy poco trecho, y éste lo franqueó D. Siervo de Dios. Del arrepentimiento á la enmienda el trecho es todavía menor, y D. Siervo lo salvó también.

¿Pero cómo enmendar el yerro? Esa era la del diablo.

En viajes frecuentes que, pasando por las haciendas de D. Siervo, hacía el doctor Casal Rivera, había contraído amistosas relaciones con el viejo tacaño y había adquirido sobre él grande ascendiente, como lo adquiría siempre sobre las personas que trataba. El doctor Casal Rivera, uno de los colombianos que se hallaban en mayor predicamento, y que había llegado hasta á desempeñar la primera magistratura de la República, gustaba de

emplear su prestigio en favor de sus amigos y hasta de sus simples conocidos.

En uno de sus viajes, oyó las confidencias que, sobre lo que traía su ánimo tan turbado, le hizo D. Siervo, y se propuso trabajar á fin de tranquilizar las dos familias que, tánto tiempo hacía, habían perdido la paz.

Animábalo más á la ejecución de su buen propósito la simpatía con que de tiempo atrás miraba á Honorio, ya porque había tenido ocasiones de apreciar sus buenas prendas, ya porque este joven participaba de las aficiones que en él eran predominantes.

No bien hubo regresado á la capital, comenzó á dar pasos con el fin indicado, y comprendió que lo mejor que podía hacer era entenderse con el doctor Zaldívar.

Zaldívar y Casal Rivera eran adversarios políticos, y más de una vez se habían emborullado uno con otro en las cámaras le-

gislativas; pero, como hombres de educación y de mundo, sabían dejar las armas á la puerta de la liza, y cultivaban cordialmente las relaciones que de sus mismas reyertas se habían originado.

De más está decir que las maniobras de que echaron mano Casal Rivera y Zaldívar á fin de ajustar los ánimos y de componer lo que los arrebatos de D. Salvador y la sordidez del otro viejo habían echado á perder tan torpemente, se vieron coronadas por el éxito más feliz.

Dos circunstancias ayudaron á que los negociadores de la paz pudieran ajustarla á dos paletadas: la de hallarse en las mejores disposiciones tres de los interesados; y la de haber vuelto Dimas García Zorro á meter las narices en el negocio. El pobre seguía siendo víctima de la única mala pasada que en toda su pícara vida le había jugado su corazón; y continuaba emberrenchi-

nado en que Matilde, por interés, y D. Salvador, por amor á la paz, habían al cabo de allanarse á admitirlo, la una como esposo y el otro como yerno. Apenas Ocampo hubo advertido que el enemigo empezaba de nuevo á ponerse en movimiento, trinó de ira y ardió en deseos de hacerle morder el ajo, y consiguientemente, de disponer cuanto antes de la mano de su hija.

Desgraciadamente, esto no era exequible, si no se disponía de ella en favor de Delvalle; y la sangre del soberbio y linajudo D. Salvador hervía á borbotones al sentirse en peligro de ser mezclada con la del hijo de un D. Siervo de Dios.

Muy agitado se hallaba el anciano por encontrados anhelos, cuando el doctor Zaldívar inició las negociaciones; y harto alicaído también, y falto de energía, merced á que las vivas emociones que los últimos sucesos le habían

hecho experimentar, habían agravado mucho su dolencia.

¿Cómo, sin tan propicias circunstancias, habría podido explicarse que el *maestrico* de Inglés hubiera á la postre hallado gracia delante del padre de su discípula?

En cuanto á Dimas, impuéstose que hubo en el nuevo arreglo del matrimonio de su prima, sintió exacerbarse el odio contra su tío, aunque ciertamente no parecía que en ese perverso sentimiento cupiera exacerbación.

———



CAPITULO VII

Si el complaciente lector quiere seguirnos, tendremos el gusto de visitar con él cierta casa. Nos faltará el de ofrecerle un asiento, porque en toda ella no encontraríamos para descansar sino unos cajones puestos boca abajo y cubiertos de pegotes de mezcla seca y con chorreaduras de lechadas de cal y de yeso.

Cuide usted de no pasar por junto á las puertas y las barandas, porque varias de ellas están recién pintadas y puede usted manchar su traje.

Las piezas resuenan con nuestros pasos y con nuestra voz, como no resuenan sino los aposentos desocupados.

En el piso de la sala, recién empapelado con un papel de fondo de color de hoja seca y con labores doradas, no hay más que polvo.

En esta otra pieza ve usted las ruanas y los sombreros de los pintores, depositados en un rincón; muchos tarros de hoja de lata, con diferentes colores; una escalera de tijera, un poco de viruta y jirones del empapelado viejo. Por todas partes, olor á cola y á aceite de linaza.

—¿No le parece á usted que esta casa va á quedar muy remozada y muy bonita?

—Preciosa. Ni sombra de lo

que era cuando vivían en ella las mariquiteñas: yo la conocí entonces, y era una pocilga... Pero esta obra habrá costado un sentido.

—Un sentido. Sí, señor.

—¿Y quién ha emprendido esta obra?

—Honorio Delvalle.

—¡Honorio Delvalle! No lo creía yo con el riñón tan cubierto.

—Buenos sacrificios le cuesta; pero hágase usted cargo: va á casarse con una joven acostumbrada al lujo, y no se atreve á llevarla á una casucha.

—Y que una casa así, exige muebles costosos.

—Por de contado. Se los están haciendo de nogal con mucho adorno de talla.

—¡Hum! Y espejos, y arañas, y candelabros, y cortinas, y alfombras, y vajilla....

—¡Ah! en todo eso está Del valle gastando un caudal.

—Por fortuna dicen que el padre es muy rico.

—Sí, señor: muy rico; pero...

—Sí, pero muy tacaño: eso se dice.

—

Efectivamente: Honorio, Honorio, tan cuerdo y tan atentado en todo, puésto que hubo los pies en la pendiente, tuvo que dejarse llevar, cerrados los ojos, del impulso recibido.

¿Y los siete mil seiscientos? Volaverunt. Siete mil seiscientos pesos, para un novio que pretende competir con un suegro adinerado, son como una gota de agua en el mar.

Gracias á su crédito, ha podido hasta ahora salir avante. No todos los capitalistas y banqueros conocen el pero que el lector le puso á D. Siervo de Dios.

—

El pavimento de una de las iglesias de Bogotá está cubierto

› sillas de paja colocadas como nglones. El altar mayor muy ıdomingado, con flores, candeıbros y cirios.

Al pie del presbiterio cuatro eclinatorios.

En la calle muchos grupos de uriosos. Por ella empiezan á diigirse á la iglesia señoras y caɔalleros vestidos de gala, unos á ɔie y otros en coche.

Ya muchas de las sillas de paja están ocupadas por señoras, por caballeros y por sobretodos. Como un calofrío recorre un cuerpo, recorre el grupo aquella emoción que se apodera de una concurrencia cuando llega el momento de verificarse lo que se ha estado aguardando. Los concurrentes se ponen de pie y se vuelven hacia el centro de la iglesia, por el cual pasa una novia arrastrando la blanca cola y de brazo con un caballero de bastante edad que parece seguir trabajosamente á la que, aguijada por

el rubor y el deseo de dejar á su espalda á los curiosos, se encamina al sitio ocupado por los reclinatorios. Hinca las rodillas en uno de los dos del centro, y el caballero anciano se sienta cerca de ellos. Va á empezar la celebración del sagrado rito, y á alguna distancia del altar, se agrupan los novios, los padrinos, uno de los cuales es el caballero ya mencionado, el oficiante, el sacristán y dos acólitos. El otro padrino, anciano también, llama la atención por su catadura: el rostro aciguatado y marchito, el escaso cabello, de un rubio desteñido, largo y acomodado sobre la coronilla como para cubrir su desnudez. Frac estrechísimo que deja á la vista casi todo el chaleco de piqué y los puños enteritos. Sírvele de corbata un gran pañuelo blanco, que con los movimientos de la cabeza se ha subido y ha reñido con el cuello de la camisa.

No atormentaremos más la curiosidad del lector. Los novios son Matilde y Honorio. El caballero anciano es D. Salvador, que, á pesar de su postración física, ha querido concurrir; y el del pelo largo es D. Siervo de Dios. No quiso él comprar frac, y tomó en alquiler el que le vemos lucir. D. Salvador y la madre de las Tellos son los padrinos del matrimonio; D. Siervo y Dª Silveria, los de la velación.

Terminada la celebración del matrimonio, Matilde, ahora de bracero con el esposo, y ya cuellierguida y sonriente, corresponde con imperceptibles miradas á las salutaciones que se le dirigen. Ellos y los convidados parten para la casa de D. Salvador, y los que forman los enjambres de curiosos, se secan los ojos, pugnando por atravesar con las miradas las cubiertas de los coches, y por no perder detalles.

En la casa, abrazos y plácemes

á manta de Dios. Dos criados reciben sobretodos, sombreros y bastones; varios de los jóvenes tratan de mezclarse con las niñas; otros jóvenes y todos los que han dejado de serlo se instalan en la pieza de fumar y de tomar tragos.

Los recién casados, de bracero, giran por el saloncito en que se han colocado los regalos de boda. Allí lucían varias joyas, pinturas, grabados, portabuqués, espejos de diversas dimensiones, candeleros y lámparas; una mesita, una papelera y un estantico de laca, y una mesita de ónix; un devocionario encuadernado en nácar, un monograma de oro; *Las Mujeres del Evangelio*, en edición costosísima; un álbum para fotografías, un crucifijo con la cruz forrada en peluche, una pila de agua bendita, un centro, un tapete, una estatuíta de bronce, caja de cubiertos, asiento de tijera, abanico y sombrilla. El regalo

que no podía exhibirse allí era el de D. Siervo. D. Siervo sí se había percatado de que debía dar regalo á su nuera; y había encargado á Honorio le dijese á ella que allá en la hacienda le iba á escoger una novilla muy bonita. De esta novilla no se volvió á oír hablar sino unos meses más tarde. D. Siervo mandó decir que la novilla que iba á escoger se había muerto.

Un día de boda es casi siempre para los convidados día largo y de aburrimiento. En el de la de Matilde, la gente moza pudo matar talcualejamente las horas que trascurrieron desde la entrada á la casa hasta la distribución del *ponqué de novia*, y desde ésta hasta la del almuerzo. Las personas maduras, sobre todo las matronas, se fastidiaron bastante. Ya sentados todos á la mesa, sucedió lo propio al principio; pero luégo, á influjo de los buenos vinos, cada convidado pudo

hallar materia para darle conversación al vecino; el charloteo se hizo general y festivo; reinó lo que en las revistas se llama cordialidad, y nadie á esa hora hubiera querido no haber sido invitado.

Al anochecer, con ayuda de Dª Silveria y de las Tellos se trazaron arbitrios para que los recién casados pudieran escabullirse y partir para su casa sin que D. Salvador lo advirtiera y sin dar motivo para escenas patéticas.

Como buenos amantes que han visto coronadas sus esperanzas, Matilde y Honorio se reputan los más felices, los únicos verdaderamente felices entre todos los casados. Cada uno sabe que, entre los casados todos, él es el que más quiere á su consorte. Su ventura se extrema y se aquilata porque tienen presente que su unión ha sido un triunfo sobre obstáculos que parecieran invencibles.

¡Oh lujo, oh lujo, diablillo maléfico que, embelecando como á unos bolonios á aquellos que se juzgan más despabilados, ahuyentas la tranquilidad y la paz de los pechos en que, si tú no intervinieras, reinarían con el imperio más absoluto!

La luna de miel de Matilde y Honorio nunca hubiera podido ser de lleno en lleno alegre y placentera. La enfermedad de D. Salvador era nube que para ellos encapotaba el cielo. Pero ni la suavidad de una luna de miel, ni la dicha conyugal, consisten en un regocijo continuado: consisten en que dos corazones palpiten al unísono; en que cada uno goce ó padezca con el gozar y con el padecer del otro.

Así, de todas maneras habría podido ser envidiable la luna de miel de nuestros recién casados, si las consecuencias de la resolución que Honorio había tomado de colocarse á toda costa en

la categoría de hombre pudiente, no hubieran venido á amargarle los días que con tánto afán había esperado y que, con no poca razón, había mirado como los más venturosos de cuantos podía pasar en la tierra.

Como ya lo tenemos apuntado, Delvalle había tomado sumas á interés; los plazos iban corriendo y volando, D. Siervo no daba señales de vida, y aquellos cuatro ó cinco mil pesos, máximum del derroche á que podía llevarlo el casamiento de su hijo, nunca habían salido de su encierro. Y al mismo tiempo que las deudas turbaban el ánimo de Honorio, había que proveer al gasto de la casa con liberalidad, y sin que pudiera equilibrarse el presupuesto de gastos con el de los ingresos.

Estos males y dificultades, saneó en mucha parte D. Salvador cuando menos se esperaba, exigiendo con su acostumbrada im-

petuosidad que Matilde y Honorio fuesen á vivir en su casa, y no transitoria y provisionalmente, sino de firme.

A Honorio no podía dejar de hacérsele duro el ir á vivir *arrimado;* pero la necesidad tiene cara de hereje, y la necesidad lo obligó á aceptar sin vacilación. Para otro yerno la cosa habría sido terrible; para él no tanto, pues gracias á que no era soberbio ni arrogante y á su ingénita suavidad de maneras, podía estar cierto de que se avendría con su suegro. De una vez diremos que no se engañó.

¿Porqué había tomado D. Salvador la determinación de llamar á su hija y á su yerno?

Su cuñada Dª Silveria era para él excelente ama de gobierno; mediana enfermera y pésima compañía. A un hombre anciano, enfermo, por manso que haya sido en su juventud y en su edad madura, sólo una hija puede tolerar-

le sus roñas y sus caprichos. D.ª Silveria no sabía llevarle el genio á su cuñado, y menos sufrirle sus arrebatos. El, como casi todos los enfermos de su condición, no pudiendo tomarla con su mal, enemigo invisible é impalpable, descargaba su mal humor en las personas que cuidaban de él. Si un medicamento no lo aliviaba, la culpa de que siguiera padeciendo, la tenía quien se lo había administrado; si su malestar no cesaba con dar cierta colocación á las almohadas, eso no se debía sino á quien las había arreglado; si un vejigatorio ó un sinapismo lo hacía trinar, culpa era de quien se lo había aplicado.

D.ª Silveria, que vivía de mal humor, no podía ni por soñación, distraer al enfermo conversándole; y el enfermo mismo miraba ya como una de sus penalidades diarias el ver que se le presentaba la que nunca venía sino á mortificarlo con los remedios.

Matilde pasaba en la casa paterna todas las horas que sus deberes de casada le dejaban libres, y en ellas acompañaba á su padre y le servía con solicitud; pero eso mismo hacía que él no empezara á acostumbrarse á la ausencia de su hija.

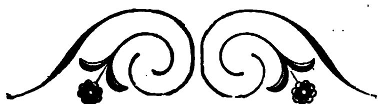
Tenemos, pues, explicada la determinación de D. Salvador de hacer que Matilde y Honorio se trasladasen á su casa.

Los autores de piezas dramáticas dejan á la imaginación de los espectadores el figurarse en cada entreacto los sucesos que no se representan en las tablas y que enlazan los que se han puesto á la vista en el acto que ha concluído, con los que son materia del siguiente.

Nosotros, imitando á esos autores, bajaremos ahora el telón, y encomendaremos á la fantasía de los lectores el colmar un hueco que vamos á dejar en nuestra relación.

-+-++-+-

SEGUNDA PARTE



CAPITULO VIII

Vuelto á levantar el telón, aparece Matilde con dos niños, uno de tres años y otro de año y medio. El mayorcito se llama Salvador. Al otro habría sido razón bautizarlo Siervo de Dios; pero el delicado gusto de Matilde, que sólo á trágala perro, había admitido el *Salvador*, protestó contra el *Siervo de Dios*, é hizo que el niño fuera llamado Enrique.

D. Salvador Ocampo se encuentra un poco agravado: sus congestiones le han retentado bastante y tiene afectadísimo el corazón. Hallámoslo domeñado, avasallado, encadenado, por los dos nietecitos, que son unos luceros. ¡Quién diablo habría podido figurarse que aquel hombrón tan soberbio y tan díscolo había de dejarse reducir á servidumbre por dos comiuillos á quienes podría aniquilar con uno solo de aquellos bufidos con que solía hacer temblar á cuantos lo rodeaban!

Dimas García Zorro, á fuerza de raposerías tinterillescas, ha logrado que su gran pleito con D. Salvador no quede del todo decidido; y constantemente, aunque, á lo somorgujo, ha tenido fijos los ojos en cuanto concierne á los intereses de su tío, á los de Honorio y á los de D. Siervo de Dios.

Así las cosas, sobrevino un

acontecimiento que produjo general horror é indignación. Los cundinamarqueses no pueden haberlo olvidado, pues harto se habló de él y harto trataron de él los periódicos.

La nunca desmentida sobriedad de D. Siervo, su actividad, su costumbre de madrugar y la de acostarse temprano á fin de no gastar en alumbrado, habrían podido hacerlo llegar á los cien años; pero cada hombre sabe aparejarse su ruina, cuando no por los medios y causas que más de ordinario acaban con nosotros, por errores y desaciertos especiales.

D. Siervo con su avaricia se buscó su fin, y un fin desastrado.

Residía por temporadas en la casa de una de sus haciendas llamada *Lomitas*. Se rugía en la comarca que allí era donde tenía *el baúl con las onzas*, y él no desmentía este rumor sino con afectada desmaña, procurando con-

firmarlo. Esta era treta de que se valía para desorientar á los que pudieran concebir el designio de robarle. Cuando pernoctaba en la casa de *Lomitas*, no se hacía acompañar sino de dos perros y de un mozo llamado Pascual, que fingiendo candor y suma adhesión á su amo, se había ganado su confianza, pero que era de perrísimas entrañas.

Achaque común es en los avaros desconfiar de aquellos de quienes nada deberían temer y fiarse ciegamente en bribones.

Para mayor seguridad, D. Siervo al acostarse dejaba siempre á la mano un trabuco bien cargado.

Cierta noche que estaba pasando en la dicha casa de *Lomitas*, oyó á eso de la una de la madrugada que empujaban con violencia la puerta de su aposento. "¿Quién es?" preguntó sobresaltado, y empezó á vestirse presurosamente. Los empellones á la puerta seguían, y él empezó á llamar á

Pascual á grandes voces, sin recibir contestación.

Una de las tablas de la puerta había cedido, y se había formado un boquete. D. Siervo tomó el trabuco, y manejándolo como se manejan las escopetas, hizo fuego por la abertura, recibió en la cara la coz del arma, cayó de espaldas y se dio un fuerte golpe en el occipucio. Cuando los forajidos acabaron de forzar la puerta, penetraron en la estancia, que estaba oscura; y, guiándose por el ruido que hacía nuestro viejo al bregar por incorporarse, dieron con él y lo sujetaron. El, aunque aturdido por los dos golpes que acababa de sufrir, echó de ver muy bien de qué era de lo que se trataba; y, con plegarias las más innobles y las más fervorosas de cuantas el miedo puede sugerir, rogó por su vida. Pero sus opresores, desoyéndolo, empezaron á darle cuchilladas á tientas y le acribillaron todo el cuerpo. Cuando hubie-

ron acertado á causarle heridas mortales y cerciorádose de que su víctima no había de volver á levantarse, buscaron el baúl. Dieron con uno, el único que allí había, y lo sacaron afuera á fin de aprovecharse, al registrarlo, de la luz de las estrellas.

En el baúl no había más que guiñapos tan viejos, que los ladrones tuvieron á bien dejarlos. De lo que había en la casa, lo único que les pareció de recibo fue el trabuco.

Los bandidos se habían conchabado con Pascual, quien oportunamente se había retirado llevándose los perros á sitio repuesto y distante.

Las autoridades no lograron nunca echarles el guante á los principales autores del atentado. Pascual estuvo á dos dedos de pagar por todos; pero al cabo tampoco la pagó. En Cundinamarca se conserva fresco el recuerdo del jurado en que se le

absolvió por la consideración de que cualquier hombre puede verse precisado á levantarse, á salir y á retirarse á sitio repuesto, en altas horas de la noche; y por la de que los perros pudieron seguirlo sin que él los llamase, máxime cuando constaba, por ser de pública notoriedad, que D. Siervo nunca los había agasajado ofreciéndoles cosa de provecho sino cuando más algunos huesos mondos; y parecía probable que Pascual les hubiera inspirado más simpatía que su patrón.

—

La noticia del espantoso suceso vuela á Bogotá, y se divulga y llega á oídos de Honorio. Honorio corre desalado al teatro del crimen; pero no encuentra allí el cadáver de su padre. El cadáver está en el pueblo, y se está verificando el reconocimiento de peritos.

Honorio iba desatentadamente á penetrar en el fúnebre aposento y á atormentar sus ojos y su corazón delante del destrozado cuerpo, cuando se vio contenido por el Cura del pueblo. En la casa de éste pasó tristes horas. Ya habían corrido algunas de las de la noche, cuando, lleno de sorpresa, se halló en los brazos de Matilde. Esta había apresuradamente hecho diligencias á fin de apercibirse para el viaje y para dejar á su padre y á los niños bien asistidos, y casi sola y con increíble celeridad había hecho la dura jornada.

¡Qué inefable é inesperado consuelo sintió el afligido Honorio al poder llorar en el seno de su esposa! ¡Y qué satisfacción fue para ésta acompañar á su marido en el acerbísimo trance!

Mucho de bueno hay en la naturaleza humana, y mucho es lo que lo bueno se arraiga y se desenvuelve en ella mediante la cul-

tura cristiana. Honorio no se acordó de las ruindades de su padre, y lo lloró como lo habría llorado si hubiera sido el más extremoso y el más liberal de los padres.

Antes de regresar á Bogotá, Delvalle, cediendo á instancias de los mayordomos de la hacienda de D. Siervo, se enteró, aunque someramente, del estado de los negocios, y dio las órdenes que le fueron sugeridas por los mismos que debían cumplirlas.

En los días en que esto pasaba, Dimas recibió una carta, de la que transcribimos el principio y el fin:

"Mi querido Dimas:

Ya habrás sabido la muerte del viejo Delvalle. Según lo convenido, ya yo tengo muy bien estudiado en la Notaría de este lugar

y en la de ***, todo lo que puede interesarte.

En la hacienda de Lomitas tenían ciertos derechos *pro indiviso* los hijos de un hermano de Delvalle. El viejo diz que aseguraba que se los había comprado; pero en el protocolo, *quién sabe por qué rara casualidad*, no aparece la escritura que debieron otorgarle.

Los tales sobrinos son un varón y una mujer, los que por desgracia no residen aquí: el primero está en el Cauca y la egunda en el Tolima.

....

Ojalá vengas pronto.

Recíbe un abrazo de tu afectísimo,

Valentín Carreras"

Veamos ahora la contestación:

" Mi querido Valentín:

En contestación á tu apreciable del 17, te diré que la ausen-

cia de los sobrinos de Delvalle no nos perjudica. Por ahora no se trata sino de entorpecer el curso de la causa mortuoria del viejo, la que ya está abierta.

Mientras más dificultades se presenten para la secuela del juicio que se puede promover, mejor se consigue el fin que me propongo. Este pleito no será más que un arbitrio para ganar tiempo. Yo tengo mi idea; pero no descubro mis baterías, mis baterías buenas, sino á su debido tiempo. Ya tú verás.

Sin embargo, vé averiguando cómo podremos comunicarnos con los sobrinos. Ojalá no haya necesidad de viajes al Cauca y al Tolima para entenderse con ellos.

Yo estoy tratando de desenredarme de varios asunticos, para poder ir por allá.

Tu afectísimo,

Dimas García Z."

La carta de que tomamos el siguiente fragmento fue escrita en

fecha muy posterior á la de las dos que acabamos de ver.

"Mi estimado Valentín:

. . . .

Aunque tú no hayas comprado los derechos de los sobrinos de Delvalle sino como apoderado mío, bien hubieras podido tener más confianza en mí y poner de tu bolsillo los doscientos pesos. Esas tus historias de que has tenido que hacer muchos gastos y de que estás limpio, están buenas para que se las embutas á quien no te conozca.

En fin, por el correo te envío ese dinero. Cuida de que la escritura que otorguen los sobrinos quede muy bien hecha y á cubierto de *raras casualidades.*

Ya comprenderás que ahora de lo que se trata es de hacer un pedimento para que esos derechos que he comprado se excluyan de los bienes de D. Siervo al hacerse los inventarios.

. . . .

Dimas García Z."

Hé aquí otro trozo de carta zorruna:

"Mi apreciado Valentín:

. . . .

Tu allá y yo aquí, debemos oponer todas las dificultades posibles para evitar el nombramiento de administrador de la herencia de Delvalle. Ya tú sabes quién quiero que desempeñe ese cargo; pero es menester que el nombramiento tarde siquiera cinco ó seis meses. También sabes que lo que importa es ganar tiempo."

. . . .

El expediente de la causa de sucesión de D. Siervo subió al Tribunal seis veces, por apelaciones que interpusieron ambas partes, ya con motivo de la exclusión de los derechos comprados por García Zorro á los sobrinos de D. Siervo de Dios; ya porque el nombramiento de administrador de la herencia dio lugar á otros incidentes que fueron también á conocimiento del superior.

Los bienes hereditarios estaban depositados; y Honorio, merced á las habilidades de Zorro y Compañía, no llegó á percibir un ochavo de sus productos.

En su hacienda había dejado D. Siervo muchas cabezas de ganado vacuno y muchas mulas. Estos animales iban desapareciendo á toda prisa. Los encargados de su custodia declaraban de cuando en cuando que habían muerto tantas reses y tantas mulas; pero los esqueletos no se veían.

Tratóse de ocultarle estas cosas á D. Salvador; pero al cabo hubo quien lo impusiese en ellas. El que su yerno se viera en peligro de perder su patrimonio, quizá habría sido para él cosa de poca monta; pero el que se viera perseguido por García Zorro no lo pudo llevar en paciencia. El orgullo y el odio conservan todo su vigor y toda su actividad en sujetos en quienes la edad y las

dolencias hayan apagado las demás pasiones, amortiguado la energía y aniquilado el vigor corporal.

Esto fue lo que acaeció con D. Salvador. Los nuevos arrebatos y el terrible desasosiego acabaron de postrarlo. Vínole un insulto de apoplejía que le dejó paralizado medio cuerpo. Vino otro que lo dejó sumido en un sueño letárgico, del cual no despertó nunca. El tercer acceso acabó fácilmente con una vida que ya no se manifestaba sino por medio del pulso y de la respiración.

D. Salvador había sobrevivido ocho meses á su consuegro.

Mucho faltaba para que empezara á enjugarse el llanto de Matilde, cuando García Zorro descubrió sus baterías, las que él en una carta había llamado *las baterías buenas*.

No fastidiaremos á los lectores con términos jurídicos ni con la relación técnica y pormenorizada

de los trámites seguidos en los juicios de sucesión de D. Siervo de Dios Delvalle y de D. Salvador Ocampo.

Dimas García Zorro, que con la paciencia del odio que sabe violentarse para no dar golpes en vago, y con una astucia tan profunda que parecía no había de caber sino en ánimos serenos, había preparado un golpe á un mismo tiempo mortal y teatral.

En una misma semana se publicaron y se declararon ejecutoriadas dos sentencias de tribunales.

La de un tribunal declaraba que Honorio Delvalle no era hábil para heredar á sus padres, porque el matrimonio de éstos había sido contraído en el año de 1853 conforme al rito católico y sin intervención de la autoridad civil.

La del otro tribunal declaraba que Matilde Ocampo no podía heredar á sus padres, porque és-

tos se habían casado eclesiásticamente en Febrero de 1858, y no habían hecho constar su enlace en el registro civil.

No había sido únicamente el vano placer de dar un golpe dramático lo que había inducido á García Zorro á tener cubiertas sus *baterías buenas* desde la muerte de D. Siervo hasta la de D. Salvador. El había temido que, si en vida de éste se llamaba la atención sobre lo del matrimonio de los padres de Honorio, D. Salvador cayese en la cuenta de que su matrimonio había adolecido del mismo *defecto* que el de sus consuegros; y, con ayuda de abogados, ocurriese á algún expediente para sanearlo.

Ni los esfuerzos del doctor Zaldívar y de otros hábiles legistas, ni la indignación con que la opinión pública condenaba el proceder de cuantos pretendían aprovecharse de la legislación que regía en materia de matrimonios,

fueron parte á desbaratar los planes de García Zorro. Las leyes estaban ahí claras y terminantes *, y no se había podido, ni siquiera intentado, probar lo que no había sucedido; esto es, que D. Siervo de Dios y su mujer se hubieran casado civilmente, y que D. Salvador y la suya hubieran hecho constar su matrimonio en el registro civil. ¡Qué! Ni aun se había llegado á abrir nunca tal registro en el distrito en que se habían casado.

---

* La ley de 20 de Junio de 1853 dispuso que el matrimonio se celebrase ante un Juez, en presencia de dos testigos, y no le reconoció efectos civiles al matrimonio católico.

La ley de 8 de Abril de 1858 reconoció como válido, para los efectos civiles, el matrimonio católico, con tal que, después de su celebración, los contrayentes expresasen ante un notario ó un juez que se habían unido con libre y mutuo consentimiento.

Los hijos de matrimonios celebrados sólo católicamente, quedaron excluídos de la sucesión de sus padres.



CAPITULO IX

Con marcado aspecto de mansión señorial y de casa solariega, se levanta en el arranque de una de las eminencias que rodean el ubérrimo Valle de Sogamoso, una casa de hacienda, alta por la parte que mira á la llanura; y de planta baja por la parte en que el piso artificial descansa sobre la cuesta. Por su frente se ex-

tiende un largo y amplio corredor, desde el cual se domina casi todo el Valle, con muchos de sus abundantes arbolados; con muchas de sus dehesas riquísimas y animadas por numerosos hatos de ganado vacuno lucio y crecido, y por las famosas yeguadas que pacen en ellas el pasto alto y tupido que en la comarca es llamado *puntero;* con muchas de sus huertas de frutales que abri gan casas elegantes ó rústicas; y con muchas de las hileras de sauces frondosos que dividen huertas y heredades.

Fecundiza el Valle un sol tan pródigo de calor y de luz, que quien lo ve reverberar sobre su suelo, no se maravilla de que en la antigua capital de la provincia de Iraca los indígenas le hubieran levantado el templo más rico y famoso de los de la Nación Muisca.

Unas masas de espesa vegetación le ocultan al espectador no

pocas casas y poblaciones; de entre otras surgen tejados y torres; pero la vista siempre halla por donde escaparse y dar con habitaciones, estancias y pueblos.

De las lomas y cerros que circundan el Valle, unos son tendidos y están empradizados hacia su pie, y en ellos abundan huertas y viviendas, rústicas las más de éstas, pero risueñas; del promedio para arriba van siendo más agrestes y despobladas; y en su cima merecen ya el nombre de *páramo*.

Otros cerros matizados con el verde oscuro de una vegetación pobre y con manchas rojas y rojizas, limitan y entristecen la vista; pero su aspecto melancólico realza, merced al contraste, la amenidad del panorama.

El Riogrande entra al valle por el Portachuelo de Cuche, sitio peregrinamente hermoso, en que un suelo de exuberante feracidad se ostenta engalanado con arbo-

ledas, césped y sembrados más frescos, tupidos y frondosos que los que lucen en otras partes de aquella privilegiada región.

El Río baña la llanura sin contribuír á embellecerla, pues va corriendo con sosiego, sin que los barrancos por entre los cuales se desliza, permitan divisarlo de lejos. Sólo en tiempo de lluvias brillan al sol sus aguas que crecen y se extienden fertilizando las campiñas.

El paraje por donde el Riogrande sale del Valle es el más pintoresco de cuantos se divisan desde la casa de que arriba hicimos mención.

Sepáranse allí las sierras, y más allá del abra, tropieza la vista con una eminencia en cuyos rellanos se escalonan varias poblaciones.

El Valle de Sogamoso es más alegre y pintoresco que la Sabana de Bogotá. Siendo mucho más reducido que ésta, en él se ven

más apiñadas las poblaciones, las casas y las labranzas; y por efecto de la temperatura, un poco más alta que la de la Sabana, así como de la singular fertilidad del suelo, la vegetación se muestra más vigorosa y lozana. En ninguna de las dos comarcas faltan tierras anegadizas y pantanosas que esmalten la llanura con manchas de un verde claro y tierno.

La casa que calificamos de señorial, como muchas de las de las haciendas del Valle, está acompañada de otra destinada para varios menesteres, con especialidad para alojamiento de sirvientes y de caballos. Las pesebreras, siempre copiosamente provistas de alfalfa, dejan ver, mediante su amplitud y sus excelentes condiciones, cuál ha sido la importancia que los dueños de la hacienda á que pertenecen las casas dichas, dan á todo lo que concierne á los caballos.

Los corrales que demoran á un lado de las casas tienen tapias y grandes portadas levantadas á toda costa.

En la casa principal abundan las columnas de piedra y las piezas macizas y pesadas de buenas maderas. Toda la fábrica revela que los primitivos propietarios eran gente que se estimaba y se quería guardar contemplaciones. No obstante, merced al gusto que reinaba en los tiempos en que se levantó, se cuidó mucho más al edificar las habitaciones de darles solidez y capacidad, que de darles comodidad y elegancia.

Actualmente contrasta el primor de algunos de los aposentos, modernizados y decorados con esmero, con el aspecto poco menos que ruinoso de otros de que los habitantes, no teniendo para qué ocuparlos, han dejado tomar posesión á las arañas, á los musgos y á otras parásitas que se ex-

tienden por las junturas de los ladrillos del pavimento, y por las grietas y otras partes de las paredes.

Gran movimiento y muchos preparativos de viaje se notaban en esa casa uno de los primeros días de Enero de 1885. Un buen equipaje cargado por excelentes mulas había tomado muy temprano la vía del Sur. En la *ramada de desmontarse*, que ocupaba parte de la planta baja y que se veía provista de pesebres y adornada con cabezas de venado, aguardaban á sus jinetes dos soberbios caballos, uno con galápago de señora y otro con montura de señor; y otros caballos humildes, á ojos vistas destinados para sirvientes.

La señora aguardada por el primero de los corceles es corpulenta, coloradota y muy papujada de carnes en el cuello y debajo de las cuencas. Se la ve arreada con amazona, con sombrero y

capita de montar, y con los guantes y el latiguillo en la mano. Arregazándose la larga falda y andando de puntillas, se acerca tímidamente á la puerta de uno de los aposentos; pone el oído junto á la cerradura, y dice para sí: "Nada. Como que no ha despertado." Departe luégo con dos criadas, que se hallan también apercibidas para el viaje, sobre lo tarde que se está haciendo para emprender una jornada larga, y sobre si se animará ó nó á tocar á la puerta consabida. Al cabo de muchos titubeos vuelve á acercarse á ella; da dos golpecitos y torna á retirarse y á conferenciar con las fámulas. Una de éstas observa que el cielo está encapotándose, y que mientras más tarde se emprenda el viaje, más peligro hay de tener que aguantar la lluvia.

Con esto la meticulosa matrona se anima á golpear á la puerta con más ánimo.

—¿Quién es? gritó desde adentro una voz destemplada y displicente.

—Soy yo, hijo. Vengo á decirle que es muy tarde y que todo está listo.

—¡Cuándo no habían de venir á *fregarme!* Yo me levantaré cuando me parezca. He pasado mala noche y no quiero que me estén moliendo.

Transcurrió media hora. El tiempo empeoraba, y la urgencia de ponerse en marcha se hacía sentir imperiosamente.

Un mozo campesino que parecía ser el de más cuenta entre los que debían acompañar á los señores, dijo por fin:

—Nada. Yo lo llamo.

—¿Y si va y se enoja?

—Ya verán cómo no dice nada.

Y acercándose á la puerta, golpeó sin cortedad.

—¡Caramba! (y no fue *caramba* lo que dijo la voz con que se contestó á los golpes). Ya he dicho que no me *soben.*

—Pero, patrón, es que dicen que viene gente.

¡Viene gente! Expresión aborrecida y terrorífica para todos los campesinos colombianos cuando es proferida durante una guerra intestina. *Viene gente* quiere decir: Va á llegar una partida de gente armada á arramblar con el ganado gordo, ó con el que se encuentre; con los caballos, yeguas y mulas y con las monturas y las enjalmas; y á llevarse *reclutados* á todos los varones que se le pongan delante.

Ya hemos dicho que corría el mes de Enero de 1885, y el lector habrá caído en que por entonces florecía la revolución de ese año.

El durmiente á quien hemos oído contestar con tánto desabrimiento no tardó en salir. Aparecía á medio vestir, sin corbata, con el pelo aborrascado, y rostro abotagado y de color de greda verdosa, y los ojos verdes y lagañosos. Venía limpiando

unos anteojos verdes, los que luégo se montó en la nariz. Mandó que sin dilación le sirvieran el desayuno, despachó á soplo y sorbo una jícara de chocolate, y dio la orden de partir.

Montó sin aguardar que la señora y las sirvientas estuvieran á caballo, y echó á andar. Ya bastante alongado de la casa, se volvió, y á alguna distancia de ella empezó á dar gritos para acelerar la marcha de los atrasados. Cuando lo hubieron alcanzado la señora y las criadas,

—¡Ya empezamos! dijo; ¡ya empezamos á dar qué hacer!

—Pero, hijo, si no pudimos montar más aprisa.

—Pues ahora, apurar, apurar.

—Este estribo me ha quedado muy corto y voy tan mal.

—Aguante, mamá, aguante hasta que nos detengamos á almorzar.

—Y á yo se me va ladeando el galápago.

—Pues dejáte caer y verás cómo á zurriago te hago llegar á pie á Bogotá. Apuren ó las dejo solas. Vos, Casimiro, seguí conmigo.

El de lo verde y lagañoso era nuestro antiguo amigo Dimas. La señora era su madre, D.ª Teodolinda Ocampo.

Dimas, al ver venir la borrasca que agitó á Colombia en 1885, había tomado muy prudentes medidas á fin de parar los golpes que en aquella revuelta podían caer sobre él y sobre sus intereses.

Había hecho una venta simulada de todos sus bienes muebles y semovientes á un francesito que andaba por el Norte de Boyacá ejerciendo el comercio al pormenor; pero no había hecho constar aquel contrato sin amarrar muy bien al mercachifle con una escritura como de sus manos.

De más á más, había hecho que su madre se dirigiese á las

autoridades constitucionales ofreciéndoles sus servicios y enviándoles espontáneamente una suma de dinero y dos caballos; al propio tiempo que él se les había mostrado á los revolucionarios muy adicto á su causa, y les había también dado algún dinero y prometídoles mucho más.

Pero, aun abrigando la esperanza de poder hacer á todos palos, no se había creído seguro, y había dispuesto su viaje á la capital para conjurar los peligros y evitar los sustos que pudieran recrecerle viviendo en la hacienda.

En ella había residido viviendo con su madre hacía ya algún tiempo. No había conseguido, como con todas sus fuerzas y sus mañas lo había procurado, que los tribunales lo declarasen dueño de los bienes que habían pertenecido á la familia de los Ocampos; pero, ya como depositario, ya como hijo único de la presun-

ta propietaria, había empezado á disponer de ellos sin trabas y sin escrúpulos.

Su vanidad, pasión que antes se había visto oscurecida y acochinada por la codicia y por la venganza, había sacado la cabeza y le había infundido el deseo de echar rumbos. Esponjábase fieramente al considerarse amo de aquella mansión señorial, como otros que allí se habían visto acatados y con sumisión obedecidos; y al sentirse revestido de autoridad para gobernar la hacienda. No desaprovechaba ocasión de hacer sentir su superioridad á cuantos le servían; ni las de lucir su triste pelaje sobre los soberbios bridones en que antaño cabalgara majestuosamente D. Salvador. Montaba el extinterillo con miedo y sin garbo, arreado con casco, levita, ruana muy pequeña y zamarros angostos y cortos, que no le pasaban de los tobillos.

Los mayordomos y los peones, que se habían habituado á obedecer y á respetar á hombres de pelo en pecho como D. Salvador, no veían en su indigno sobrino sino un intruso y un hacendado ñoño y babieca, le obedecían á trágala perra, le aparejaban chascos y se burlaban de él hasta donde podían hacerlo sin incurrir en la pena de expulsión de la hacienda, pena con que Dimas gustaba mucho de amenazar.

Dª Teodolinda se sentía también aguijada por el deseo de brillar y de tomar desquite de las humillaciones que sufriera durante la vida de su empecatado marido y durante una viudez acibarada por la pobreza; pero su hijo no se curaba de procurarle más brillo que el que pudiera reflejar sobre él mismo.

El viaje terminó en la casa situada en el camellón de Las Nieves, en una de cuyas ventanas conocimos á Matilde. Esta casa,

del propio modo que la hacienda, había venido á ser una especie de propiedad de García Zorro, y era la de su habitación y la de su madre cuando residían en la capital. En ella había acumulado el mal gusto infinitas cosas de las que se ven en las habitaciones de las gentes de pro, sin que sirvieran más que para dar testimonio de la cursilería de los que allí las habían metido. Baste decir, para dar idea de ella, que en la sala había dos pianos, no obstante que, dada la ignorancia musical de D.ª Teodolinda y de su hijo, uno hubiera estado de más.

La estupenda y carnuda provinciana hubiera querido lucir en teatros y saraos en esta venida á la capital, primera que hacía después de enriquecida; pero, por desgracia suya, la guerra civil no permitía que hubiese en Bogotá más funciones ni espectáculos que aquel con que el inolvidable Zenardo nos gratificaba

por esas calendas en el Circo-Pabellón.

En un solar situado en punto central de la población, había el industrioso italiano levantado un toldo, debajo del cual había formado escenario, circo, platea y gradería. Allí íbamos los bogotanos á matar el tiempo que nos dejaba libre la tarea de pedir, recibir, comentar y fraguar noticias de la guerra. Allí gozábamos de las variadas funciones nocturnas y diurnas que *con alas de cucaracha* disponía el fecundo ingenio de Zenardo. ¿ Quién no se acuerda de la *Ceneréntola* (ó sea la *Puerca fregona*), en cuya representación se hacía figurar como comparsas á los granujas *emboladores*, y que tuvo el honor de ser repetida cuanto apenas lo han sido en París Giroflée-Girofla, La Mascotta, *Le timbal d'argent* y la Piel de sapa.

Allí, y sólo allí, le fue dado á Dª. Teodolinda Ocampo lucir su

flemática persona, su vestido de seda verde y amarillo, sus manos enmitonadas y sus dedos forrados de anillos.

El doctor García Z. picaba más alto. Dándose humos de millonario, trataba de hombrearse con personas de viso; hablaba de grandes negocios como al desgaire; y conversaba sobre política con aire de suficiencia, pero tomando, eso sí, como nuevo Proteo, diferentes formas, á fin de granjearse las simpatías de cada interlocutor, fuese éste tirio ó fuese troyano.

—

A mal tiempo había venido la revolución. Las revoluciones tienen, entre otras nulidades, la de no acertar nunca á venir á buen tiempo.

Sin la maldita revolución del 85, Dimas habría conseguido que en ese año se dictasen las postreras y definitivas sentencias que habían de transferir el dominio de los bienes de la sucesión de

D. Siervo de Dios Delvalle, á los parientes aquellos de quienes dejamos hecha mención.

García Zorro no se había servido de ellos únicamente para entorpecer el juicio de sucesión: una vez que había conseguido que fueran parte en el juicio, les había hecho presente que ellos, por sí solos, no podían seguir un pleito, ni abrigar esperanza de apañar bienes algunos de los de D. Siervo, si el mismo Dimas no tomaba cartas en el asunto. Eran los tales deudos gente rústica y desavisada, y al leguleyo le fue fácil reducirlos á venderle sus derechos por un pan. Diremos de una vez que de este pan nunca llegaron á probar sino muy pocas migajas.

Gestionando por medio de sus agentes, que con él iban á la parte, había conseguido Dimas que los procesos marchasen de la manera más conforme con sus miras y más favorables para sus intereses,



CAPITULO X

En un caduco caserón situado casi extramuros de la ciudad de Bogotá, se ha abierto el *Instituto Delvalle*. En los avisos y en el *prospecto* se ha anunciado que la educación que allí se ha de dar será enteramente práctica y encaminada á que los alumnos se hagan capaces de trabajar útilmente en el comercio y en otras

industrias, apenas terminen sus cursos.

Los alumnos internos son trece, de suerte que, cuando dos de ellos están enfermos ó *fingidos*, ó *han hecho lunes*, si Honorio y el pasante no se sentaran á la mesa, resultaría el número ominoso.

Los externos son diez y siete.

En la clase de aritmética, fuera del ábaco y de otros cachivaches pedagógicos, funcionan granos de maíz ó garbanzos con que se hacen cuentas materialmente, al mismo tiempo que se hacen especulativamente en el tablero ó en las pizarras.

Pero la del diablo es que los malditos muchachos han dado en comerse crudo el grano farináceo y el leguminoso y en servirse de ellos como de proyectiles durante la clase.

En la clase de contabilidad se hacen verdaderos contratos, en que figuran como medio circulante los susodichos granos, y como

mercancías muchos trebejos de que Honorio se ha provisto para el caso.

En la clase de castellano se componen cartas, relaciones y discursos; y en las de inglés y de francés se habla en estos idiomas desde el día de su apertura.

En la de geografía, se hacen viajes imaginarios; se representan visitas y otros actos de la vida social, en la de urbanidad; y en todas se procura huír de lo especulativo y dar en lo práctico é inmediatamente aplicable.

No tuvo Honorio la fortuna de poder apreciar el resultado de sus ensayos pedagógicos, pues su establecimiento no subsistió sino un año, y eso á malas penas. Aunque él mismo hacía casi todas las clases, y aunque Matilde desempeñaba con una diligencia y una economía por ninguna ama de gobierno superadas ni siquiera igualadas, las funciones que le correspondían, el fondo forma-

do con las pensiones de los alumnos se agotó desde mediados del año. Fue necesario entonces acudir á arbitrios extraordinarios y contraer deudas. El dueño del caserón despojó de él á Delvalle, y no quedó esperanza alguna de hacer que el Instituto pasara de la infancia.

Ya por entonces la familia se había aumentado con dos nuevos retoños.

Para ir tirando durante las vacaciones y hasta que Honorio consiguiera ser colocado como profesor en algunos colegios, ocurrió al expediente de vender los enseres del Instituto y algunos de los pocos muebles que Matilde había podido salvar del naufragio en que se habían hundido los demás bienes de su padre.

Empezó un nuevo año escolar, y Honorio, á fuerza de empeños y de fatigas, logró varias clases, con las que se aseguró una renta mensual de setenta y cinco pesos,

Alojóse en una casucha del barrio de Santa Bárbara, situada en una calle no pavimentada con piedra sino con otra materia de que, con la reserva, la delicadeza y el disimulo posibles, hicimos mención al describir el Alto de San Diego. Y no era lo peor el pavimento: las vecindades olían moralmente peor que él; y ponían en riesgo el buen nombre de quien habitase en la casucha.

Pero con vivir allí y con haberse sometido á duras privaciones, Honorio no consiguió que su renta sufragara para todas las necesidades de su familia.

Quedaban en poder de Matilde algunas pocas joyas, y Honorio empezó á acudir con ellas á los establecimientos de los usureros.

El primero que conoció estaba en un almacén dividido en dos recintos por un mostrador. Tras el ulterior de éstos, seguía una pieza grande, oscura y húmeda;

y todo, desde la puerta que daba á la calle hasta el fondo de la pieza oscura, estaba atestado de muebles, utensilios, enseres y cachivaches heterogéneos, colocados, ó más bien arrumbados, en desorden y confusión. Galápagos, frenos, estribos nones; relojes de bolsillo, valiosos y nuevos unos, y otros desahuciados; relojes de sobremesa con grupos de bronce; piezas de vajilla de plata; *Flores, Lumbres y Armonías* y *El Siglo XIX*, de Madiedo; un breviario; espadas, escopetas, charreteras; tres pianos y otros muebles de madera fina, y otros instrumentos de música; un barómetro, un termómetro, un retrato al óleo del Oidor Alba; sortijas á granel; veinticuatro máquinas de coser; una de tostar café y otra de destilarlo; un binóculo; un anteojo de larga vista; nueve planchas; piezas de vestir, de todo linaje; un peso (es decir, una balanza); una escribanía de

bronce; herramientas de diferentes oficios; un corte de pantalones; un revólver; cuatro pailas, un juego de mapas, una caja de música, en fin, la mar de prendas, que estaban allí predicando con muda elocuencia el poder de la necesidad y lo numeroso de las necesidades.

Si las lágrimas derramadas por los que allí habían dejado tales prendas hubieran de juntarse en un lugar y en un momento, el torrente que formarían sería capaz de arrastrar hasta los infiernos el establecimiento con todo lo que contenía y con sus propietarios.

Dos eran éstos: el uno alto, seco, cara de color cetrino y parejo, y como desprovista de músculos. Ojos que miraban con vaguedad hacia el frente, y nunca hacia el interlocutor. Corbata negra y grasienta, que ocultaba el cuello de la camisa; sombrero viejo de fieltro. Respuestas secas y lacónicas, sin inflexión ni modu-

lación alguna de la voz, y como aprendidas de memoria.

El otro propietario era rehecho y repolludo. El color de la cara blanco y rosado; barba de plata con interpolaciones de pelos leonados. Cabeza en que alternaban las canas con los pelos castaños, toda ella de tono más oscuro que la barba.

Este finge interesarse por el parroquiano que va á ser desplumado, y le pondera la cuenta que le tiene lo que se le propone. Encarece el servicio que la agencia presta á los que se ven en ahogos, y la liberalidad de que usa con ellos; y, sin ofender á las víctimas, vitupera y pone por los suelos el objeto que ofrecen como prenda.

En ese filantrópico establecimiento y en otros de la propia estofa quedaron aguardando en vano su rescate las últimas fincas de valor grande ó pequeño que poseían Delvalle y su mujer,

sin que el haberlos sacrificado les hubiese servido más que para satisfacer mal y por mal cabo necesidades pasajeras.

Una tarde se vio Matilde sorprendida por una familia encopetada, de aquellas á quienes la suya había estado ligada por estrecha y franca amistad. Honorio y Matilde se habían guardado bien de participar su mudanza de domicilio; pero la familia de que tratamos había descubierto cuál era el de su amiga, y había venido á visitarla figurándose que ocupaba una quintica muy risueña y muy cuca. ¡Qué sonrojos y qué apuros! Matilde estaba trajeada como debía estarlo teniendo que ocuparse en casi todos los menesteres domésticos. Sus manos estaban ya percudidas, las uñas desgastadas y las yemas de sus dedos lustrosas como las de quien por algún tiempo ha tenido que habérselas con el fuego de la cocina. Su úni-

ca criada era una Maritornes rústica y desharrapada. Los niños descalcitos y hechos unos adefesios.

Y lo peor era que había que dar chocolate con buenos bizcochos y buen dulce, como en otros tiempos.

Ya desde los principios del empobrecimiento, se había visto Matilde en atrancos de naturaleza semejante á la del presente, y había tenido que incurrir en la que á su ojos era insigne vulgaridad de dejar conocer á la visita que la había cogido desprevenida y que para agasajarla, tenía que ocurrir á medidas extraordinarias; pero todo había sido tortas y pan pintado. Sí, tortas y pan no pintados sino reales y verdaderos había habido, aunque á costa de sudores; pero ahora, ni pintados.

Sin embargo, Matilde, tomando cualquier pretexto, dejó por algunos instantes sola á la visita y

dio orden á la fámula de ir á una tienda inmediata á traer el matalotaje que era menester. La criada volvió, y sin miramiento alguno enteró á su señora, en presencia de las otras, de que en la tienda de donde venía no le habían querido dar nada al fiado, porque no se habían pagado varias de las vituallas tomadas en las últimas semanas.

Las visitantes le aseguraron á Matilde, enternecidas y confusas, que ellas ignoraban que hubiese venido á situación tan angustiosa, y le hicieron renunciar á agasajarlas.

Amarga y dura es la pobreza; mas para nadie lo es como para los que empiezan á padecerla y abrigan la esperanza de encubrirla y la de no descender en la escala social. Para éstos, las humillaciones y los sonrojos son más crueles que el hambre y la desnudez.

El *Instituto Delvalle* no se ha-

bía sostenido en sus postrimerías sino mediante los préstamos de dinero que, ya con su firma sola, ya con la de algún amigo, se le habían hecho á Honorio. Cuando los acreedores se hubieron cansado de otorgarle moratorias, acudieron á la justicia; y el que, entre todos, tenía prioridad lo ejecutó. Honorio no poseía en el mundo más que los poquísimos muebles que no había malbaratado; de éstos se le despojó, allanando su domicilio, y en éste no quedó otra cosa que las camas, la ropa de uso, y la batería de cocina. Pasó un año. Se acabaron las clases, y Honorio se vio, desde que empezaron las vacaciones, destituído de todo recurso. Ya en su casa se conoció el hambre, y de hambre lloraron los niños. Para el año escolar siguiente había poca esperanza de conseguir clases.

Los fiadores, que tuvieron que lastar las fianzas, sin considerar

que Honorio los había comprometido hallándose seguro de que había de poder pagar, se convirtieron en enemigos y detractores suyos.

Uno de ellos, que estaba entonces muy empingorotado, se propuso obtenerle á Delvalle algún empleo, no por caridad, sino con el fin de habilitarlo para que le satisficiera siquiera alguna parte de lo que había pagado por él. Al fin le consiguió el destino. ¡Pero qué destino! El de Director de escuela en un pueblo de tierra caliente.

Para que pudiera costear su traslación y la de su familia á este pueblo, se le anticipó el sueldo de dos meses. Sin embargo, el viaje se hizo como habría podido hacerlo la más pobre familia de labriegos.

Para colocar á Delvalle en aquella escuela, había sido preciso quitarle el magisterio á una hija del Alcalde del pueblo, la

que, interinamente y del modo más deplorable, lo estaba desempeñando. Con esto hubo para que el funcionario recibiera á Honorio como enemigo. El local de la escuela tenía, además de los salones, unas malas piezas llenas de bichos, en que se acomodaron el nuevo preceptor y su familia. El solar en que se habían edificado estas piezas no estaba dividido sino por una mala cerca de madera, de otro que era también anexidad de la escuela y que, de tiempo atrás, tenía destinado el Alcalde para encerrar sus cerdos. El Alcalde dio en mandar por la noche unos muchachos á abrir portillo en la cerca, con lo que Honorio y su familia vivían en común con los marranos.

En aquel pueblo hay necesidad de proveerse de agua de una corriente distante; se acostumbra tener burros para cargar el agua, y emplear como aguadores

á los muchachos de la población. Uno de los alumnos de la escuela se le brindó á Delvalle como aguador; Honorio aceptó su ofrecimiento, y le hizo y empezó á cumplirle el de pagarle lo que se acostumbraba.

Este chico cargaba agua para varias casas sin que nadie lo llevara á mal; pero no bien lo hubo ocupado Honorio, el padre y la madre vinieron á reconvenirlo groseramente por haber, según ellos decían, convertido á su niño en criado. El Alcalde se enteró de lo ocurrido, y al punto informó á la superioridad competente de que Delvalle, en vez de enseñar á los niños, los ocupaba como criados suyos.

Aunque mortificado, desde que hubo llegado al pueblo, con estas ruindades lugareñas, Honorio dio principio á su tarea lleno de ilusiones. Nunca había regido una escuela de primeras letras; pero muchas veces había elabo-

rado mentalmente sistemas nuevos, sencillos y, á su parecer, perfectísimos para la educación y la instrucción de los alumnos de tales escuelas. Por de contado trató de aprovecharse de la ocasión que su mala fortuna le ofrecía para poner á prueba sus inventos; pero á poco se desengañó de que tal ocasión era la menos propicia. Los muchachos del pueblo estaban acostumbrados á pasar lo más de la vida á la orilla del río, ó dentro de sus aguas, y á reunirse dentro ó fuera del poblado para entregarse á otros entretenimientos, sin acordarse de la obligación. Si Honorio les reprochaba su holgazanería, alegaban como causa de su ausencia de la escuela las órdenes que, según afirmaban, habían recibido de sus padres, de ocuparse en tareas domésticas ó agrícolas.

Si los castigaba, era reconvenido, siempre con descomedimiento, por los padres, cada uno de

los cuales atribuía la severidad del preceptor á aborrecimiento por su niño.

De esto resultaba qne los alumnos que asistían hoy á la escuela, no eran, en mucha parte, los mismos que habían asistido ayer; y que, por de contado, no se pudiese seguir en la enseñanza plan ni sistema fijo.

Gracias á la malquerencia del Alcalde y de otros personajes del pueblo, á Honorio no se le pagaba su sueldo ni con mediana puntualidad; por lo cual él y su familia vivían en la misma estrechez y sujetos á las propias privaciones que en Bogotá. De mil amores habría dejado el empleo á mediados del año; pero el estado de Matilde no lo permitía. Próximas ya las vacaciones, le vinieron á un tiempo dos frutos de bendición; con lo que la inopia y los apuros llegaron á lo extremo, y ni siquiera fue dable dejar el condenado pueblo al terminarse el año.

Cuando el hacerlo fue posible, ó menos imposible, se emprendió el viaje á la capital, marchando Matilde en un mulo de carga, con uno de los mellizos en el regazo; y sirviéndose alternativamente los demás viajeros de una yegua derrengada y de un pollino.

Así llegaron cierto día, exhaustos de aliento y medio muertos de hambre, á la Boca del Monte.

Honorio había logrado contratar con un acarreador de víveres la conducción de su familia y de su persona desde aquel punto, en un carro de bueyes. Allí encontraron al carro con su conductor, y ya estaba Matilde tratando de acomodar en el vehículo á sus niños, cuando se vio llegar á un viajero que venía también encaminándose á Bogotá acompañado de pajes que traían excelentes mulas y caballos de remuda.

Este viajero (¡oh juegos y caprichos de la suerte!) era el doctor Dimas García Zorro. Reparó

éste en lo que estaba pasando, y llamando aparte á uno de sus sirvientes, le ordenó que tomase en alquiler aquel carro, sin reparar en el precio. El carretero se resistía á alquilarlo, alegando el compromiso contraído por su patrón; pero al cabo no pudo resistir al halago de llevarle á éste una suma diez veces mayor que la que esperaba recibir, y al más poderoso de tomar para sí otra igual. Recibido que hubo una y otra, le declaró á Honorio, dándole torpemente disculpas descabelladas, que ya no podía poner el carro á su disposición; tras de lo cual, sin ponerse á oír razones, picó los bueyes y al paso más largo de éstos se llevó el carro.

García Zorro desmontó de la mula en que había llegado, hizo poner su montura en el mejor de los caballos, cabalgó en él y partió muy ruuflante.

Llorando, de rabia los padres

y de hambre los niños, se continuó el viaje á pie y á cortas jornadas.

A medida que habían ido menguando los recursos, habían ido mermándose los amigos. Honorio y Matilde llegaban á Bogotá como pudieran haber llegado á la luna: sin saber dónde descansarían la primera noche, ni cómo harían su primera comida.

Honorio dejó su familia en una venta de las afueras de la ciudad, y penetró en ésta proponiéndose buscar cualquier albergue. Acaso nunca se había hallado en tan crítico apuro. En Bogotá no hay costumbre que permita á una señora de buena posición alojarse en hotel ó casa de huéspedes. Alojarse en una posada plebeya es exponerse á irrespetos muy graves. En su tribulación, Honorio se acordó felizmente de Teresa Zaldívar, y se encaminó á su casa. De ella salió con una carta en que la hija del abogado

rogaba á una señora conocida suya y que solía recibir como huéspedes á algunas personas de humilde condición, pero de buenas partes, que diese alojamiento á Delvalle y á su familia. Salió llevando también una suma de alguna consideración que su protectora lo obligó á admitir como préstamo.

Una vez alojado, Honorio pensó que debía apelar al recurso de las *clasecitas*. Mezquino era y de no fácil consecución; pero el único. Los institutores, por muy mal que les haya ido en el ejercicio de su profesión, siempre tratan de volver á él, considerándose inútiles é ineptos para todo lo demás.

Honorio no podía salir á la calle porque su traje no lo permitía; y se dedicó á escribir cartas en que ofrecía sus servicios como maestro, á directores de colegios y á particulares.

Sólo uno le contestó, un anti-

guo amigo suyo. No aceptaba su ofrecimiento, pero le dio un buen consejo. "Usted, le decía, no adelanta nada con escribir papelitos. Los que los reciben los tiran á un rincón proponiéndose contestar luégo, ó sin proponerse nada; y no vuelven á acordarse de lo que se les ha escrito. Tenga usted presente que *la cara del hombre hace milagros*."

Muy bien: la cara de Honorio podría hacerlos, tanto más fácilmente, cuanto estaba demacrada y exangüe; pero el punto no fincaba en la cara sino en el traje.

Delvalle había hecho ya todos los sacrificios; pero no había tenido valor para hacer el de pedir limosna, ó el de pedir en préstamo sabiendo que no había de poder pagar. Cuando había ocurrido á Teresa, su imaginación le había representado ese paso como infinitamente menos vergonzoso que el de pedir limosna; y su imaginación no iba errada, si se

considera que el exponer uno su situación á una de aquellas personas verdaderamente caritativas que andan á caza de necesidades que remediar y que saben remediarlas discretamente, es cosa que puede hacerse en términos poco humillantes, igual que desahogarse de las penas en el seno de la amistad.

¡Dichosos los que, produciéndose con sinceridad, dicen que, antes que pedir, se dejarían morir de hambre! Esos no saben lo que es ver á una esposa amadísima enflaquecida y macilenta, y á unos hijos pidiendo con lágrimas el pan que no puede ofrecérseles. El orgullo calla cuando habla la naturaleza como hablaba en el corazón de nuestro amigo.

Él acudió por fin, haciéndose violencia, á algunos de los padres de familia cuyos hijos habían pertenecido al Instituto Delvalle, en demanda de auxilio para poderse vestir decentemente. Los

menos manirrotos le regalaron piezas de ropa usadas; los más generosos lo socorrieron con dinero ó con recomendaciones eficaces hechas á los sastres y á los mercaderes. Para no abusar de los favores, no se proveyó sino de las piezas estrictamente necesarias.

La cara y el traje hicieron milagros. No hicieron el de alcanzarle á Delvalle muchas clases ni alguna muy bien remunerada; pero sí le procuraron ser escuchado y verse por fin encargado de unas clasecitas en casas particulares.

Algunas de estas casas eran de ricos engreídos que no olvidaban que al admitir á Delvalle como maestro de sus niños, le habían hecho una merced semejantísima á una limosna, lo trataban casi como á un parasito que comiera á su mesa, y enseñaban á sus niños y niñas, con el ejemplo, á mirar á su preceptor sin

respeto ni miramiento, impidiendo así el buen resultado de los esfuerzos que él hacía. Otros, los menos, eran gente sencilla y de escasos medios, que trataba á Honorio como á un personaje de mucha cuenta, pero que solía no pagarle sus mesadas.

La familia era ya numerosa y alto el precio de los víveres. En el curso de aquel año escolar Honorio pudo á duras penas subvenir á las necesidades más premiosas.

So pena de verse despojado de las tales clasecitas, Honorio tenía que vestirse decentemente. Matilde sudaba todos los días repasando la ropa de su marido; y sudaba más muchas noches, mientras éste se hallaba en la cama, lavando, almidonando y planchando su única camisa, su único cuello y su único par de puños.

Vino el tiempo de las vacaciones y del veraneo, tiempo que debería llamarse *la cuaresma de los pobres.*

Aquellos de los habitantes de Bogotá que viven de la caridad más ó menos pública, y de ciertas profesiones, como la de dar *clasecitas*, se ven precisados á ayunar al traspaso, desde Diciembre hasta Marzo, mes en que ya están de vuelta los veraneadores caritativos y en que para los infelices que han conseguido clasecitas, llega la fecha de cobrar el primer sueldo del año.



CAPITULO XI

Durante la dicha cuaresma, Honorio y Matilde se vieron forzados á buscar alojamiento más barato que el que Teresa les había proporcionado; y no podía ser otro que una pieza de alguna de las casas en que se albergan los pobres de solemnidad, mediante una cuota mensual pagada de ordinario á uno de los

inquilinos que se obliga con el propietario á recaudar los alquileres.

El recaudador inquilino (ó no inquilino) muchas veces es persona de no muy buenas entrañas, y aunque las tenga muy tiernas, no puede, por sus circunstancias, dar plazos ni hacer rebajas que á él mismo no se le otorgan.

La casa á que Honorio se trasladó estaba situada en el barrio de Las Aguas; y con estar en Las Aguas, no tenía una gota de ellas. El primer patio y el segundo carecían de corredores y estaban cubiertos de hierbas cimarronas. En uno y otro robaban la luz los pingajos tendidos en cuerdas, entre los cuales algunas mantillas de niños resaltaban por sus colores, bien que se veían desteñidas hacia el centro. En los ángulos de los patios se veían tinajas ó cacharros en que se reogía agua llovediza y en que

accidentalmente caían otros líquidos y aun sólidos.

Las paredes, blanqueadas y empolvadas á partes, y á partes desconchadas. En una de ellas, una jaula vieja y deshabitada.

Entre los dos patios un pasadizo pésimamente empedrado, por el que iba un caño mal cubierto, que cuando llovía dejaba desbordar el agua.

La pieza que ocuparon nuestros amigos era grande y de pavimento descompaginado y húmedo, fecundo y asqueroso semillero de pulgas. Tenía una sola ventana, y ésta era rasgada, de suerte que, si se abría para ventilar el aposento y darle luz, ponía á los habitantes del cuarto en inmediata é inevitable comunicación con muchachos carisucios é indisciplinados (aunque á veces azotados con disciplinas), hijos de algunas de las inquilinas, y con perros, gatos y gallinas de las mismas.

A la espalda del patio interior, un solarcito cubierto de maleza, al cual... no se podía entrar... pero se entraba.

Entre las penalidades de la persona culta á quien la indigencia obliga á ocupar viviendas como ésta, colocamos nosotros en el primer lugar la que hace padecer el mal olor privativo de ellas. Los objetos que contristan, podemos, cerrando los ojos, dejar de verlos; los sonidos mortificantes no se perciben durante el sueño. El mal olor de que hablamos persigue y tortura sin intermisión.

No es éste el que se figurarán los que no lo conocen; no es sólo el que viene del solarcito, ni es únicamente el que se debe á la incuria y al abandono en que viven las criaturitas que andan vagando sin dios ni ley por los aposentos y los patios: es un olor á viejo, olor *sui generis* que se queda adherido á los órganos respi-

ratorios y que se compone de lo que llevamos medio indicado; del humo de tabaco malo que se ha pegado á las paredes; de la saliva de los que han arrojado ese humo; de la humedad del piso; de la ropa sucia; del tufo del carbón con que se ha cocinado; de la respiración y la transpiración de innumerables vivientes desaseados, y muchas veces enfermos, que han habitado los aposentos sin ventilarlos.

Y en aquellas casas hay algo todavía peor: la falta de armonía entre los que las habitan. Harto difícil y raro es que personas extrañas unas á otras, vivan concordes, si viven juntas, aun suponiéndolas de fina educación y de exquisitos modales, y libres de cuanto pueda agriar el genio. ¡Cuáles no serán la desconfianza, las sospechas y las inculpaciones recíprocas; la susceptibilidad, la intolerancia, las competencias, las rencillas, los chismes y las

susurraciones entre gentes que ó nunca fueron educadas, ó aun siendo cultas, se ven constreñidas á esgrimir contra otras ineducadas las mismas armas con que éstas las ofenden! ¡Cuáles no serán las reyertas de las madres, ocasionadas por las de los niños! ¡Cuáles los arranques de celos y de envidia entre aquellos infelices que, hechos un vinagre contra la sociedad ó contra la suerte, y habituados, como todos los empobrecidos, á achacar á menosprecio para con sus personas todo lo que delante de ellos se hace ó se dice, han de agitarlos al ver á otros de su misma condición menos abatidos por la fortuna ó más favorecidos por la caridad!

Tipo de esas desdichadas casas era la que ocupaban Matilde y Honorio. Matilde, gracias al irresistible ascendiente que da la educación fina y cristiana, esa educación no artificial ni postiza,

que no se aprende ni se enseña como se aprende y se enseña un arte, pudo hacerse respetar y mantenerse fuera del hervidero de fanfurriñas y de querellas. A su no aprendida destreza para no hacer sentir su superioridad, se debía el que todos los demás inquilinos la respetasen y acatasen. No era raro oír que se regañaba á algún niño porque, haciendo bulla, podía incomodar á Matilde y á Honorio.

Una de las inquilinas era una viuda anciana, D.ª Pascuala Ríos, que no permitía que se la llamase así, sino D.ª María Pascuala Inguanzo de los Ríos. Teníase por noble, y en efecto, descendía de familia distinguida; pero, con la miseria á que desde luengas navidades había venido, había olvidado muchísimo de lo que, en materia de modos y de lenguaje, había aprendido ó debido aprender en tiempos mejores.

Esta señora mortificaba á Ma-

tilde con su amistad más que hubiera podido con su malquerencia. Sentíase la viuda realmente atraída por el trato de Matilde, á quien llamaba á secas *Matilde;* pero, si nuestra malicia no nos engaña, también se sentía movida por el deseo de pomponearse haciéndose pasar como amiga de Matilde y dando á entender que lo era muy de confianza. Secábala con su inclemente charloteo, sin acertar á hablarle más que de sus enfermedades, de los chismorreos y enredos de que aquella casa era hervidero; de las adversidades y flaquezas de los prójimos, que eran la comidilla de los vecinos; y no raras veces, de las prendas que adornaban á su hija Abigaíl, á quien haciendo sacrificios incruentos (como decía ella) para vestirla con decencia, había colocado en una casa, no como sirvienta (¡ni lo permitiera Dios!) sino como compañera de las señoritas.

Distinguíase la D.ª Pascuala por lo originalmente ramplón y chabacano de su prosa. A un individuo de la Sociedad de San Vicente de Paúl que la visitaba y le llevaba su socorro mensual, se le quejaba de que á su hija la perseguía un pretendiente de calidad muy inferior á la de ella, y le decía: "Ese chingalabís se vale de miles estrapagemias para verse con ella y le manda papelitos floreándola en pro y en verso."

Lamentábase también de que la dicha Sociedad no la socorría bastante porque no se hacía cargo de lo excepcionalmente lastimoso de su situación. "Yo quisiera, decía, que mandaran á un socio á ispetorar mi vivienda y las miserias que sufro. Hasta tengo unas vecinas que me roban, á ciencia y sapiencia de las demás, hasta los pocos trapitos que me habían quedado."

Terminada *la cuaresma de los*

pobres, Honorio y su familia no cantaron gloria. El, que de suyo era bien parapoco en lo que no atañera directamente á su profesión, se hallaba desanimado, abatido y sin confianza alguna en sus fuerzas.

Matilde en esta época de su vida, como en todas, era el alma de aquella familia. Entendida y diligente para lo atañedero á negocios, intereses y gobierno de la casa, ella era quien sostenía á su marido y á sus hijos al borde del abismo de la mendicidad, sin dejarlos caer en él. Sin imponérsele ostensible y despóticamente á Honorio, le comunicaba aliento, le sugería lo que debía hacer, y no lo dejaba renunciar á la esperanza de que Dios habría de mejorar sus horas.

A su agibílibus y á su habilidad para sacar buen partido de lo poco que venía á sus manos, y á su juiciosa economía, se debió el que, sin apelar al repugnante

extremo de mendigar, su familia hubiera podido sustentarse y evitar grave desdoro.

Sus disposiciones á descubrir y abrazar todo lo más práctico y positivo, contrastaban con las de Honorio, siempre dado á especulaciones y teorías. Matilde, á fuerza de experiencia, hallaba el modo de ahorrar; mientras á Delvalle todo se le iba en estudiar qué artículos alimenticios contenían más sustancia nutritiva en volumen ó peso iguales á los de otros artículos, ó menores que los de éstos; ó por medio de qué procedimientos, nunca aplicados en nuestra tierra, se podía lavar la ropa ó conseguir el alumbrado á poca costa.

Y si Matilde no hubiera fortalecido y animado á Delvalle, éste no habría ya hecho por obtener clasecitas. Algo hizo, si bien con flojedad y desánimo; pero esta vez sus diligencias fueron infructuosas. La crisis iba á presentar.

se, si es que no estaba ya presente.

—

El individuo de la Sociedad de San Vicente de Paúl, de quien dejamos hecha mención, había mucho antes conocido y estimado á Honorio, lo había visto viviendo en la misma casa en que vivía Dª Pascuala Ingüanzo de los Ríos, había inquirido discretamente cuál era su situación, é informado muy bien acerca de ella por Dª Pascuala, había transmitido los informes al Consejo de la Sociedad. El Consejo movió oficiosamente los resortes convenientes á fin de obtenerle á Honorio alguna colocación. Al mismo tiempo le decretó auxilios que debían llegar á sus manos sin que él mismo advirtiera de dónde le venían, ni pudiera rehusarlos.

Consiguióse la colocación: un destino de los que llaman *de manejo*; mas, antes de encargarse

de él, el agraciado debía presentar un fiador abonado. ¡Aquí era ella! ¿A quién había de ocurrir Honorio, el desvalido Honorio?

Teresa Zaldívar, cómplice muchas veces, y algunas fautora, en las santas maquinaciones de la Sociedad de San Vicente de Paúl, saneó la dificultad, comprometiendo á un caritativo caballero á constituírse garante. La fianza fue aceptada; pero cuando Delvalle se hubo presentado ante la autoridad competente, con el fin de tomar posesión del empleo, aquella competente autoridad se negó á dársela. El rostro macilento y la ropa demasiado cepillada de Honorio le dieron á entender que aquél era un *jubilado* que sólo una caridad mal entendida podía presentar como candidato para un destino.

Todo quedó frustrado.

Teresa Zaldívar y aquellos individuos de la Sociedad de San Vicente de Paúl que habían inter-

venido en el asunto, al verse batidos, redoblaron sus esfuerzos y le obtuvieron á su protegido el destino de mensajero de correos. Ahora también se atravesaba lo de la fianza; pero ahí estaba el caballero aquél tan dispuesto á prestar ésta cuanto lo había estado á prestar la otra.

Un viaje á la ciudad de X, una de las más distantes de la capital, considerado como aplicación de nociones geográficas, era para Honorio cosa obvia y llana. El podía dar razón de las comarcas que había de atravesar, de los ríos que habían de salirle al paso, de las poblaciones en que había de demorarse, y de los caminos que había de recorrer. Pero como cosa práctica, era empresa de romanos. No había viajado sino de su tierra á la capital y de ésta á aquélla, y al pueblo de la escuela. Mas la necesidad que aprieta vale por todas las energías; y Delvalle, aunque se vio y

se deseó para apercibirse á la expedición y para dejar provista de algunos recursos á su familia, la emprendió, y cuando la hubo emprendido, halló, como hallan casi siempre los habituados á la vida sedentaria cuando se ponen á la prueba, que viajar es mucho más fácil y agradable de lo que parecía.

En sus cartas á Matilde, señaladamente en las que le dirigió desde X, se le manifestaba despejado y contento.

—

De un salto, pongámonos en la primera calle de los Carneros de la ciudad de Bogotá. Según bajamos por la acera derecha, encontramos la iglesia de San Francisco; la entrada del antiguo convento, edificio que ya tenemos descrito; el parque que algún chistoso, aludiendo á ciertas circunstancias, bautizó la *Huertecita de Jaime;* y en seguida la

puerta de la Cárcel de detenidos. Este montón de paredes y techos caídos al acaso y asentados á la diabla, era anexidad del convento. En éste que no nos atrevemos á llamar edificio, aunque no fuese cárcel, *toda incomodidad tenía su asiento.* Su fachada pertenece al orden de arquitectura más sencillo: es una pared muy alta, con su cubierta de tejas.

Por el borde opuesto de la calle corren unas tapias y una serie de figoncillos que harían mísero papel hasta en la más desmirriada de nuestras aldeas. Algunos de estos pseudo-edificios tienen alares, por debajo de los cuales un enano se vería obligado, al pasar, á inclinar la cabeza, y están oscurecidos por ventanas, desde las que sólo las rodillas pueden mirárseles á los transeúntes.

Tres meses han transcurrido desde que Honorio emprendió su viaje. En una de las puertas de

las casuchas poco há mencionadas, se veía cierto día, á eso de las dos de la tarde, á una señora con una saya de tela de seda, que justamente por ser de seda, publicaba la indigencia de quien la llevaba: saltaba á la vista que únicamente por carecer de saya no demasiado vieja y deslucida, había echado mano de aquélla. Con la mantilla, vieja también, se cubría la señora el rostro lo mejor que podía; y tenía clavados los ojos con cierta ansiedad en una muchacha astrosa que, lo mismo que muchas otras mujeres, aguardaba junto á la puerta de la Cárcel de detenidos que los soldados de la guardia introdujeran las comidas que, en portacomidas, en ollas ó en otros vehículos, llevaban para los presos.

La señora, desde su punto de observación, hacía señas á la muchacha astrosa, y ésta le contestaba á veces con otras señas.

El mudo coloquio podía traducirse así:

—¿Nada que le reciben la comida?

—Nada. Dicen que todavía no.

—Vea si puede apurar á los soldados.

—Si echan á la espalda á la gente con las culatas de los rifles.

—Mire: ya les están recibiendo á algunas.

—Sí; pero estas mujeres se atropellan y no me dejan arrimar.

Con el hacer señas y mirar ansiosamente, la señora de la saya de seda se descubría el rostro más de lo que quisiera. Lo que la obligaba á taperujarse era el temor de que alguna de las personas de buena sociedad que la habían tratado en mejores tiempos, fuera á pasar por allí y á conocerla. Pero su temor era vano. ¿Quién que hubiera conocido á aquella Matilde Ocampo

que vendía salud y sobresalía por su frescura, por sus atractivos y por la pulcritud de su atavío, habría podido reconocerla con el traje que ahora llevaba y con la desmejora que su semblante debía á los trabajos y á la miseria?



CAPITULO XII

De la ciudad de X, debía regresar Honorio trayendo ciertos valores, entre los cuales figuraba una suma poco cuantiosa que se le enviaba á cierto sujeto muy avaro y exigente.

El diablo, que todo lo añasca, hizo que un mozo muy ligero de cascos, pero de buenas explicaderas, con quien Delvalle había

hecho el viaje, lo persuadiese de que, empleando la dicha suma en ciertos artículos que eran abundantes y baratos en X, y vendiéndolos en Bogotá á su llegada, podía hacer un negocio loco. A Honorio lo tentó por primera vez la codicia, y tentación fue, que hubo de seguir el mal consejo. ¡ Pobrecito ! ¿ En quién mejor que en él podría ser excusable un desliz como este ?

No bien hubo puesto el pie en la capital, el particular exigente y avaro comenzó á instar por la entrega de su dinero. Cuando Delvalle le hubo confesado lo que había hecho, pues no tuvo valor para disimulárselo, ni aunque le hubiera sobrado habría querido hacer uso de él, se puso tan alto, y declaró que iba á hacer procesar á Honorio por abuso de confianza.

Nunca el pobre se había visto tan en calzas prietas. Quiso ocultárselo á Matilde, pero ésta le

leyó en el semblante, que tenía el pecho inundado en amarguras desacostumbradas, y lo obligó á desembuchar la cosa.

No había más que un camino que tomar: ocurrir al doctor Zaldívar. Honorio no se atrevió á presentársele: otras veces había acudido á él en sus conflictos, pero pudiendo atribuírlos á la suerte adversa ó á la maldad ajena. Ahora tenía que echarse á sí mismo la culpa del aprieto en que se encontraba, y no sentía tranquila la conciencia.

Esta vez, como otra ú otras, tocó á Matilde ocurrir al abogado, el cual dispuso que Delvalle fuera compelido á presentársele. Una vez que lo tuvo delante, le afeó la barrabasada que había cometido, la que, según él, por excesiva que fuese la lenidad con que se la quisiera juzgar, debería ser calificada de grave indelicadeza. Puso en seguida al autor de ella de ciruelo, de pollino y de

ganso, que no había por dónde cogerlo; y lo sometió luégo á interrogatorio, hasta quedar él impuesto en el asunto y en todos sus ápices.

No bien hubo el cuitado puesto los pies en su casa, después de haber hablado con Zaldívar, se le presentó un empleado de la policía, notificándole la orden de prisión.

Tenemos, pues, explicado por qué Matilde fue vista en aquella puerta casi fronteriza á la de la Cárcel de detenidos.

Gracias á los buenos oficios del doctor Zaldívar, que se constituyó fiador carcelero y que, empleando su prestigio, redujo al dueño de la suma á desistir de la acusación y á contentarse con recibir lo que se le debía, Honorio fue puesto en libertad.

Felizmente los artículos aquellos pudieron venderse, si bien por precio algo inferior al que por ellos se había dado.

Vino por entonces para Delvalle y su mujer una época de normalidad; una época en que, sin pasar por peripecias ni altibajos, hubieron de considerarse ellos mismos y de ser considerados por los demás, en la situación y asiento á que definitivamente debían llegar. Para ellos no había ya aspiraciones ni esperanzas. Pero decimos mal: la aspiración de Matilde á educar cristiana y correctamente á sus hijos, y la de Honorio, de verlos en posesión de aquellos conocimientos que él se había empeñado tánto en comunicar á los hijos ajenos, aspiraciones que habían nacido tiempo hacía, lejos de extinguirse, crecían en ellos al compás de la edad de sus niños. Salvadorcito ya tenía la de empezar á aprender algo; pero su madre, por más que se penetrase de que ella y su familia habían descendido de lleno en lleno á condición humilde y plebeya, no se re-

solvía á enviar á su hijo á una escuela gratuita, en la que ineludiblemente tendría que adquirir los hábitos y los modales de los muchachos de la ínfima clase social.

Honorio ganaba el escaso sustento ocupándose en diferentes menesteres. Solíanlo emplear como escribiente en notarías, en juzgados y en agencias de negocios; pero, á lo mejor, se le declaraba que no había trabajo, y se quedaba á puertas.

Veíasele á veces de sobrestante de una obra ó de empleado subalterno de una imprenta. Llegó á ser agente de un periódico, con un sueldecito fijo, teniendo por adehala ciertos emolumentos como traductor y como zurcidor de la *Revista Extranjera*, para la cual extractaba de los diarios ultramarinos, con mucho más gusto que las noticias políticas, las relativas á descubrimientos y á aplicaciones de las ciencias experimentales.

—

Ni la virtud sólida, ni la fina educación, ni el afecto entrañable, son parte para mantener siempre la concordia y la paz en los hogares de los menesterosos.

Más que en los grandes infortunios, suele echarse menos la resignación en los contratiempos diarios y menudos.

Todos tenemos inclinación irresistible á echar la culpa de las adversidades que nos afligen, no á entes de razón como la suerte, sino á algún agente de carne y hueso en quien podamos desfogar nuestro enfado.

La falta de alimento suficiente y oportuno engendra el mal humor.

¿Cómo, pues, hemos de extrañar que Matilde y Honorio amargaran á veces las únicas suavidades que podían gustar en su atediada vida, es decir, la comunicación de los afectos tiernos y recíprocos que antes los hiciera mirarse como los casados más amantes y más venturosos?

Entre ellos se cambiaban, aunque raras veces, palabras desabridas, y la expresión habitualmente dulce de sus semblantes, se trocaba por algunos minutos en adusto ceño.

En verdad, poco duraban aquellas desazones, y eran seguidas de ardientes y tiernas protestas; pero nada podía extinguir en cada uno de los dos esposos el pesar y el remordimiento de haber, por inexcusable inconsideración, acrecentado el padecer de quien sólo merecía amorosos halagos y consuelos.

—

Matilde, por más que quisiese retraerse de la sociedad á que había pertenecido, no podía dejar de acudir á algunas de las casas que antaño había frecuentado y en que fuera recibida con obsequioso agasajo. No pedía limosna, ni mucho menos; pero le era forzoso solicitar ciertos ser-

vicios de aquellos que nada cuestan á quien los hace.

En las dichas casas se la trataba aparentemente con urbanidad, pero dejándole sentir que su presencia no era agradable, y ahorrando aquellas manifestaciones de aprecio y de simpatía que uno no les escatima á los individuos que considera como de su misma condición.

Sólo una persona de las de la casa salía á recibir á Matilde; no alimentaba la conversación, y antes bien con su silencio la estimulaba á exponer sin demora el asunto que la hubiera llevado; si le preguntaba por la salud de los suyos, lo hacía como pensando en otra cosa, y aguardaba y oía la respuesta sin interés.

Una vez, al entrar á una de esas casas, alcanzó á oír que una señora decía á las otras: "¡Ay, qué pereza! Ahí está Matilde Ocampo. Yo saldré á recibirla; pero mándenmele pronto una jí-

cara de chocolate, á ver si se va.” Matilde, pretextando una indigestión, no aceptó el chocolate.

—

Iba pasando la temporada de que estamos tratando, cuando por casual incidencia fuimos testigos del siguiente diálogo seguido por dos de las antiguas amigas de Matilde.

—¡ Ah ! ¡ Si hubieras salido el día de Corpus y hubieras visto á Matilde Ocampo con sus niños ! ¡ Aquello partía el corazón !

—¿ Qué ? ¿ Están muy flaquitos ?

—Pues no están nada rozagantes; pero eso no fue lo que me dio más lástima. ¡ Qué trajecitos aquellos ! ¡ Dios mío, qué trajecitos !

—Puros harapos....

—Si hubieran sido harapos, tal vez me habrían hecho menos impresión. Míra : se conoce que Matilde no tuvo corazón para dejar

á sus muchachitos sin salir como salen todos, y sin ver la procesión; y que, desde quién sabe cuánto tiempo antes, se atareó á acomodarles vestiditos, echando mano de todos los trapos que tenía guardados. Unos vestidos buenos que tuvieron sus niños mayores, los recortó y se los acomodó á los más chiquitos.

—¿De veras? ¡Eso parte el alma!

—Y mira: ¿Te acuerdas de un traje de seda morado con adornos de terciopelo, que tenía Matilde quién sabe cuántos años hace?

—Sí: me parece que la estoy viendo con él.

—Pues bueno. De ese traje sacó dos para las muchachitas, y del terciopelo les hizo quillas. Pero imposible que le quedaran bien hechos: de á legua se conocía que eran acomodados.

—¡Pobrecita Matilde!

—¡Pobrecita! ¡Y qué sombreritos, y qué calzado, y qué todo!

—¡De veras, de veras! da más compasión ver á una persona, como Matilde, que gastó lujo y que estuvo nadando en comodidades, empeñada en poner majos á sus niñitos, que ver con andrajos á una de esas que siempre han sido pobres, y que se conforman con vestir á los suyos como pueden.

—¡Pero que una persona de tan buen gusto como Matilde.....

—¡Qué! niña, si con la pobreza hasta el buen gusto se pierde.

Grabósenos en la memoria este diálogo, porque nosotros abundamos en la opinión de las interlocutoras. Los esfuerzos que hacen por no descender de su posición aquellos que la han perdido, siempre infunden lástima; pero cuando estos esfuerzos son impotentes é inspirados por la ternura de una madre, no se les puede contemplar sin sentir desgarrado el corazón.

Nada exageraba aquella señora á quien oímos, cuando decía que los niños de Matilde no estaban rozagantes. Su desarrollo había sido lento y trabajoso; y no los había perdonado ninguna de las enfermedades epidémicas ni ninguna de las esporádicas que suelen afligir á los niños. La anemia, precoz y aleve, iba minando á la sorda esos organismos mal nutridos y expuestos á todas las infecciones que matan los gérmenes de la vida.

Cuando, por suerte, se consultaba á un médico, éste, cualquiera que fuese, decía á Matilde: "Lo que tienen estos niños y lo que tiene usted misma es hambre. Es preciso que ustedes se alimenten bien, que tomen mucha leche y buen vino, que coman buena carne; que se bañen y que hagan ejercicio higiénico. Por otra parte, esta habitación no me parece buena: es estrecha, húmeda y poco ventilada, y noto que en la

casa está aglomerada mucha gente y que hay poco aseo."

Honorio había sufrido en diferentes épocas insultos de reumatismo; y tal vez á causa de las nulidades que los brujos de los médicos habían descubierto en la vivienda que ocupaba, le sobrevino uno mucho más grave, que lo puso en incapacidad de salir de la casa.

Para cuando llegara caso tan extremo, tenía Matilde pensado aceptar una propuesta que se le había hecho por conducto de Teresa, aunque no sin que ésta le desaconsejase la aceptación.

Dª Juana Josefa Espinel, mujer de un sujeto de mucha suposición y bien adinerado, pretendía que Matilde se estableciese en su casa (se entiende que sin llevar hijos ni marido) é hiciese en ella de ama de gobierno, de institutriz y de costurera, con cargo de custodiar y regir á sus niños, que eran siete.

Habíasele ofrecido como remuneración un sueldo que para quien no estuviera pereciendo de hambre, se habría reputado como muy mezquino. Pero ni lo pesado del trabajo ni lo exiguo de la remuneración habrían acaso retraído á Matilde, si el aceptar lo que se le proponía no importara la necesidad de separarse de todos los que amaba.

Ahora no quedaban sino tres partidos: verlos perecer de necesidad; pedir limosna, y constituírse casi criada de Dª Juana Josefa. Dados el varonil espíritu y los generosos sentimientos de Matilde, la elección no era dudosa.

Hizo saber á la señora que estaba dispuesta á trasladarse á su casa dentro de una semana, y empleó ésta en procurarse ropa un poco decente, sin la cual echaba de ver que desde su presentación en la casa aquella, había de hallarse desestimada y tenida en menos de lo que era.

Aprovechó también la mana dando á Honorio menudas instrucciones acerca del modo de cuidar de los niños y de habérselas con los vecinos.

Llegó el terrible día. Matilde, levantándose antes del amanecer, se despidió con un beso de cada uno de sus hijitos, que estaban dormidos, y se fue á la iglesia á llorar en libertad y á buscar la fortaleza que necesitaba para consumar su sacrificio.

Dª Juana Josefa era una señora buena, pero bien hubiera podido ser más humilde y más accesible y afable para con sus subordinados. Aquejábanla dolencias reales ó imaginarias, y por eso había deseado tener sobre quién descargarse del peso de la casa.

Ella dispuso que los niños y las criadas reconocieran á Matilde como su *alter ego*, y que como á tál la acatasen ; mas exigir esto es pedir cotufas en el golfo.

Mientras los hombres y las mujeres seamos como somos, nos reiremos de las delegaciones de autoridad. Viejos y niños miramos como iguales y aun como intrusos á los que quieren ejercer mando sin ser nuestros superiores naturales. Las primeras mortificaciones que probaron la paciencia de Matilde en la casa de Dª Juana Josefa, le vinieron de que las sirvientas se reputaban humilladas, y no se sometían á su voluntad sino de malísima gana.

Otra de muy distinta naturaleza, pero muy acerba, fue el estar comparando, como no podía dejar de hacerlo, la suerte de los niños que manejaba, con la de los suyos. Mientras los pobrecitos hijos míos, pensaba, estarán llorando de hambre ó durmiendo un mal sueño en el sue'o ó en su incómodo y sucio camastro, éstos, hartados de golosinas tomadas á horas en que no debían comer,

ó acostumbrados á no hacer las cosas cuando se les manda que las hagan, rehusan la comida á las horas en que deben recibirla, y no hacen almuerzo ó comida en que no haya que estarles rogando con cada bocado y reduciéndoles con artificios y con invenciones á que lo admitan; ó muertos de sueño y necesitados á tomar la cama, no se dejan acostar sin llanto y rabietas.

No dejaba tampoco de comparar la vida de D. Pacho, el marido de D.ª Juana Josefa, con la de Honorio. D. Pacho era un hombre de muy buena pasta, que vivía satisfecho de sí mismo y de todo lo que le concernía, que gastaba buen humor y sólo reñía un poco y raras veces por insignificantes contrariedades, dando así la prueba de que no había ninguna grande que lo atormentara.

Parecía robosarle la satisfacción al sentarse á la mesa. De-

rramaba en contorno una mirada plácida; extendía la servilleta sobre las rodillas; arreglaba el cubierto; parecía sentir que se le llenaba de agua la boca, y se humedecía los labios.

El despego de los niños cesó en breve: ellos sufrían el hechizo de un trato más culto que el de su propia madre; y, sin que ellos mismos supieran cuándo ni cómo, se encariñaron con Matilde y hasta empezaron á darle muestras de preferencia que, allá en los entresijos del pecho de Dª Juana Josefa, excitaban un sentimientillo muy parecido á los celos, nada propio para disponer á la matrona á mirar con buenos ojos á su ama de gobierno. Hasta el menor de los niños, que, como todos sus congéneres, estaba apegado á su niñera, empezó pronto á echarle los brazos cariñosamente á Matilde siempre que la veía.

—

¡Los niños, los niños! Criaturas que, siendo en la sociedad la insignificancia misma, alcanzan á embellecer y á hacer amable esta sentina que se llama mundo En ellos está mucho de lo gracioso, ligero, inofensivo y adorable que hay en el ángel, en la mujer y en las avecillas regocijadoras de las moradas humanas.

¡Y qué mucho, si hasta hay animales que nos seduzcan y se roben nuestro afecto cuando empiezan á gozar de la vida!

¿Qué encanto es comparable al de oír al infante que, al despertar del apacible sueño, compite con las aves canoras que saludan un nuevo día, soltando su vocecita fresca, dulce y argentina?

¿Cuál con el de oír al niño que empieza á balbucir las palabras, cuando, ya descalzo y medio desnudo, y de rodillas sobre su cama, entre uno y otro bostezo; entre uno y otro tierno y mal contenido sollozo, ó bien entre uno y

otro donaire en que desahoga el humor festivo y travieso que le ha sobrado, repite, estropeándolo deliciosamente, el final de cada retazo de la oración al Angel de la Guarda, que la madre ó la niñera va pronunciando?

Pero, ¡oh niños! ¡oh niños! ¿Con qué rapidez y con qué facilidad pasáis del exceso del regocijo y del estado en que arrebatáis caricias, al exceso de la ira ó de la aflicción, y de éste al otro! Adorables y deliciosos cuando os mostráis formales y dóciles, sois objeto de la ternura más intensa y más enloquecedora; y lo sois de enojos é impaciencias incontenibles, siempre que dais rienda á vuestros caprichos y á vuestros enojos: cuando reñís por envidia con vuestros hermanitos, cuando con fiero egoísmo oprimís á los más pequeñitos y les arrebatáis sus juguetes, como lo hacéis siempre que veis alguno en sus manos!

¿Quién va á creer que vuestra laringita y vuestros otros órganos vocales, que forman el instrumento más capaz de producir melodías que lleguen al alma y la inunden de ternura, sean los mismos que producen berridos becerriles que penetran los oídos y engendran el mal humor y alborotan la bilis hasta en las entrañas maternas?

Porque, en efecto, no se oye sin impaciencia ó sin alarma el llanto de un niño, cuando habiéndose dado una costalada ó sufrido otra contrariedad, suelta el chillido exhalando en él toda su cólera y todo el aire de sus pulmoncitos, y hace en seguida una pausa, durante la cual se cree que ya está desahogado y que va á seguir sereno y alegre, mientras lo que hace es tomar resuello para continuar luégo *rinforzando*.

La naturaleza ha dado al llanto del niño esas notas sobreagu-

das, y esa aspereza, y esa acritud intolerables, á fin de que con él pueda forzar á acudir en su auxilio, cuando necesite reclamarlo, hasta á la madre más indolente, y hasta á los prójimos menos compasivos. Lo malo es que el niño, que al cabo no es sino un hombre en cierne, abusa, en beneficio de sus caprichos, de aquella preciosa facultad como de todo.

—

Con gráfica expresión suele nuestro vulgo apodar con el nombre de *triquitraque reventado* al que se muestra sin aliño alguno en la persona y en el traje, y con piezas de vestir muy desgarradas.

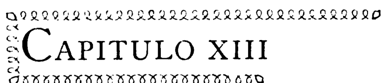
Como triquitraque reventado andaba siempre Enriquito, que había salido díscolo y bullicioso por todo extremo; y así andaba aun desde el tiempo en que Matilde, teniéndolo á su lado, se in-

geniaba para acicalarlo en lo posible. Mas, desde que ella faltó de su casa, el pergeño del niño fue igual al de los granujas que andan descarriados ofreciendo sus servicios. Y como el diablillo, indócil y pertinaz, hubiese hecho desistir á sus padres del empeño de tenerlo sujeto en la casa, vivía callejeando en compañía de los muchachos de peor estofa, y tomando parte en sus ocupaciones y entretenimientos, inclusive el juego á los botones y al *pite*.

Una vez lo encontró Matilde llevando de cabestro un caballo por calle muy pública, y en pos del dueño del animal. El primer movimiento de la humillada señora fue desentenderse de la cosa y ahorrarse el sonrojo de ser conocida como madre del chico; pero su corazón no le permitió desconocer á su hijo, ni aun calladamente: se detuvo para reconvenirlo, y obligó al dueño de la bestia á buscar otro muchacho.

Pocos días después, estuvo Enrique á punto de dar á sus padres una pesadumbre mucho más grave. Un reclutador de muchachos para cierto cafetal, dio con él y lo conquistó con suma facilidad. Yá estaba Enrique en vísperas de ausentarse, incorporado en una cuadrilla de rapaces, cuando una vecina se le presentó á Honorio y lo puso como nuevo, porque consentía, según ella, en que Enrique estuviera sonsacándole un hijo, y persuadiéndolo á marcharse con él al cafetal.

Gran suerte fue que el paste se hubiera descubierto á tiempo, y que, mediante la policía, se hubiera podido estorbar el desaguisado. Sin embargo, de entonces en adelante, Matilde, sabedora de la ocurrencia y de que muchacho que una vez ha resuelto fugar, sigue siempre dispuesto á ello, no llegó á tener punto de sosiego.



CAPITULO XIII

D.ª Juana Josefa, en cuanto al manejo de los niños, solía estar á las maduras y no á las duras. Recreábase con ellos cuando se les veía aseaditos, conversables y de humor parlero y regocijado. Hacíase cargo de ellos cuando estaba de sobremesa, mientras Matilde y las criadas almorzaban y comían; pero si alguno de

ellos se empeñaba con tesón en tirar de los manteles, en juguetear con lo que había sobre la mesa ó en beberse el asiento que había quedado en tazas y copas, metiendo toda la cara y resollando sonoramente dentro de ellas, se fastidiaba y hacía llamar á algún sirviente para que la relevara.

Como sus niños le parecían bonitos y despejados, gustaba mucho de lucirlos en presencia de los extraños. Durante una visita se repetía aquello de *salude al señor... ¿Pero esa mano es la que se da?... A ver, ¿cómo hace el perro?... Nada, ahora tan pasmado. ¡Y si usted lo viera cuando no hay gente! Déle un besito al señor.* (¡Y el rorro está quizás bien mocoso y bien baboso!)

—Usted como que es muy picarito, ¿no?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí.

—Sí, señor, será.

—A ver, diga el verso que estaba diciendo ayer... Dígalo... Diga... Antonio, te tengo dicho...

—Dicho...

—Que echés....

—Que echés...

—Que echés ese gato afuera.

—Fela...

—Que á mí no me gustan gatos... ¡Hum! ¡hum! Ya empezó á meterse las manos á la boca.... Nada, que se lo lleven: ¿Qué dirá este señor de verlo tan esquivo?

Los visitantes se creían obligados á tributar algún elogio á cada angelito, ó siquiera á encarecer su abundancia de pelo ó su gordura ó su mucho desarrollo; á declararlo parecido al papá ó á la mamá, y á entablar conversación con él. Y, como el asunto no sobraba, después de decirle una frase, la repetían como si el muñeco no la hubiese oído.

—¿De quién son esos ojitos?..

¿De quién son esos ojitos?....
¿De quién son esos ojitos?....
¿Ah?... ¿De quién son?

Y el arrapiezo mudo como un pez.

Si el niño cogía libro ó papel, venía aquello de

—Lea.... A ver, ¿qué dice ahí?.... El niño Alfredito es un niñito muy bonito, pero muy tontico....

No hay para qué decir que los ojos de Dª Juana Josefa hallaban en sus hijos dotes y anuncios de futuras excelencias que ningunos otros ojos acertaban á descubrir.

Antes de tener á Matilde en su casa, la buena señora había solido reprender, y aun reprender y castigar á los niños con excesivo rigor, cuando lo que hacían la impacientaba; pero nunca cuando, aunque cometieran verdaderos desmanes, su bilis permanecía sosegada. Además, con contemplaciones inoportunas é

inmerecidas, y, permitiéndoles pedir la razón de las órdenes que se les daban, los había habituado á reputarse soberanos absolutos é independientes.

Bajo su gobierno, se había establecido y sostenido el sistema de representarles á los niños cuando chillaban y rabiaban porque no se les complacía en algo, que si se callaban verían satisfecho su antojo. Ellos advertían que con llorar lo conseguirían todo, una vez que callando lo conseguían, y que para callar era preciso estar llorando.

Había mirado siempre con indiferencia que después de las reprensiones que ella ó su marido hacían á uno de los chicos, ó de los castigos que les imponían, una criada ú otra persona se pusiera á consolarlos y desagraviarlos, ó á darles vaya con la reprensión ó el castigo, quitando así á éstos toda su eficacia.

Nunca se le habían dado á la

matrona dos ardites de que se intimasen á los niños órdenes contradictorias; ni de que, habiéndoseles amenazado con una pena, se dejase de aplicarla cuando se incurría en ella; ni de que las recompensas prometidas fuesen otorgadas sin que se las hubiese merecido. De este modo se enseñaba á los chicuelos que los recursos empleados para educarlos y la autoridad que los empleaba eran cosa de morondanga. Aquellos niños miraban, y con razón, los castigos como desahogos momentáneos del enojo; y los premios como agasajos gratuitos é inspirados por el cariño.

Todas las riñas y las impertinencias de los niños de Dª Juana Josefa, arbolitos que habían empezado á crecer tan torcidos, fueron para la pobre Matilde origen de diarios é incesantes desvelos y penalidades.

Como ella no estaba sino á las duras, á ella tocaba levantar al

chiquillo que se había caído y figurar en la escena. "A ver, ¿dónde se pegó? —Eso no fue nada. —Pero calladito. —Usted es muy guapo."

A ella le tocaba afanarse por curar el chichón, la descalabradura ó la lesión, cualquiera que fuese, que no se habría sufrido si se hubiese atendido á advertencias que acaban de hacerse.

A ella le tocaba aguantar al muchacho encalabrinado en una tema. "Niñito, no dé palos sobre esa mesa: mire que puede romper el espejo y los candelabros."—"¿No ve que es el caballo, que no quiere caminar?"

Y vuelta á los palos, por más que se hiciese para divertir á otro entretenimiento al tesonudo rapaz. Y vuelta á alegar, con tenacidad de borracho, lo del caballo, en el tono en que se da una respuesta satisfactoria y victoriosa.

En fin, para Matilde eran las incomodidades todas ocasionadas

por la indisciplina de los arrapiezos.

—Niño, no corra llevando ese palo, porque si se cae, se puede sacar un ojo con él.

—Niño, no coja esas tijeras, porque se puede picar.

—No coja esas llaves, porque las pierde como las perdió el otro día, y nos hace volver locas.

—No toque más esa cornetica, que incomoda á su mamá y nos saca de tino á todos.

—No arranque el papel de esa pared.

—¡Ya arrancó esa mata!

—No se hurge las narices.

—No se meta eso á la boca, que es una porquería.

—No coja esos papeles, que son de su papá, y usted los babosea ó los rompe.

—No se moje.

—No se ensucie la ropa.

—No coma más cerezas, que le pueden hacer daño.

—No se coma esas cáscaras.

—No sorba ni se limpie con las mangas: venga lo sueno.

—No se muerda las uñas.

—¡Conque le pegó á su hermanito!

—¡Iiiis! ¡ya hizo sus gracias sobre mi traje!

Y el coronamiento de todo era que D.ª Juana Josefa, oyendo desde su poltrona la chilladiza que se levantaba sin que nadie pudiera impedirlo, prorrumpía: ¡Pero válgame Dios! ¡si es que Matilde y esas criadas dejan llorar á los niños!

—

Dª María Pascuala Inguanzo de los Ríos frecuentaba la casa de D.ª Juana Josefa, como las de muchísimas personas pudientes. Cuando hubo visto á Matilde establecida en aquella casa, se esforzó por hacer patente la amistad que la unía con su vecina, esperando darse lustre con hacer ese alarde.

Ponderando su intimidad con la familia de Delvalle, y hablando destempladamente sobre los particulares concernientes á ésta, de que ella estaba al tanto, logró, ya que no dar idea ventajosa de su propia persona, hacer desmerecer la de Matilde en el concepto de D.ª Juana Josefa, y hasta en el de sus criadas, con lo que mermaron sensiblemente las consideraciones que á los principios se le habían dispensado á la misma Matilde. No podía suceder otra cosa desde que se la reputara par de la fastidiosa vergonzante, siendo ésta, como lo era, el tipo y el non plus de lo vulgar.

La enojosa tarea de recibir á D.ª Pascuala quedó á cargo de la que reputaban amiga suya. Matilde tenía que oírle relaciones como la de que, cuando le había dado la fiebre á Abigaíl, el médico había dicho que era una fiebre palurda; que hasta por tres veces le había puesto el

tresmómento debajo del brazo, pero que ningún provecho le había hecho, y antes como que había sido para peor. Que le había dado unas cláusulas de quinina y que se las había hecho comprar por cienes. Que al fin había parecido que la fiebre le iba á hacer eclidse, pero que entonces se le había desgenerado en pulmonía. Que ella misma había estado con unos dolores nerviosos en la cara, para aliviar los cuales le habían hecho tomar vanagloriato de amoníaco; pero que luégo había tenido que hacerse distraer unas muelas, y que cierto doctor le había hecho la benefactura de distraérselas de balde. Que le había salido un tumor en la espalda, y que el facultativo había declarado que habría que estripárselo. Que después se le había metido una picada en el pecho, y el médico le decía que eso era la vena mauricia; y que como eso sí no tenía cura, que-

ría mandarle decir una misa á San Martín de Porras, para que le hiciera el milagro de curarla, y que venía á ver si D.ª Juana Josefa y Matilde misma contribuían con su óbalo para la misa.

—

D.ª Juana Josefa usó al principio de ciertas delicadezas que Matilde sabía apreciar y agradecer. Verbi-gracia, si determinaba regalarle algunos vestiditos usados, decía como para sí, delante de Matilde: "Ahí están esas piezas haciendo estorbo.... ¡Si hubiera á quién regalárselas!" Y en seguida daba á Matilde el encargo de disponer de ellas en favor de cualquiera que las hubiera menester.

Algo más tarde, ya le decía: "Mire, Matilde, llévese esa ropa vieja para sus niños."

A éstos y á Honorio no los veía la desdichada madre sino los días de fiesta, y eso por pocas

horas. En estas entrevistas no podía hallar placer ni consuelo. Mientras departía con su marido y llenaba de caricias á sus hijitos, sólo pensaba en que tenía que volver á separarse de ellos, y en contar los minutos que faltaban para la hora de la despedida, de una despedida cada vez más triste.

Una vez enfermaron á un tiempo varios de los chicos de D.ª Juana Josefa; Matilde dejó pasar un domingo sin visitar á su familia; Honorio, lleno de ansiedad, no pudo ocurrir á otro medio para inquirir la causa de lo que tánto lo sobresaltaba, que enviar á dos de sus hijos mayores á que se la preguntaran á su madre. D.ª Juana Josefa vio en su casa á los dos niños, asaz mal portados, y advirtió que los suyos los habían detenido, y estaban dándoles conversación y tratando de hacelesr tomar parte en el juego á que se hallaban dedi-

cados. La cosa le disgustó, y no pudo disimular su desagrado; pero nada dijo.

Algunos días después, Honorio, á pesar de sus dolencias, estaba ocupado en mudar de alojamiento. Los chiquillos, mal regidos por un padre que apenas si podía salir una que otra vez del aposento, amén de estar recibiendo perversísimos ejemplos, se solían hallar metidos con los de las vecinas en unos líos que cantaban el misterio, y se veían continuamente sopeteados por ellos. De aquí la determinación que se había tomado de trasladarse á una habitación en que la familia pudiese gozar de independencia.

Con motivo de las indecibles dificultades que ofrecía á un inválido destituído de ayuda el trastear y mudar casa, empresa enojosa y erizada de dificultades hasta para la gente más expedita y acomodada, fue otra vez forzoso enviar

á los niños á que dieran un recado á su madre, y esto en ocasión en que la señora de la casa estaba muy climatérica. Esta los vio; los vio más astrositos que la primera vez, y no sólo puso cara de vinagre, sino que llamó á todos sus hijos y se retiró con ellos, con el manifiesto propósito de impedir que fueran á rozarse con los de Matilde.

La cual, herida entonces en lo más sensible de su sér, sólo representándose la desnudez y las miserias de aquellos hijos por quienes se estaba sacrificando, pudo contener los iracundos ímpetus que la agitaron; y pidió á Dios con más anhelo que nunca le deparase un medio de atender al mantenimiento de su familia con más duro trabajo si era necesario, pero exentándola de sonrojos y humillaciones. No quiso mortificar á Honorio refiriéndole el caso; pero dispuso que jamás le volvieran á enviar recados con

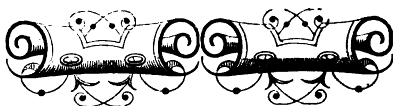
los niños, é imaginó pretextos para motivar esta disposición.

—

De los abatimientos y molestias que padecía en la casa de Dª Juana Josefa, pronto se vio libre; pero viéndose á la vez privada de todo recurso. La enfermedad de Honorio se agravó hasta tal punto, que la asistencia y los cuidados de su esposa se hicieron indispensables. Sabedora de ello Dª Juana Josefa, que ya había empezado á hallarle defectos á Matilde, declaró que ésta podía dejar su casa; pero que, si la dejaba, había de ser definitivamente.

Cuando los niños, viendo que Matilde hacía preparativos para irse de la casa, se persuadieron de que se separaba de ellos para siempre, empezaron á acariciarla y á hacer duelo. Matilde salió de aquella casa en que tánto había

padecido, hecha un mar de lágrimas, y conociendo que el amor á sus propios hijos había dejado en su pecho amplio lugar para el de los hijos ajenos.



CAPITULO XIV

Negros, negros fueron aquellos días; y más negras las noches. En la nueva vivienda, mucho más distante del centro de la ciudad que la que inmediatamente antes ocupara, aquella acuitada familia se sentía más aislada y destituída de socorro que nunca.

Una vez, pasada ya la medianoche, Matilde vio á su marido

tan aquejado con sus dolores y con la debilidad que lo postraba, que temió verlo expirar. Pareció, le urgente llamar un médico y un confesor; no tenía de quién valerse, y salió ella misma á buscarlos. Ya había llamado en vano á las puertas de varios médicos, cuando dieron con ella unos mozos que estaban corriendo la tuna, los cuales la hicieron objeto de sus indecentes dicharachos, y la obligaron á huír desalada hasta su vivienda.

—

Era una tarde que, con ser una de las de nuestro llorón mes de Abril, se mostraba tan serena como aquella en que vimos á Honorio paseando por el camellón de Las Nieves y haciendo observaciones. Ya muchos de los árboles que hoy adornan esa vía proyectaban, no obstante lo corto de su edad, larga sombra hacia el lado del Oriente.

Todo como en aquella tarde: mujeres acudiendo á las tiendas de comestibles; gente que marchaba con aire de quien va á sus incumbencias; gente que llevaba el de quien ha salido para buscar esparcimiento; jinetes de varios pelajes y condiciones; carros arrastrados por bueyes ó por caballejos; pelotones de presos que, con su escolta, regresaban al Panóptico; carros del tranvía que volvían á la ciudad ó que salían.

En uno de éstos iba el doctor Zaldívar dirigiéndose hacia San Diego. Al pasar por frente á la casa, en una de cuyas ventanas conocimos á Matilde y á D.ª Silveria, fijó en ella una larga mirada, mirada que parecía decir algo. ¿ Sería que el abogado consagraba un recuerdo á su difunto amigo D. Salvador, y traía á la memoria las desdichas de su familia? Quién sabe: el viejo era poco amigo de sensiblerías; y la

mirada aquella había tenido más de socarrona que de triste.

Apeóse el doctor allí donde dos hileras de eucaliptos corren paralelas al camellón y lo separan del parque.

Emprendió incontinenti la subida del Alto de San Diego, andando con pausa, bastante encorvado, llevando el bastón sobre la nuca, y sosteniéndolo con ambas manos, sin soltar de la izquierda un rollo de papeles con que andaba apercibido. Cuando hubo ascendido por algún trecho, empezó á jadear y á apoyarse en el bastón. Iba tomando ya la una, ya la otra de las laderitas de la senda, y acortando el paso de vez en cuando, ora para tomar resuello, ora para pedir á algunos de los habitantes de los casuchos las señas de la vivienda á donde quería dirigirse. Nadie conocía por sus nombres á los individuos por quienes preguntaba, y no le costó poco trabajo llegar al térmi-

no de su excursión. Este no era otro que aquella casa que había atraído la atención de Honorio en el paseo al Alto de San Diego, en que hace mucho tiempo lo acompañamos.

Pero ya en el recinto exterior no se descubrían las matas de novios y de malvabisco, y las hierbas más ordinarias crecían allí viciosamente. Los balaústres de la barandilla habían acabado de desaparecer, poco quedaba del enlucido de las paredes, y menos quedaba de las tejas con que antes se viera ribeteado el techo pajizo.

En torno de la casa, y entre las hierbas, se veían desechos y basuras, como sombreros, botines y canastos desbaratados, trapos y toda especie de inmundicias.

—

Un niño y una niña descalzos, mal cubiertos con guiñapos, ama-

rillos y flaquitos, se entretenían silenciosa y dejativamente sentados en el suelo del corredor exterior, enredando y desenredando unas hilachas.

Al oír que el doctor Zaldivar les preguntaba si allí era donde vivía D. Honorio Delvalle, huyeron despavoridos hacia uno de los costados de la casa.

El doctor tocó entonces á la puerta de la sala, y oyó en seguida que se le mandaba entrar.

Sobre un colchón tirado en un suelo húmedo y escabroso, colchón que por muchas partes dejaba escapar la lana; con las piernas estiradas y la nuca contra la pared; marchito y macilento; atado á la cabeza un pañuelo, la barba larga y desgreñada, y cubierto con un bayetón desteñido y deshilachado, se ofreció nuestro amigo Honorio, á la vista del doctor Zaldívar.

Estaba acompañado por dos de sus hijos mayorcitos, los cua-

les, como los otros dos, se asustaron al ver al visitante, y salieron de la salita; pero su padre pudo darles orden de que llamasen á Matilde.

Matilde estaba debajo de un saledizo que hacía de cocina, tratando de aderezar una miserable comida.

Al enterarse de que había entrado *un señor*, se puso á temblar. Pocas horas antes había anunciado el propietario que iba á ocurrir á la Policía, á fin de hacer desocupar por fuerza la casa, si no se le pagaban los arrendamientos que se le debían.

Ni era éste su único resquemor. Enrique, el segundo de sus niños, que era de la piel del diablo, y que solía salir á buscarles camorra á los muchachos de la vecindad, había descalabrado á uno de éstos. La madre, mujerona soez y deslenguada, había venido á la casa, y después de insultar groseramente á Honorio y

á Matilde, había anunciado que su marido vendría también y castigaría por sus propias manos al agresor de su hijo.

Conturbada y llorosa, y andando de puntillas, se acercó Matilde á una ventana de la sala, y cuando con indecible alivio, hubo reconocido la voz del doctor Zaldívar, se tranquilizó. Dejó encomendada su tarea á una de las niñas; lavóse las manos; y, aunque temía estar oliendo á humo y á cochambre, entró á la salita.

Cuando los chicos, que habían atisbado cautelosamente, hubieron advertido que sus padres, dando tregua á las exclamaciones en que los había hecho romper la inesperada venida á su cochitril de sujeto tan respetable como el doctor, conversaban con él amistosa y familiarmente, fueron dejándose ver y penetrando en la estancia.

El doctor, informado de la situación en que se hallaba Dolvalle,

—Es indispensable, le dijo, que ustedes se muden á una habitación seca y abrigada.

—¡Mudarnos, mudarnos! exclamó Matilde tristemente. Sí, tendremos que mudarnos. Mañana viene la Policía á sacarnos de aquí por fuerza. El dueño de la casa no aguarda por más tiempo el pago de los arrendamientos que se le deben. ¿Pero cómo hemos de podernos pasar á vivienda que no sea peor que ésta?

—Nada, replicó Zaldívar: ustedes se me pasan á una casa buena. Y es menester también que vea á Honorio un médico de los afamados.

—¿Y qué médico ha de querer venir, por pura caridad, por estos andurriales?

—Vaya. Todo se arreglará. Les he traído á ustedes unos billetes.

—No, no, por Dios, saltó Matilde. Con toda nuestra alma le agradecemos á usted su buena

19

voluntad, pero no nos obligue á recibir dinero.

—¡ Caramba con el orgullito !.. ¿ Y quién les dice á ustedes que esto es un regalo ? Esto es un préstamo. Ustedes me lo devolverán después.

—¿ Y cuándo, y cómo ?

—Y hasta, si no quieren deberme favor, pueden reconocerme el interés del uno por ciento mensual.

—Si usted no fuera quien es, yo diría que usted estaba burlándose de nosotros.

—Por fortuna ustedes saben que no soy capaz de eso. Vaya. Tomen ustedes esos billetes. Ahí van 500 pesos, para que mañana mismo se busque casa, y para que usted se mande hacer ropa y vaya á una notaría á firmar un poder que tiene que conferirme.

Matilde y su marido, sin resolverse á recibir los billetes, se miraron de un modo singular.

—Sí, dijo el doctor muy risue-

ño, ustedes creen que me he vuelto loco: confiésenlo ustedes.

—No, no, doctor; no, pero ...

—Voy á explicarles la cosa. Tengo seguridad de que podemos entrar en ciertos arreglos con el primito Dimas.

—¡Arreglos! ¡Al cabo de tántos años!

—Pues sí, señor: al cabo de tántos años. La justicia es coja, pero llega.... Se han presentado ciertas circunstancias... ¿Ustedes no han oído nada tocante á los asuntos públicos recientes?

—¡Qué hemos de haber oído, doctor? Con nadie habla Honorio, ni lee periódicos.

—¡Ya!

—Comoquiera que sea, continuó Matilde, á usted, á usted que ha sido nuestro único amigo, deberemos el alivio que nos hace esperar.—¿Quién sino usted se habría acordado de nosotros?

Y se echó á llorar tierna y copiosamente.

El doctor Zaldívar nada respondió; y, por una buena pieza, se entretuvo en hacerles preguntas á los chicos, que poco á poco habían ido acercándosele y que lo miraban con no disimulada curiosidad. Los emborricaba el que hiciese caso de ellos un sujeto que les parecía de naturaleza diferente de la de cuantas personas habían visto en comunicación con sus padres.

—Y bien, prorrumpió Delvalle, reanudando la plática, ¿puede usted explicarnos cuáles son esas circunstancias que hacen posible un cambio en nuestra situación?

—¿Cómo no?

Desarrolló los papeles que había llevado, que eran unos números del *Diario Oficial;* y, acercándose á la puerta (porque ya escaseaba la luz),

—Voy á leerles á ustedes, dijo, dos artículos de una ley recién expedida, la 57 de este año:

Y leyó en uno de los números del *Diario :*

" Art. 12. Son válidos para todos los efectos civiles y políticos los matrimonios que se celebren conforme al rito católico."

El sol acababa de ponerse, y Matilde, notando que el doctor Zaldívar no había de poder continuar la lectura.

—Permítame usted, le dijo, Voy á traer una luz.

Por lo que tardó en reaparecer trayendo un cabo de vela, pudo presumirse que, para conseguirlo, había tenido que ocurrir á alguna vivienda vecina.

Colocándolo en un negro y abollado candelero de hoja de lata, lo encendió y se lo acercó al doctor.

Durante el rato que se estuvo esperando la vuelta de Matilde, su marido había dicho al abogado:

—Ahora hago reminiscencia

de haber oído hablar de algo muy semejante á eso á alguno que me decía que los hijos de padres unidos en matrimonio de no sé qué época en adelante, no se verían ya expuestos á una desgracia como la que cayó sobre Matilde y sobre mí.

El doctor Zaldívar repitió la lectura del artículo 12, y siguió leyendo:

"Art. 19. La disposición contenida en el artículo 12 tendrá efecto retroactivo. Los matrimonios celebrados en cualquier tiempo surtirán todos los efectos civiles y políticos desde la promulgación de la presente ley."

—Es decir, saltó Matilde muy agitada y conmovida, que con ese efecto retroactivo...

—Con ese efecto retroactivo, interrumpió el doctor, los derechos de la tía Teodolinda y del señor doctor García Zorro se van á la punta de un cuerno.

—De manera que todo, todo lo de mi padre y lo de D. Salvador...

—¿Todo? Tal vez no. El señor D. Dimas habrá dado cuenta de los haberes muebles; pero ahí están las haciendas y las casas. Esas no se las habrá comido; y si se las hubiera comido, se las haríamos vomitar, aunque tuviéramos que meterle la mano hasta las agallas.

Matilde y Honorio lloraban. La primera tenía arracimados á sus hijitos entre sus brazos, y decía:

—¡Pobrecitos! ¡Pobrecitos! ¡Cómo se estaban criando!

Honorio prorrumpió:

—Doctor, ¡Que Dios lo llene á usted y llene á su familia de felicidades tan grandes como ésta!

—A mí nada se me debe. A Dios es á quien ustedes deben bendecir.

—

El doctor Zaldívar, atento en esta ocasión, como en todas las

análogas, á no comunicar bruscamente noticia alguna capaz de producir grandes conmociones, y absorto tal vez en la obra (tan deleitosa para todo hombre bien nacido) de hacer felices á otros, había dejado inadvertidamente pasar el tiempo. La noche había cerrado, y el regreso del anciano al centro de la ciudad no dejaba de ofrecer dificultades y aun peligros.

Él perjuraba que podía bajar como el mozo más ágil; pero Honorio y su mujer lo obligaron á aceptar la compañía de Salvadorcito y de Enrique. Emprendióse el descenso, no sin que al despedirse, los dos esposos se deshiciesen en manifestaciones de gratitud.

Salvador llevaba el cabo de vela, cuya llama iba defendida del viento por un papel que, recogido por la parte inferior, se abría hacia arriba en forma de fanal.

Este papel era un fragmento del número 7021 del *Diario Oficial*, uno de los que el doctor había llevado aquella tarde.

Los niños acompañaron al doctor Zaldívar hasta el pie del Alto.

—

Actualmente vive D.ª Teodolinda Ocampo en una casita muy decente. Matilde paga el arrendamiento y provee á todas las necesidades de su tía. La vieja lo estaría pasando muy ricamente, si su hijo no fuera su azote.

Antes de 1887, Dimas, con toda su adquisividad y con todo aquel agibílibus de que había dado tan gloriosas muestras, desvanecido al verse rico, había entrado en especulaciones aventuradas, para las cuales poco le aprovechaba el rabulismo, y había dado de través con los valores no raíces que ciertas leyes habían puesto en sus manos.

Ahora anda todos los días bus-

meando por San Francisco y por los Juzgados Municipales, á ver si se presentan negocios, pero los tiempos han cambiado. Los negocios están monopolizados por otros leguleyos que, habiendo ó no habiendo sido colegas ó discípulos suyos, pueden darle quince y falta en materia de triquiñuelas y de trapacerías.

Y ¡qué demonio! ¡Ocurrió esto cuando Dimas se había habituado á la gran vida!

Fuera de casa, habla con suficiencia y desparpajo sobre asuntos forenses y sobre política. No está nada bien con el orden de cosas entablado después de 1885, ni con la administración de justicia.

Cuando vuelve á casa, para desahogar el despecho y la murria negra, la toma con la pobre de Dª Teodolinda, á quien siempre ha tenido acostumbradísima á aguantarle cabronadas.

—⁂—

Imprenta Nacional
Bogotá


FAUST